

Salud y shalom.

**Conversaciones con
excombatientes judíos de la
brigada internacional
Abraham Lincoln.**

**Joseph Butwin
Edward Baker
Anthony L. Geist**

UAM
 Ediciones

Salud y shalom

Directores de la colección

David Corominas Botana
Jesús Izquierdo Martín

Consejo editorial (2022-2023)

Gregorio Alonso García (University of Leeds)
Adela Paulina Berrios Pellissa (UAM)
Catherine Brice (Université Paris Est-Créteil, Paris XII)
Thomas Cauvin (Université du Luxembourg)
Maryline Crivello (Université Aix-Marseille)
Patrick Garcia (Cergy Paris Université, Institut d'histoire du temps présent-IHTP)
Luis González (Casa de Velázquez)
Jocelyn Létourneau (Université Laval)
Miguel Martínez (University of Chicago)
Saúl Martínez Bermejo (UAM)
Alejandro Molina (UAM)
Elena Mora Rubio (UAM)
Serge Noiret (Istituto Universitario Europeo, Florencia)
Mario F. Pérez Melero (UAM)
Miguel Ritchie Rúa (UAM)
Marie-Karine Schaub (Université Paris Est-Créteil, Paris XII)

Joseph Butwin

**Salud y shalom:
Conversaciones con excombatientes
judíos de la brigada Abraham Lincoln**

Edición: Joseph Butwin, Edward Baker y Anthony L. Geist
Traducciones: Edward Baker, David Corominas, Anthony L. Geist



© del texto: los/as autores/as 2022

© de la traducción: Edward Baker, David Corominas y Anthony L. Geist

© de la edición: UAM Ediciones, 2022

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid

Ciudad Universitaria de Cantoblanco. 28049 Madrid

www.uam.es/publicaciones // servicio.publicaciones@uam.es

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previsto en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente (salvo en este último caso, para su cita expresa en un texto diferente, mencionando su procedencia), por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

ISBN: 978-84-8344-856-4

Depósito Legal: M-28660-2022

Para Miriam Sara Butwin (1936-2022),
hija del Frente Popular.

#historiasPublicas

Porque convocamos el pasado desde múltiples lugares. Porque el ayer irrumpe en nosotros desde numerosas orillas. Porque nuestra posición de observadores es frágil y dúctil. Porque nos mueven los diversos lenguajes con los que se teje el pretérito, desde la imagen a la fotografía, desde el texto escrito a la narración oral. Porque consideramos la poética de la historia y la memoria como ariete para la retórica. Porque aceptamos la debilidad de la fortaleza académica pero no nos detenemos en reparar sus grietas. Porque damos la bienvenida a los debates visibles más allá de la escena universitaria, con el ánimo de abrirnos a su diálogo. Porque aceptamos la responsabilidad pública y explícita del historiador. Y, porque nos hacemos partícipes de todos los que quedaron al margen del relato y que han encontrado su lugar, ya no solo como actores del pasado sino como autores de ese mismo relato. Por eso y por todo lo demás que cabría mencionar hay un lugar para #historiasPublicas, una colección editorial que es tuya, nuestra, de todos.

DAVID COROMINAS BOTANA y JESÚS IZQUIERDO MARTÍN

ÍNDICE

Prólogo por Joseph Butwin	13
Conversación con George Watt	37
Conversación con Celia Seborer	57
Conversación con Ed Bender	65
Conversación Sana Goldblatt	85
Conversación con Bill Susman	101
Bibliografía seleccionada	129
Retratos fotográficos	131

PRÓLOGO

Hace ochenta y cinco años, casi tres mil norteamericanos embarcaron hacia Europa para defender el gobierno legítimo de la República Española en su empeño de hacer frente al golpe encabezado por Francisco Franco y otros militares de alta graduación. Salvo unos ciento cincuenta sanitarios, todos burlaron la legislación vigente, es decir, la Ley de Neutralidad Norteamericana, y cuestionaron el Pacto de No-Intervención firmado por las potencias más importantes y otras de menor peso. Varios firmantes —notablemente la Alemania nazi y la Italia fascista— habían hecho caso omiso del acuerdo y se aprestaron a apoyar a las fuerzas de Franco. La República, al no poder comprar armas a Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos, consiguió la ayuda de la Unión Soviética y la Internacional Comunista —el Comintern—, que organizó un voluntariado para oponerse a Franco y al fascismo. Por lo mismo, las tres cuartas partes de los voluntarios norteamericanos de lo que vino a identificarse como la Brigada Abraham Lincoln eran militantes del Partido Comunista de Estados Unidos (PCUSA) o de sus adláteres. Y casi un tercio de los que fueron a España eran judíos.

Hace treinta años, entre 1992 y 1994, crucé los Estados Unidos de Nueva York a Florida, Chicago, Los Ángeles, San Francisco y Seattle con una grabadora de mala calidad, un montón de *cassettes* y una lista de domicilios de excombatientes que me proporcionó *Veterans of the Abraham Lincoln Brigade* —*VALB*—, la Asociación de Excombatientes de la Brigada Abraham Lincoln, el organismo que en Estados Unidos mantenía viva la memoria de la Guerra Civil española desde el momento de la victoria de Franco en 1939 en que volvieron los últimos sobrevivientes. Un tercio de sus compañeros murió en España. Casi todos fueron heridos. El gobierno de Estados Unidos calificó a muchos de ellos de “antifascistas prematuros” y, por lo mismo, de sospechosos de colaborar con el comunismo durante la larga Guerra Fría, secuela de la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, en la que lucharon muchos de ellos. En la primavera de 1992, cuando comencé a grabar mis conversaciones con los excombatientes, la Guerra Fría había terminado con la disolución de la Unión Soviética en diciembre de 1991.

Mi proyecto fue en buena medida una iniciativa de los mismos excombatientes. En 1992 tenían un promedio de ochenta años. La Revolución Rusa de 1917 formaba parte de su niñez y juventud. La mayor parte eran hijos de inmigrantes de la Rusia zarista y algunos de ellos, siendo niños, habían sido testigos presenciales de la Revolución. Antes de afiliarse al Partido Comunista en los años treinta, muchos de ellos vivieron en el seno de familias que mantenían la tradición del socialismo judío en el que la lengua común era el

yiddish. El *crack* mundial y el surgimiento del fascismo y el nazismo hicieron que la militancia en el PC ascendiera a cien mil personas en 1938, cuando la Guerra Civil Española había captado la atención del mundo entero. Casi todas las personas con las que yo conversé habían abandonado el Partido mucho antes de que habláramos, pero era el momento de recapacitar y reflexionar. Ellos sabían —yo también lo sabía— que no les quedaba mucho tiempo. Cuando fueron a España, la mayor parte de los combatientes, enfermeras y médicos hubieran dicho que eran “internacionales” y “antifascistas”, nada “prematuros”, pero pocos hubieran traído a colación su condición de judíos como motivo para jugarse la vida.

Con el paso de cincuenta y cinco años eran pocos los que estaban dispuestos a repensar dicho motivo, pero, dada la oportunidad de volver a plantear la totalidad de su vida, muchos de ellos se avenían a “salir del armario” —como judíos— en palabras de un hombre, George Watt, que había formado parte del aparato del Partido. En efecto, hay quienes rechazaron mi invitación, ya que les parecía tan irrelevante en su vejez como lo hubiera sido en su juventud. Grabé treinta y nueve conversaciones, transcribí la mitad y entonces, por motivos mucho más relacionados con mi vida que con la de ellos, abandoné el proyecto. Los contactos, las conversaciones y la conservación de estos me habían motivado en todo momento, pero no había dado con la forma de realizar lo proyectado. Las grabaciones, las transcripciones y la correspondencia con quienes consideraba como viejos/nuevos amigos pasaron a un archivo que volví a encontrar al poner en limpio el caos de mi despacho universitario, estando yo a punto de la jubilación tras medio siglo de enseñanza en el Departamento de Filología Inglesa de la Universidad de Washington. En este momento, tengo la edad de mis interlocutores. Han muerto todos ellos.

Me atrae la idea de evocar las palabras de la persona que dio su nombre a la Brigada —o más exactamente al Batallón—: en noviembre de 1863, Abraham Lincoln afirmó que “nos incumbe a los que vivimos” conservar la memoria de los que lucharon en “una gran guerra civil”. Además de transcribir las voces de los que se pusieron al servicio de la República Española en su juventud, esta obra les permite volver a España en una lengua, la española, que solo unos pocos sabían hablar. Mis amigos y colegas, Edward Baker y Anthony L. Geist y el editor del libro, David Corominas, han hecho las traducciones. El título elegido, *Salud y shalom*, refleja saluciones comunes y corrientes en español y en hebreo o yiddish, que habitualmente empleaba uno de los excombatientes, Ed Lending, en nuestra correspondencia. Había adaptado una vieja fórmula —*Salud y Victoria*— que muchos de los combatientes empleaban en las cartas que enviaba a sus familiares desde España y, más adelante, desde Europa y el Pacífico, donde muchos de ellos lucharon durante la Segunda Guerra Mundial. En 1994, Lending quiso abrir un espacio lo mismo a su condición de judío que al lenguaje de su antigua militancia.

“Salgamos del Armario” (George Watt)

George Watt (1913-1994), el que me indicó que ya era hora de que los excombatientes “salieran del armario”, me contó que no hacía mucho que había estado en Yad Vashem, el memorial dedicado en Israel al Holocausto, donde se hablaba de la resistencia judía y, lógicamente, destacaba el levantamiento del gueto de Varsovia. Pero en ninguna parte se mencionaba el hecho de que también había judíos que habían luchado en contra de Hitler mucho antes. Me dijo: “Ahora, si todos luchamos por judíos, si este era el motivo fundamental verás o no, no tiene importancia. Eso depende de cada cual, como tú verás. Pero el hecho cierto es que había judíos que lucharon contra Hitler mucho antes de que por lo general se reconociera; antes, incluso, de que se comprendiera ampliamente la amenaza del hitlerismo”.

Al final de los años treinta, los dirigentes de la comunidad judeo-americana quitaban importancia al peligro que suponía para los judíos el surgimiento del nazismo; y la izquierda judía hizo lo propio. El *establishment* judío no quería llamar la atención en ninguna parte de la situación catastrófica de los judíos. La publicación oficial, el *American Jewish Year Book*—el Anuario Judeo-Americano—no mencionaba a los judíos que combatían en España y no se refería apenas a la naturaleza antijudía de la propaganda de los fascistas españoles. De hecho, solamente los franquistas y sus apologetas norteamericanos hablaban con claridad de su obsesión con los judíos. El general franquista, Queipo de Llano, *el general de la radio*, vociferaba: “no es una guerra civil sino una guerra por la civilización occidental contra el mundo judío”, opinión que tuvo mucho eco en las emisiones radiofónicas del sacerdote católico de extrema derecha, Charles Edward Coughlin, y la prensa católica derechista de los Estados Unidos. Si el antisemitismo norteamericano e internacional procedía del nacionalismo estrecho de la derecha, como explicaba Watt, la izquierda se aferraba a lo que entendía por “internacionalismo”, y por aquel entonces minimizaba lo que consideraba nacionalismo. En este caso, rechazaba la idea de que los judíos pudieran tener un interés especial en oponerse al fascismo. Cuando Abe Osheroff, George Watt y Bill Susman me animaron a comenzar este proyecto, eran plenamente conscientes de lo que suponía una reflexión y una retrospectiva sobre este asunto por su parte y la de sus compañeros. Podrían no ver las cosas *ahora* como las habían visto *entonces*, cuando se fueron a España. Y lo cierto es que el primer excombatiente con quien hablé rechazó la premisa: “¿judíos en España? Yo no fui a España como judío, yo era un internacionalista”. Sin embargo, nos vimos y hablamos y en último término todos tenían algo que decir.

“Aquellos de *Juden verboten*. Esvásticas por Todas Partes”. (Celia Seborer)

De todos mis interlocutores, solamente una persona —Celia Seborer— había estado en España antes de que volviera como sanitaria en 1937. En 1934 había

acompañado a su marido, el periodista George Marion, pseudónimo de Marion Greenspan, cuando fue a Asturias a hacer reportajes sobre la huelga de los mineros. Siguieron en España y Francia a lo largo de 1935 y, a comienzos de 1936, viajaron por separado a Berlín, camino a Moscú, donde Celia tenía familia y, por supuesto, interés político. Celia abandonó rápidamente Berlín.

“CS: No soportaba aquello de *Juden verboten*.

JB: ¿Te dabas cuenta?

CS: ¡Cómo no me iba a dar cuenta! Había esvásticas por todas partes, movimientos antijudíos.”

En aquel momento y durante mucho tiempo, pocos excombatientes consideraban que su identidad judía fuera un “motivo fundamental” para marcharse a España. En 1937 Watt y sus compañeros hubieran entendido el antisemitismo alemán como uno de los muchos aspectos abominables del régimen de Hitler, junto con el asalto a los sindicatos comunistas y socialistas. Pero ¿por qué esos judíos minimizaban algo tan básico y mortal como el antisemitismo hitleriano, cuando ellos se disponían a combatir al fascismo? En primer lugar, salvo Celia Seborer, ninguno de ellos había sido testigo presencial de lo sucedido en Alemania. En cuanto a los que hasta aquel momento se habían mantenido a distancia con respecto a Hitler, una mirada a la cronología resulta aclaratoria. A la altura de *Kristallnacht*, noviembre de 1938, cuando el mundo entero cayó en la cuenta de la violencia y el desprecio nazi hacia los judíos, la mayor parte de los internacionales se habían marchado de España. Abe Osheroff (1915-2008), que entró en España en mayo de 1937, me subrayó la secuencia de los acontecimientos:

“Hay que tener en cuenta que, en 1936, tres años después de que [Hitler] hubiera llegado al poder, el Holocausto no había comenzado. Había en Alemania un antisemitismo muy mierdero pero lo había también en Polonia, y en Hungría, y en Rumanía, y un largo etcétera, y no sabíamos que también lo había en la Unión Soviética. Éramos conscientes del antisemitismo, pero no tenía entonces la milésima parte del impacto que tuvo el Holocausto, la liquidación, cuando empezamos a tener noticias —a la altura de 1940, de 1941—. Antes era acoso en lo económico, lo político, lo cultural... un muerto de vez en cuando, pero el *Judenrein* —la idea de una Alemania vacía, sin judíos— no era todavía la política del Estado alemán, que nosotros supiéramos. No era todavía una expresión: en *Mein Kampf* no se hablaba del *Judenrein*. Total, que no era un tema de vital importancia para nosotros.”

Debía estar claro también que numerosas políticas antijudías ya existían en la legislación alemana antes de que se levantara Franco contra la República. Durante las manifestaciones extravagantes celebradas en Nuremberg en septiembre de 1935, Hitler convocó al Reichstag para aprobar —naturalmente por unanimidad— una “Ley de Protección a la Sangre y el Honor de Alemania”, y la “Ley de

Nacionalidad del Reich”. La primera ponía fuera de la ley los matrimonios y las relaciones sexuales entre “judíos y los ciudadanos alemanes o de sangre alemana”, mientras que la segunda negaba la nacionalidad alemana a los judíos. Ambas leyes invocaban la *sangre* alemana antes que una práctica religiosa.

El antisemitismo alemán bien pudiera tener una larga historia en el continente europeo, pero las Leyes Raciales de 1935 fueron también una empresa transatlántica. Los autores de las leyes alemanas habían estudiado con anterioridad la legislación de varios Estados norteamericanos que prohibían el matrimonio entre blancos y negros. Las leyes norteamericanas venían bien a unos juristas que todavía preferían moverse en el marco de la legalidad, y a unos políticos a los que convenía compartir valores que en apariencia eran los de los países del Atlántico septentrional, aunque solamente sirvieran para dar un poco de lustre ante el mundo a sus impulsos más oscuros. Al fin y al cabo, se iban a celebrar unos Juegos Olímpicos en Berlín en 1936. Además, los cuadros jurídicos de Hitler conocían los fundamentos ideológicos de los duros controles a la inmigración en la legislación norteamericana de comienzos de los años veinte. Estaban familiarizados con las obras de Madison Grant cuyo *Declive de una gran raza* (1916) parecía dar una apariencia científica al pensamiento racista. El libro celebra la existencia de “la raza nórdica” y en términos generales denigra a todas las demás. En Estados Unidos se citaba a Grant para justificar las restricciones contenidas en la Ley de Inmigración de 1924 y, en el mismo año, aquel autor colaboró en la redacción de la Ley de Integridad Racial del Estado de Virginia. Al final de los años treinta, Hitler consideraba el libro de Grant como “mi Biblia”; diez años antes, en *Mein Kampf*, había reconocido su deuda con el industrial del sector automovilístico Henry Ford, quien puso los odiosos *Protocolos de los sabios de Sión* en circulación por el mundo entero: el racismo no era una planta exótica cultivada exclusivamente en Europa.

Un componente curioso de las leyes raciales alemanas de 1935 es que negaba a los judíos el derecho de “ondear la bandera de la nación o exhibir los colores del Reich”. Al mismo tiempo, el Reichstag transformó la que había sido bandera del Partido Nazi y, casualmente un símbolo de la marina mercante alemana —la esvástica negra sobre un campo de color rojo—, en “bandera nacional”. Durante los diez años siguientes, Partido y Estado se fundieron. La instalación de la esvástica como bandera nacional fue en aquel momento un asunto, aunque de otro tipo, que cruzó el Atlántico. Un poco antes, en el verano de 1935 —un 26 de julio— había hecho acto de presencia una masa de personas en el embarcadero 46 del puerto de Nueva York para protestar por la presencia del transatlántico alemán Bremen, en el que ondeaba la bandera nazi. Un joven de la marina mercante, llamado Bill Bailey, un comunista norteamericano de origen irlandés procedente de Nueva Jersey, consiguió, con el apoyo de algunos compañeros, retirar la bandera del mástil del Bremen y tirarla al río Hudson. Bailey y sus amigos fueron detenidos, pero al poco tiempo fueron puestos en libertad por un humilde magistrado

municipal, Louis Brodsky, un judío que en su decisión explicitó su desprecio al símbolo nazi. Hitler estaba furioso: en un discurso pronunciado ante el Reichstag el día 15 de septiembre, citó a Brodsky como promotor de la conspiración internacional judía. Un año después, Bill Susman ayudó a Bill Bailey a salir de la cárcel cuando fue detenido por organizar el recién nacido Sindicato Nacional de Trabajadores Marítimos en la ciudad de Baltimore; al año siguiente ambos se encontraban en España defendiendo la República.

Sin duda, los acontecimientos alemanes de mediados de los años treinta impactaron en la vida de los judíos norteamericanos, en todas sus tendencias: los ortodoxos, los secularizados, el capitalista y el socialista. Ahora bien, las llamadas “Leyes de Mayo”, promulgadas por el zar Alejandro III a comienzos de la década de 1880, tuvieron un impacto mucho mayor que las aprobadas por el Reichstag en 1935.

“Shver tsu zeyn a yid” (Todos)

Los compañeros judíos de Bill Bailey conocían las políticas antijudías de Hitler, pero tengo la impresión de que a la altura de 1935 o 1936 no les hubieran parecido especialmente llamativas ya que, al fin y al cabo, ¿qué sabían ellos del mundo? Y no solamente de Polonia, Hungría o Rumanía, por traer a colación los ejemplos citados por Abe Osheroff. Vivían en la Norteamérica de Henry Ford y Madison Grant; sabían que había muchas universidades que les cerraban el acceso; conocían que había numerosos puestos de trabajo que como judíos no podían solicitar, y muchos lugares donde no podían vivir, aunque tuvieran un dinero que no tenían. Y, naturalmente, conocían los insultos y los peligros de la vida callejera de Nueva York, sobre todo cuando se encontraban fuera de su barrio. Entonces, ¿por qué les iba a llamar la atención la noticia del antisemitismo en Europa?

Hay una expresión en yiddish que surgió en las conversaciones con varios excombatientes: *Shver tsu zeyn a yid*. “Es duro ser judío”. Lo era especialmente en la Europa Oriental de los años 1880 y 1890, tras el asesinato del zar Alejandro II. Acciones violentas realizadas con la avenencia del Estado —los pogromos— fueron acompañadas por restricciones en materia de educación, movilidad y residencia, y por la desaparición de muchas salidas económicas: los judíos experimentaban la muerte súbita a manos de los pogromos o la muerte lenta por el hambre; muchos de ellos dejaron atrás el caos de los *shtetl* —las aldeas judías— por el caos de las ciudades y los centros industriales. Las tradiciones ortodoxas y un cierto grado de autogobierno fueron interrumpidos por el poder, y entre los judíos desplazados surgieron movimientos de oposición consciente. El sionismo introdujo la idea de una tierra judía, pero en otro lugar; el socialismo ofrecía, a una clase trabajadora recién industrializada, la posibilidad de seguir allí donde estaba y pelear por una transformación revolucionaria. La creación del *Algemeyner Yidisher Arbeter-bund in Lite, Poyln un Rusland* —Central Sindical de Trabajadores Judíos

en Lituania, Polonia y Rusia— el *Bund*, reunió a miles de trabajadores judíos en su lengua materna, el yiddish, idioma que, a partir de 1897, fue empleado por novelistas, dramaturgos y periodistas que conectaban con judíos en toda Europa Oriental, amén de los enclaves de inmigrantes de Europa occidental y Norteamérica adonde se habían desplazado.

Entre los años 1880 y 1924, más de dos millones de judíos abandonaron la Rusia de los zares rumbo al occidente europeo y ambas Américas. Las leyes norteamericanas excluyentes de 1921 y 1924 se hicieron explícitamente para limitar la inmigración de la Europa del Este y del Sur, es decir, judíos e italianos. A pesar de que la legislación vigente casi eliminó la inmigración de Europa Oriental, muchos de los judíos que abandonaron Alemania y el Este en los años veinte y treinta formaron la base de la presencia judía en las Brigadas Internacionales de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, al igual que los venidos directamente de Polonia; muchos de ellos hablaban el yiddish. El yiddish, un híbrido de lenguas germánicas y eslavas escrito con alfabeto hebreo, era la lengua doméstica de los judíos a lo largo y lo ancho de Europa Oriental, cruzaba las fronteras nacionales y se transformó en la *lingua franca* de los judíos que permanecían segregados de sus vecinos gentiles. Uno de los aspectos más llamativos de la febril actividad cultural de aquella región desde los años 1880 hasta el genocidio de los años cuarenta es que el yiddish adquirió mucha importancia en el terreno literario y político, además de ser la lengua de la cotidianidad y del trabajo entre los judíos del Este o los enclaves, en crecimiento, establecidos en París, Londres, Nueva York, Filadelfia, Chicago, Buenos Aires, la Habana, México D.F. y, a partir de 1937, el Jarama, Brunete y el Ebro.

“Yo nací para ir a España” (Bill Susman)

Con esas palabras Bill Susman (1915-2003) contó en muy resumidas cuentas lo que había sido su vida antes de 1936. A veces esta expresión —“nacer” para hacer algo en concreto— se refiere a una capacidad innata. Un deportista podrá decir “yo nací para correr”, expresión que Bruce Springsteen musicó en 1975 en *Born to Run*. Por lo demás, significa que en tu vida no hiciste nada más y tampoco tuviste otro objetivo. Se trata de una vida dominada por una obsesión, por una fijación. Y está claro, como el lector podrá comprobar, que casi todo lo que hizo hasta los veintiún años de edad fue aprender para dirigirse a España. Ahora bien, hay asimismo aspectos de su relato que destacan aún más lo que significa “nacer” para hacer algo. Si se supone que una decisión tomada a los veintiún años de edad podía remontarse al momento del nacimiento, entonces algo —amén de la obiedad de un acto sexual— tuvo que suceder antes de que Bill naciera. Hay que mirar a los padres, a los abuelos. Hay que acordarse de Rusia.

Pasé dos días con Bill Susman en su casa de Great Neck, Long Island. Poco después de que comenzara la conversación me mostró, lleno de orgullo, una

foto de la familia (imagen 1) reunida en torno a la gallarda figura de Morris Winchevsky, el célebre *zeydeh* —el “abuelo”— del socialismo yiddish y de la poesía socialista. La foto se hizo en 1922 mostrando a Bill, a los seis años de edad, con su delantal ruso, sonriente, sentado en el regazo del “abuelo”. Morris Winchevsky nació con el nombre de Benzion Novakhovitch en Lituania, cerca de Kovno, en 1856. Tras un fallido intento de hacer estudios rabínicos en Vilnius se orientó al mundo secular y al socialismo, que cultivó dentro y fuera de la cárcel en el Königsberg prusiano hasta 1879, cuando dejó atrás Europa Oriental y se trasladó a París y a Londres. En Londres, entre 1880 y 1895, colaboró en la creación de la prensa yiddish, comenzó a publicar poesías y a organizar la inmigración procedente del Este. Fue en Londres donde se transformó en Morris Winchevsky, “abuelo”, ya a esas alturas del nuevo movimiento. En Londres editó *Der Poylisher Yidl* —*El Pequeño Judío Polaco*— que, con una dosis mayor de idealismo, se transformó en *Di Tsukunft* —*El Porvenir*—. Poco después de dejar Londres y trasladarse a Nueva York, en 1895, se alió con Abraham Cahan, que había fundado *Der Forvertz* —*Adelante*—, el periódico socialista escrito en yiddish más leído de su tiempo. En 1922, cuando visitó a los Susman en Bridgeport, Connecticut, había roto con Cahan y los socialistas, había sido esporádicamente compañero de viaje de los sionistas —hasta la conferencia de Versalles— y se había acercado al nuevo Partido Comunista. Cuando murió diez años más tarde en Nueva York, fue enterrado en el cementerio del *Arbeter-Ring*, el Círculo de Trabajadores que dirigía la *shuleh* —la escuela— donde Bill Susman estudió el yiddish y los principios del socialismo que le dejaron la impresión de que “había nacido para ir a España”.

Casi todo lo que sé de Morris Winchevsky lo aprendí de las memorias que escribió su amigo —y en algún momento maestro de Bill en la *shuleh* de Bridgeport— Kalman Marmor, y de un ensayo biográfico de I.B. Bailin, cuyo hijo, Mike Bailin (1916-1997) también se educó en yiddish en una *shuleh* y viajó a España en 1937. Mike Bailin me regaló el libro de ensayos en yiddish de su padre con el mismo sentimiento de orgullo que mostró Bill Susman al enseñarme la foto con el “abuelo” simbólico. El mismo sentimiento que tuvo George Watt al mostrarme una foto de su abuelo verdadero, todavía en Lodz, donde encabezó una huelga de trabajadores de una fábrica de textiles. Watt, lo mismo que Bill Susman y Mike Bailin, comenzó nuestra conversación acerca de los primeros años de su educación con el relato de las ideas políticas de sus padres y de sus abuelos:

“Entre mis primeros recuerdos estaba la leyenda del abuelo, del padre de mi padre. Era un obrero del textil, un tejedor, en Lodz, y trabajaba en una fábrica cuyo dueño era judío. En ella se dio la primera huelga de trabajadores judíos de la ciudad en 1902, en la fábrica Wiślicki —así se llamaba el dueño—. Desde mi primera infancia mi padre contaba esa historia, que formaba parte de la tradición familiar.”

Se mostró todo orgulloso mientras contaba la historia de su abuelo, *Avremele der lamden* —Abraham el Sabio—. El honorífico significa que su abuelo era un judío sabio y piadoso que casualmente había sido uno de los dirigentes de aquella huelga. Watt fue testigo presencial de la vuelta al hogar de su propio padre, que tuvo que ir a pie y encadenado, “*in kaytn*”, una condena común y corriente en la época. Mike Bailin explicó que su padre había sido compañero en Europa de Vladimir Medem, uno de los fundadores del *Bund*, cuya viuda, Gina Medem, hizo acto de presencia como periodista en Madrid en 1937, donde documentó la importante presencia de judíos en las Brigadas Internacionales en un librito, *Los judíos voluntarios de la libertad. Un año de lucha en las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1937). Lo que los alumnos como George Watt, Bill Susman y Mike Bailin aprendieron en yiddish en la *shuleh* reforzaba lo que ya habían aprendido en casa de los relatos familiares. Todo aquello fue un aprendizaje crucial para el movimiento juvenil dentro del Partido, primero como Pioneros y después como militantes de la *Young Communist League* [YCL-Liga de Juventudes Comunistas].

El prurito genealógico de los judíos, que suponía la creación de “abuelos”, no es una peculiaridad de los socialistas. Los judíos han improvisado un pasado y una genealogía a partir del Génesis bíblico. Da la sensación de que Abraham, Isaac y Jacob dibujan una secuela en cada generación. El gran escritor yiddish, Sholom Aleichem —cuyo nombre de pluma proviene la conocida salutación en hebreo y en yiddish que significa “la paz sea con vosotros”— se refería a Mendele Mokher Sforim —otro nombre de pluma para un escritor que le sobrevivió— como *der zeydeh*, el abuelo de la literatura moderna yiddish. Las novedades, al parecer, han exigido un pasado histórico.

Entre los inmigrantes a Estados Unidos hacia comienzos del siglo XX, se considera que los judíos de Europa Oriental estaban entre los menos dispuestos al retorno a *der heym*, la tierra de origen. Posiblemente por eso se sentían obligados a confeccionar un pasado ancestral ausente. En un ensayo publicado en 1915, en el momento, año más o menos, en que nacieron casi todos los brigadistas norteamericanos, el sociólogo judeo-norteamericano Horace Kallen reflexionó en torno al proceso de asimilación y retrospección entre los inmigrantes recién llegados a Estados Unidos. Preveía que América del Norte volvería a ser multicultural una vez que los recién llegados hubieran superado la compulsión de ganarse la vida en el nuevo mundo y asimilarse al nuevo modo de vida. “En grado mayor o menor los hombres podrán cambiar de ropa, de política, de cónyuge, de religión, de pensamiento: no podrán cambiar de abuelo” (Horace Kallen, *Democracy versus the Melting Pot*). Podía haber añadido que podían cambiar de nombre y apellido, pero estaba convencido de que más tarde o más temprano tendrían que acordarse de quiénes eran.

“Vivir en dos culturas” (George Watt)

Horace Kallen señalaba a los judíos como partícipes decididos de unos Estados Unidos multiculturales. De todos los grupos de inmigrantes eran los que con ma-

yor probabilidad llegaban *en famille* y, como ya señalé, los menos propicios a un retorno al país de origen. Más allá de la conexión familiar y cultural que mantenían con “el viejo país”, no se sentían involucrados en los desigmos nacionales de Rusia, Polonia o Rumanía. En Estados Unidos mandaban a sus hijos a la escuela yiddish secular o a la hebrea religiosa, pero únicamente como complemento a la escuela pública donde aprendían rápidamente el inglés, y los padres participaban de la vida comunitaria y política norteamericana a la vez que leían el periódico yiddish y mantenían sus propias relaciones comunitarias. En resumidas cuentas, era posible ser judío y a la vez norteamericano. Según Kallen, ser norteamericano no exigía la entrada al consabido *Melting Pot* —el crisol asimilador— donde se esfumaban todas las distinciones en un proceso hostil que se autodescribía como “la americanización”.

La disposición de Kallen a identificar a los judíos del Este como inmigrantes ideales formaba parte de un debate nacional en el que otros publicistas influyentes como Madison Grant y Henry Ford pensaban lo contrario. Kallen se enfrentaba al nacionalismo excluyente —y racista— de la *Immigration Restriction League* (de la que Grant era miembro fundacional), al utilizar la *natio* en latín en sentido de *nacer para...*, a la vez que se desprendía de todo sentimiento exclusivista. Los Estados Unidos de Kallen son una ensoñación internacionalista en la que muchas *naciones* viven en proximidad los unos a los otros, en una empresa colectiva. Puesto que los judíos del Este no provenían de “tierras de su propia *natio* y cultura”, sino de “unas tierras de paso donde se les ha tratado como foráneos, como semi-ciudadanos objeto de discriminaciones y persecuciones”, estaban por eso mismo más dispuestos a adaptarse al “sistema político del Estado” al que han llegado con expectativas de plena participación. Su visión de una identidad multinacional norteamericana anticipa buena parte de lo que vendría a ser la cultura del Frente Popular.

Lo que se aprecia en la juventud de los judíos que se fueron a España es un abanico de adaptaciones a la vida norteamericana. Me resisto a calificarlas de “transicionales”, ya que el término podría apuntar a una transformación integral —una metamorfosis— de una realidad a otra. Rara vez se ve algo tan contundente como una conversión religiosa. La experiencia a través de la cual una persona se transforma en otra —aquello que Horace Kallen denomina “la identidad étnica y cultural” — engloba, pero también supera, las prácticas religiosas. Cualquiera que hubiera sido su primera formación, las personas con las que conversé habían abandonado hacía tiempo todo vestigio de prácticas religiosas tradicionales (aunque algunos reconocían la adaptación en versión izquierdista de algunas fiestas religiosas de gran importancia). Hay algo más profundo en la judeidad de esa primera generación de inmigrantes y su secuela inmediata. Lo que aquellos jóvenes recogieron del entorno familiar, del barrio, de la *shuleh* o la escuela yiddish a la que asistieron muchos de ellos, amén de la escuela pública, es algo que no pocos caracterizaron de *yiddishkayt*, una judeidad ampliamente definida en lugar

de una religiosidad de vía estrecha expresada en la palabra *judatísmo*. Las fronteras del *yiddishkayt* son imprecisas y persistentes, e inevitablemente se entremezclan porosamente con otras categorías: el americanismo, el internacionalismo, el comunismo.

He ahí las palabras con las que George Watt caracteriza el pastiche de su juventud:

“Bueno, yo ya vivía en dos culturas. Verás... ya no era judío sin más ni siquiera incluso en la niñez, porque de niño mi héroe era Eugene Debs, que era el héroe de mi padre, y yo estaba involucrado en el caso de Sacco y Vanzetti, y tal. Ya no vivíamos en un mundo judío, empecé más o menos a verlo... Mi padre decía que yo debía acudir a la *shuleh* para aprender el yiddish, quería que aprendiera el yiddish para él. Decía que era inmigrante y esa era su lengua, pero cuando sus hijos fueran mayores ya no tendrían que ir a la *shuleh* a aprender el yiddish porque estarían plenamente integrados. Es interesante. Durante toda su vida, hasta los casi noventa años de edad, estaba metido de lleno en el yiddish. El yiddish era su lengua, pero decía que no sería lo mismo para mí porque yo estaría americanizado.”

Hay que tener presente que la migración del Este europeo se encarna en Estados Unidos en la figura del socialista Eugene V. Debs, que pasó dos años en la cárcel debido a su oposición a la Primera Guerra Mundial en 1918. Debs (1855-1926) era el portavoz del socialismo y el sindicalismo norteamericanos en una época en que un candidato socialista podía recibir un millón de votos en unas elecciones presidenciales, cosa que Debs hizo en 1916 y que volvió a hacer en 1920, estando todavía en la cárcel. Bill Susman también destacó la devoción que sentía su padre por Eugene Debs, cuyo retrato “ocupaba el sitio de honor en nuestra sala de estar, a pesar de que era socialista”, o sea, a pesar de que no era comunista. De niño, Bill Susman tenía la impresión de que todos los socialistas y comunistas eran judíos porque se les citaba únicamente en yiddish. Le pregunté si esta era la impresión que tenía de Debs. “Nunca pensé que Debs fuera judío, pero estaba convencido de que casi todo el resto del mundo lo era”. Años después, en los treinta, cuando el periódico en yiddish *Der Forvetz* montó su propia emisora de radio, adoptó las iniciales de este norteamericano célebre, “WEVD”, W-Eugene V. Debs (las emisoras de radio en EE. UU. se bautizan con cuatro letras del alfabeto, empezando por la “W” en el Este y la “K” en el Oeste).

Para su generación, lo que George Watt entendía por sus “dos culturas” iba a ser durante los treinta o cuarenta años siguientes el tejido que confirmaba una identidad polifacética que no se experimentaba como una contradicción: sus impulsos políticos, nacidos en el país de origen, se adaptaban a la nueva tierra. Watt llama la atención sobre el caso de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, inmigrantes y anarquistas italianos acusados de homicidio en un pueblo próximo a Boston y ejecutados en 1927, tras una larga secuela de recursos y de protestas internacionales. Ed Bender (1906-1996) protestó en Filadelfia junto a un italiano de cuyo dolor se iba

a acordar sesenta y cinco años más tarde. Bender, testigo presencial de la Revolución Rusa durante su niñez en Ucrania, se sumó a las manifestaciones de los Consejos de Parados en el Estado de Maryland en 1931. Él y sus compañeros organizaron el sindicato de los mineros del carbón en Pennsylvania y dieron su apoyo al sindicato nacional —*United Mine Workers*— en Bloody Harlan, llamado así por el sangriento condado de Kentucky, y adonde las Juventudes Comunistas mandaron activistas en 1931 y 1932. Fue el momento en que George Watt se hizo comunista:

“Yo era socialista y trabajaba junto con las Juventudes Comunistas en el movimiento estudiantil y desarrollaba una gran actividad en torno a la huelga de Harlan a comienzos de los años treinta. Era una huelga brutal, sangrienta, [los mineros] eran víctimas de una violencia bestial, y recuerdo que mi amigo Joe Clark, que en aquel momento todavía se llamaba Joe Cohen, discutía conmigo. Todos ellos querían reclutarme para la *YCL* y yo me resistía. No podía entender la cuestión de la violencia. Y me dijo: “mira a los mineros. Todo lo que piden es un centavo más y están siendo machacados. ¿Crees que vamos a poder llevarnos el gato al agua —que podremos tomar posesión de los medios de producción— sin violencia?”

Tomemos nota de que “Joe Clark todavía era Joe Cohen”. Cuando se hizo de la *YCL*, Israel Kwatt se transformó en “George Watt”. Más allá de la protección personal y de la familia, había un cierto romanticismo en el cambio del nombre. Dentro del Partido había una tendencia a imitar a los rusos —Lenin, Trotsky, Stalin— en la adopción de un *nom de guerre*. Pero el cambio de nombre tenía otros motivos, como explica Watt:

“Queríamos ocultar nuestra identidad judía hasta cierto punto, y en realidad era una respuesta al antisemitismo, a la sensación de que la gente no nos seguiría. Yo cambié de nombre cuando me transformé en una figura pública en el movimiento estudiantil... La razón principal es que tenía un nombre muy judío, me llamaba Israel Kwatt, que vino del momento en que mi padre cambió su apellido a Kwatt cuando se bajó del barco. Su padre se llamaba Kievkasky, un apellido polaco... Me decían [los compañeros] que no me podía llamar Izzy Kwatt y entonces adopté el nombre que ya había usado cuando me hice de las Juventudes Comunistas. En esa época había un poco de romanticismo. Imitábamos a los rusos. Todos ellos tenían un nombre diferente y entonces tenían que emplear un nombre de las Juventudes o del Partido que fuera distinto de tu nombre real. Pienso que era un asunto infantil, pero en el país el ambiente era distinto. Por ejemplo, en el *New York Times* no se firmaban los artículos con nombres judíos. Mi primo, que hizo ingeniería, tuvo que cambiar de nombre para conseguir trabajo. Con su nombre judío no podía. Eran racionalizaciones, pero además nos plegábamos al antisemitismo. Nos metimos más o menos en el armario. ¿Cómo decirlo? Yo me formé en una tradición judía, pero no era el único. Era la tendencia en esa época. Hoy me da mal sabor de boca.”

Para las Juventudes Comunistas el cambio de nombre siempre conducía a un objetivo —el modelo típico de la asimilación—. Los inmigrantes reducían el ape-

llido Kievkasky con frecuencia, por lo general en aras de los “fundadores” anglosajones, de Kievkasky a Kwatt y Watt, de Cohen a Clark, de Regenstreif a Gates. Bill Susman trabajó en la marina mercante y a continuación se fue a España con el nombre de “Bill Ellis”. Otros, como Abe Osheroff (1915-2008) y Abe Smorodin (1916-2008), se resistían a la invitación de cambiar de apellido, pero lo cierto es que su militancia en las Juventudes Comunistas comenzó en sus barrios, donde el apellido y su capacidad de hablar el yiddish favorecían su trabajo en el Partido.

En el interior del Partido la insistencia para que algunos de sus militantes más activos anglificaran el apellido respondía a lo que Abe Osheroff ha denominado la ambivalencia del Partido ante “La Cuestión Judía”:

“En la práctica fundaron un periódico yiddish y algunas revistas que eran instrumentos del Partido. Pero en cierto modo era una política ambivalente. Por un lado, hizo todo lo que pudo para organizar a los trabajadores judíos; por el otro, se presionaba continuamente a los judíos del Partido, especialmente a los que ascendían en el aparato, a plegarse a la presión asimilacionista, cosa que el entorno social también hacía, porque el pequeño Aby, ¿cómo iba a reclutar a los metalúrgicos?”

El Partido Comunista de los Estados Unidos tenía una política “americanista” para con sus militantes judíos. ¿Cómo se explica esto?

En pocas palabras, desde el primer momento —1919— el comunismo norteamericano había sido tildado por sus enemigos de ideología foránea cuyos militantes podrían ser deportados. Las llamadas Razzias de Palmer —*Palmer Raids*—, dirigidas por el entonces ministro de Justicia A. Mitchell Palmer, ponían en la diana precisamente a las personas que iban a ser excluidas por las nuevas Leyes de Inmigración, principalmente europeos del Este e italianos, comunistas y anarquistas. Mientras tanto, en *El judío internacional* (1920), Henry Ford argumentaba que la simple presencia de judíos en Estados Unidos suponía un asalto a todos los aspectos de la vida norteamericana. Un capítulo del tercer tomo de *El judío internacional* —“El influjo de los judíos en la vida americana”— identificaba “los semilleros judíos del bolchevismo”; en otro capítulo se quejaba de que “los judíos que controlaban las apuestas corrompían el béisbol americano”, y “el jazz judío se ha transformado en nuestra música nacional”. En otro capítulo hacía un sumario de “las quejas de los judíos contra ‘el americanismo’”. Aunque en 1927 un tribunal obligó a Ford a retractarse de su antisemitismo, la impresión general no se esfumó: los comunistas eran extranjeros y, lo que era peor, acataban las órdenes de una potencia extranjera, Moscú.

Como indica Abe Osheroff, la respuesta del PCUSA fue ambigua. En 1937, cuando se reclutaban voluntarios para la Guerra de España, la “americanización” consciente era la política declarada del Partido bajo la bandera de “El Frente del Pueblo”. En aquel año, una y otra vez y en todo tipo de contextos, Earl Browder, Secretario General del PCUSA, declaraba que “el comunismo es el americanismo del siglo XX”. Aunque el *eslogan* de Browder puede

ser leído hoy como un gesto retórico y poco más, latía detrás el compromiso de muchos militantes con lo que el país representa: su historia, su cultura, su variedad regional y su radicalismo. “El comunismo es el americanismo del siglo XX”, según Browder, porque se adhería a los principios de quienes con más insistencia abogaban a favor de la democracia en 1776, en 1863 y ahora en 1937, es decir, durante la Revolución del siglo XVIII, la liberación de los esclavos en el siglo XIX y ahora en los Estados Unidos de Roosevelt. Por ello, reivindicaba a Thomas Jefferson, el autor principal de la Declaración de Independencia, y a Thomas Paine, su publicista más destacado, junto con los abolicionistas que se oponían a la esclavitud en el siglo XIX y Abraham Lincoln, que terminó con ella en la Emancipación de 1863. En enero de 1937, en una masiva manifestación celebrada en Nueva York, en Madison Square Garden, Browder recordaba con énfasis el precedente de Thomas Jefferson que, como primer Secretario de Estado bajo la presidencia de George Washington, se negó a secundar el bloqueo que habían organizado las monarquías europeas en 1792 en su asalto a la República francesa: “impresiona la distancia que mide aquella valerosa defensa de la democracia y la actitud acobardada ante Hitler”, o sea, el Pacto de No-Intervención europeo de 1936 y la Ley de Neutralidad Americana de 1935.

La “americanización” de la izquierda en los años treinta y cuarenta se produjo en todos los niveles de la cultura de lo que se entiende por “el entramado americano”. En 1939 el cantante afroamericano Paul Robeson, que un año antes había cantado ante las Brigadas Internacionales en España, interpretó en la radio nacional la cantata *folk*, “Balada para americanos”. El gran *basso profundo* encarnaba una lección de historia norteamericana que reproduce el resumen expresado repetidamente por Earl Browder, al citar la Declaración de la Independencia y el Discurso de Gettysburg de Lincoln. El coro hace eco y pregunta simultáneamente al solista, y al final le reta:

Coro: ¿Eres americano?

Robeson: Yo únicamente soy irlandés, judío, italiano, francés e inglés, español, finlandés, griego y turco y checo —¡por partida doble!—, americano.

Y no termino ahí.

Me bautizaron bautista, metodista, congregacionista, luterano, ateo, católico romano, judío, presbiteriano, adventista del séptimo día, mormón, cuáquero, creyente de la ciencia cristiana y muchas más...

A todos los efectos, el “americanismo” del Frente Popular consiguió movilizar un patriotismo que se parecía al multiculturalismo de Horace Kallen. Durante un breve tiempo, que incluye la Segunda Guerra Mundial, hubo espacio para esta interpretación dentro de la cultura norteamericana. En 1940 la “Balada para americanos” se cantó en el congreso del Partido Comunista, y además en el del Partido Republicano (sin Paul Robeson). En los años inmediatamente anteriores

a la Guerra Fría, la derecha y la izquierda reclamaron la idea del patriotismo, a veces en términos no distinguibles.

De modo que los jóvenes voluntarios que se fueron a España en 1937 formaron en los Batallones Washington y Lincoln, recordando los héroes venerables de la democracia norteamericana. Se burlaban de la legislación vigente —la Ley de Neutralidad de 1935—, pero en todo lo demás entendían que honraban los elevados principios de su país adoptivo. Y, sin embargo, mientras George Watt estuvo en España, enviaba cartas a sus padres escritas en su lengua materna, el yiddish.

“Yo no tengo país por el que luchar; mi país es la tierra; soy ciudadano del mundo” (Eugene V. Debs, 1915)

Cuando llegaron a España los 35.000 internacionales procedentes de cincuenta y tres países, hablaban más de veinte idiomas y no tenían ninguna lengua en común —ni el ruso, ni el inglés o el francés, y el español, por supuesto que no—. El mismo Comintern no tenía una lengua compartida. Un pequeño contingente de activistas de la lengua recomendó sin éxito el esperanto. Hacia fines del siglo XIX Ludvig Zamenhof (1859-1917), un judío de Bialystok, en la frontera de Polonia y Rusia, inventó el esperanto como respuesta a las consecuencias mortales de los nacionalismos competitivos dentro de la Zona de Asentamiento zarista donde vivía la mayor parte de los judíos europeos antes de 1940. Una lengua sin Estado serviría como lengua auxiliar de las lenguas nacionales sin conceder ventaja a ninguna de ellas.

Zamenhof, formado como oftalmólogo, también escribió una gramática yiddish en su juventud. A su muerte, en 1917, fue enterrado en el cementerio judío de Varsovia, donde una calle con su nombre atravesaba el gueto judío de aquella ciudad. No sorprende que muchos judíos del Este compartieran el sueño de un internacionalismo que neutralizara las ideologías nacionalistas que en su región y en otras solían hacer que los judíos fueran víctimas propiciatorias.

A los judíos europeos les sobran razones para mirar a los nacionalismos con prevención. Por otra parte, a lo largo y ancho de su diáspora disponían de dos lenguas internacionales —el hebreo y el yiddish. El hebreo se utilizaba principalmente para el ceremonial religioso y el yiddish era de uso cotidiano; no obstante, en los tiempos modernos ambos fueron transformados en lenguas literarias y medios de comunicación de la politización. El sionismo se aferraba a un hebreo modernizado, mientras que el yiddish era la *lingua franca* del socialismo bundista. He observado que los judíos del Este estaban abundantemente representados, lo mismo en las Brigadas europeas que en la norteamericana. Si había una lengua que superaba todas las fronteras y los particularismos nacionalistas, no era el esperanto, era el yiddish. Existe un gran número de anécdotas que indican que los judíos de las Brigadas recurrían al yiddish a falta de una lengua nacional compartida, con la utilidad añadida de que su origen germánico facilitaba la comunicación

con los compañeros alemanes. Wilfred Mendelson, que murió en España, escribía a sus padres —en inglés— que el yiddish era “la verdadera lengua internacional”, entre “judíos de Alemania, Francia, Inglaterra, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía”. Solamente en una compañía compuesta principalmente de voluntarios polacos se permitió la utilización del yiddish como lengua oficial. Era la Compañía Botvin del Batallón Dombrowski, que ostentaba el nombre de Naftalí Botvin, un judío polaco comunista acusado del asesinato de un espía policial en Lvov y ejecutado en 1925, y cuyos soldados combatieron en batallas de primera importancia a lo largo de la Guerra Civil. También publicaron un periódico en yiddish y divertían a sus compañeros de distintas nacionalidades con sus montajes dramáticos y musicales en su propia lengua. Debo añadir que Botvin es el mismo apellido que el mío propio anglicanizado, y me sirvió para que tomara contacto con muchos excombatientes norteamericanos que en los primeros años noventa del siglo pasado valoraron su protagonismo en una resistencia judía anterior a las sublevaciones de los guetos en los años cuarenta.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los guerrilleros judíos fueron abandonados y aislados en los guetos de Vilnius y Varsovia. En 1937 era un honor para muchos combatientes judíos dejar a un lado esa identidad en aras de su pertenencia a lo que en la descripción de *L'Internationale* (en su lengua original) era *le genre humain*. Tengo la impresión de que cuando se alistaron, no como judíos sino como “internacionales” y “antifascistas”, aquellos judíos norteamericanos experimentaron una cierta euforia casi desconocida para sus padres y abuelos. Lo mismo que la Revolución Francesa creó la categoría de *citoyen du monde* para los que llegaban a París, como el británico/norteamericano Thomas Paine, la República Española en peligro creó una categoría que daba libertad y ánimo a sus defensores, muchos de ellos alemanes e italianos desnacionalizados, o inmigrantes o hijos de inmigrantes dispersados a lo largo y ancho de Europa y Norteamérica. George Watt se identificaba gozosamente con la actitud que Eugene V. Debs mostró mucho antes, durante otra guerra que este rechazó. “Cuando Debs estaba en la cárcel, me acuerdo de la conocida declaración que hizo cuando perdió la nacionalidad. Dijo: ‘soy ciudadano del mundo’ y así nos veíamos nosotros”. Lo cierto es que Watt y la mayor parte de los norteamericanos se deshicieron de sus pasaportes en su travesía a España y durante un cierto tiempo se transformaron en ciudadanos del mundo.

Durante un breve período de tiempo, en los años veinte y treinta, la URSS participó del espíritu internacionalista de la República Francesa de los años noventa del siglo XVIII. En los años veinte, los visitantes políticos viajaban masivamente a Moscú; de 1926 a 1938 la Escuela Internacional Lenin atrajo a más de tres mil estudiantes procedentes de cincuenta y nueve países quienes lo hacían en uno de los siete idiomas a elegir. Muchos de aquellos graduados se encontraban en España en los últimos años de la década de los treinta, pero tras la caída de Madrid no pocos de los que volvieron a Moscú fueron castigados, debido precisa-

mente a su trato con compañeros de todas las nacionalidades. Diez años después de la caída de Madrid, los miembros del Comité Judío Antifascista, mayoritariamente poetas y dramaturgos yiddish que habían solicitado ayuda internacional para la resistencia rusa durante la Segunda Guerra Mundial, fueron tildados por Stalin de “cosmopolitas desarraigados”, y fueron detenidos y asesinados en la cárcel de Lubyanka antes de 1952. En 1956, cuando Jruschev puso sobre el tapete esta y otras abominaciones estalinistas, muchos de los excombatientes norteamericanos que habían militado en el Partido durante veinte o treinta años lo abandonaron rápida o lentamente. Años más tarde, cuando conversé con Bill Susman, este se acordaba del inesperado insulto de aquellos tiempos, adjetivo que a él le había dado el impulso para irse a España como “internacional” en 1937: “Stalin utilizaba el término ‘cosmopolita’ por ‘judío’ —‘cosmopolitas desarraigados’— cuando les atacaba. ¡Y yo pensé que no podía haber mayor elogio que ser llamado cosmopolita! ¿Qué diablos tenía de malo ser cosmopolita?”

Una vez pregunté a uno de los excombatientes que si había estado en España antes de 1937. “¡En España! Si yo nací en Brooklyn; apenas conocía Manhattan antes de 1937”. Lo que significaba que rara vez había cruzado el puente de Brooklyn o el río que separaba un distrito de la ciudad de otro. Los voluntarios norteamericanos procedían del país entero, pero los judíos, con pocas excepciones, eran de Nueva York, el puerto donde llegó gran parte de la inmigración masiva de 1880-1924 y simplemente se quedó, lo que hizo que, en 1930, los judíos llegaran al veinticinco por cien de la población de la ciudad más grande de Estados Unidos. Un censo poco común de 1935 contabilizó el número de jóvenes entre los dieciséis y los veinticuatro años de edad que vivían en “la ciudad” —como le llamaban sus habitantes, como si no hubiera otra—. En aquel momento el número de judíos jóvenes era algo más del treinta por cien de la población joven, lo que reproduce el porcentaje de los voluntarios judíos que se fueron a España. A la sazón, los judíos eran el tres por ciento de los habitantes de Estados Unidos, pero en los barrios donde vivían y en el Partido Comunista de Nueva York eran decididamente mayoritarios. Y esta experiencia compartida tendría una consecuencia: la identidad étnica era *menos* visible. Como observó Abe Osheroff, el jefe, el casero, el compañero, el policía, todos ellos eran judíos. En algún momento un judío podría llegar a la conclusión de que era un *Everyman*, un trozo apreciable de *le genre humain*.

“Yo temía que la historia me dejara al margen” (George. Watt)

En la época de la gran emigración procedente del Este de Europa, puede decirse que los judíos de todas partes habían salido del encierro del *shtetl* y del *gueto*, y se transformaron en ciudadanos del mundo. Mirando hacia atrás, después de la Segunda Guerra Mundial, sabemos que este era un planteamiento terriblemente erróneo, pero en 1937 había razones para pensar que había llegado la hora de

abandonar los antiguos límites impuestos desde dentro y desde fuera de la comunidad judía global. Sin embargo, en su experiencia cotidiana, pocos de los judíos con los que conversé habían experimentado una integración clara en lo que a veces se denominaba “la familia humana”. En principio, Estados Unidos ofrecía una liberación y un refugio, pero comenzaban y terminaban pobres todos los días, y acaban encerrados en una comunidad que, salvo algunas diferencias superficiales, se parecía a la que sus padres habían dejado atrás, en Europa.

Muchos de los jóvenes que conformaban aquel treinta por ciento de los combatientes de la Lincoln, procedentes de diferentes distritos de Nueva York, eran inquietos y aspiraban impacientes a salirse de lo que les parecía un confinamiento. He aquí una pequeña paradoja: he dicho que para los neoyorquinos su ciudad —más concretamente la isla de Manhattan— era *La Ciudad* por antonomasia (y debo añadir que su competidor, del que procedía un buen número de combatientes —Chicago—, debería denominarse *La Segunda Ciudad*). Nueva York era la Metrópoli, lo que es París en las novelas de Balzac, o Londres en las de Dickens, y, sin embargo, en el marco de la gran extensión de los Estados Unidos y el ancho mundo que entra y sale de sus puertos marítimos, Nueva York puede parecer una provincia, alejada del resto del mundo, separada de sí misma por ríos, puentes y túneles, tanto en el centro como en el margen del mundo.

En su niñez, Irv Weissman (1913-1998) leyó muchas obras de Mark Twain, entre ellas, la autobiográfica y aventurera *Roughing It* (1872): “yo tenía la sensación de que era un país expansivo, un país rico, un país con tantas cosas que se podían experimentar, y yo quería eso, quería la expansión”. Cuando le recordé las últimas líneas de *Huckleberry Finn* (1884), en que Huck dice: “voy a largarme al territorio” —o sea, al Oeste— en lugar de estar encerrado en su pueblo, Weissman, entusiasmado, asintió con la cabeza. Una vez en España, le impresionó su contacto con la gran variedad de norteamericanos que había entre los combatientes: “en esa época el Partido” —una vez más, fuera de Nueva York— “era muy amplio, muy amplio, y eso también era una satisfacción”. En Chicago, Bill Sennett (1914-2003) parece imitar a Huck Finn cuando se marchó de su casa siendo adolescente, “viajando gratis en los trenes de mercancías”, como decía, hacia la costa del Pacífico, a California, para volver a continuación a *La Segunda Ciudad* y acceder a una versión temprana del internacionalismo con un trabajo en el pabellón belga de la Feria Mundial de 1933. Mujeres jóvenes como Sana Goldblatt (1915-2003) y Celia Seborer (1907-2005) trabajaron con impaciencia, con cortapisas adicionales y con salidas limitadas. Sana, formada como enfermera, cambió continuamente de trabajo hasta que se marchó a España. Celia se largó de Nueva York incluso antes de prestar servicio como técnica de laboratorio y enfermera en España. Ella y su marido, George Marion, se fueron primero a México y después a España, Francia, Alemania y Rusia, antes de que empezara la Guerra Civil.

Para muchos jóvenes neoyorquinos, el Partido Comunista y sus Juventudes ofrecían una salida local que les permitía escaparse del confinamiento de la vida cotidiana en la ciudad. El activismo podría comenzar a nivel de barrio, pero conducía a otros lugares. Bill Sennett se fue a Washington y se sumó a las manifestaciones de los parados y las que protestaban por el hambre de los primeros años treinta; Ed Bender se marchó para organizar sindicatos en los campos de petróleo de Pennsylvania; y Bill Susman se hizo marino para organizar a los trabajadores marítimos. Otros se fueron para apoyar a los compañeros en huelga en las minas de carbón de Harlan, Kentucky —"Harlan Sangriento"— en 1931-1932. El Partido dio su apoyo a los "Chicos de Scottsboro" en Alabama —nueve adolescentes negros acusados en 1931 de la violación de una blanca—. Muchos de estos acontecimientos llegaron a ser *causes célèbres* para la izquierda, pero hasta la llegada de la Guerra de España la mayor parte de las Juventudes Comunistas norteamericanas se movían en su propio continente.

Y entonces llegó España. Abe Osheroff, el que dijo que apenas había viajado de Brooklyn a Manhattan antes de 1937 —una exageración, indudablemente, pero simbólica— describió su decisión de irse a España en términos emotivos y altamente personales que también son indicios de una disposición a salirse del barrio y marchar a un escenario mundial.

"En mi caso, cuando estalló la Guerra Civil española, yo ya era activista desde hacía cuatro o cinco años. Había estado metido ya en unas luchas bastante agrias en las que había un despliegue de mucha violencia. Había estado ya en la cárcel, había sido todo eso. Cuando vino lo de España, fue una cosa más en mi abanico político y sopesé mi decisión; qué consecuencias tendría el no irme. No es que tuviera muchas ganas de irme, estaba locamente enamorado, físicamente, pero me sentía enajenado de mí mismo. Aquí estoy, el gran orador del barrio de Brownsville que abordaba todas las cuestiones, exteriores e interiores. Y llegó esta cuestión muy rápidamente, un asunto de importancia mundial y yo no hacía nada más que hablar —mientras que antes, cuando hablaba hacía—. Yo era una persona de pensamiento, palabra y acción. Y ahora, de repente, me había transformado en una persona de pensamiento, de palabra [pausa], y empezaba a tener un sentimiento profundo de alienación y vergüenza. De alguna manera caía en la cuenta de que, si no me iba, tendría graves problemas de conciencia."

Cuando conversé con George Watt e intenté situar la motivación entre la judeidad y el comunismo, rompió con una declaración dura que parecía englobar las dos categorías: "yo temía que la historia me dejara al margen, en otras palabras, que estuviera fuera de onda, ¿ves?"

De repente había un acontecimiento de importancia mundial que ponía sobre el tapete todos los demás impulsos de tu vida —como judío inmerso en la *yiddishkayt*, posiblemente, pero desde luego como comunista— y no estabas. En varias conversaciones, mis interlocutores eran hombres que recludaban a otros para ir a la Guerra de España a comienzos de 1937, cuando Earl Browder descri-

bía la misión en aquel país como una “cruzada”. En el mitin de enero de 1937 en Madison Square Garden, Browder declaró: “los trabajadores norteamericanos nos llenan de orgullo porque ya han producido centenares de personas que, lo mismo que Lafayette, están en primera línea en la defensa de Madrid, de la República democrática de España”. Estos voluntarios ya estaban inscritos en la historia de la Revolución, con Jefferson, con Lafayette, mientras que Bill Susman, Ed Bender y George Watt estaban en Nueva York reclutándolos. Era hora, no solamente de ser *testigo*, sino *partícipe* de lo que ya sabías que era “la historia”.

Lo que llamamos *historia* se capta y escribe después de los sucesos, rara vez en el momento en que se viven. Naturalmente, yo no conocía a mis nuevos compañeros “en el momento”, es decir, en 1937, pero la animación que transmitieron al relato de los hechos a nuestras conversaciones hace pensar que “el momento” —una semana, un mes, un año— seguía siendo el punto fundamental de sus vidas. Lisa Kirschenbaum, historiadora y autora de *International Communism and the Spanish Civil War* (2015), a partir de sus muchas fuentes, llega a la conclusión de que “en España [muchos comunistas] vivieron sus ideales más intensa, apasionada y plenamente que en ninguna otra parte. Incluso para los que más adelante dejaron el Partido, la Guerra Civil española a menudo seguía siendo el momento definitivo de sus historiales y redes de amigos”, y creo que ha acertado. Cuando hablé por primera vez con Solly Wellman (1913-2003) estaba boyante: “¿España? Fue el Himalaya de mi vida”.

Cuando los conocí en sus casas vi carteles de la Guerra, indicaciones de reuniones, viejas fotografías, entresacadas de un libro, *Estampas de la Revolución Española*, que se vendió para financiar *Friends of the Abraham Lincoln Brigade*, que se transformó en *Veterans of the Abraham Lincoln Brigade* una vez terminada la Guerra. También vi *All The Brave*, un tomo de dibujos a lápiz de Luis Quintanilla con un prólogo de Ernest Hemingway, y estanterías llenas de historias y memorias de la Guerra. Al lado de tocadiscos veía álbumes que me eran familiares. *Six Songs for Democracy* —Discos de las Brigadas Internacionales— grabadas en Barcelona con un disco honrosamente estampado con las palabras “La impresión defectuosa de este disco es debida a las interrupciones de energía eléctrica durante un bombardeo”. *Songs of Free Men* de Paul Robeson, con el dibujo de una mano extendida que da una puñalada a una víbora marcada con una esvástica de color rojo. No eran simples recuerdos para ayudarles a recordar un año en España. Lo que exigían y mantenían era un lugar en la historia del siglo XX. Se oía el estallido de las bombas a pocos kilómetros del estudio barcelonés de las grabaciones; se veía al miliciano de la foto de Robert Capa, que cayó allí donde le habían pegado un tiro.

Y era también el problema: habían vivido aquel momento fundamental “intensa, apasionada y plenamente” y, a continuación, para el gran mundo habían desaparecido. Décadas después podemos esbozar una sonrisa ante los excesos de la histeria norteamericana de los años cuarenta y cincuenta: la “Amenaza Roja”, el

macartismo y las Listas Negras se sumaron a la antigua Prohibición de las Bebidas Alcohólicas y, después, a la demencia de los Refugios Anti-Bomba-Atómica. Pero al sonreír nos percatamos del insulto masivo que durante tanto tiempo iba a ser la herencia de los excombatientes. Identificados por su propio gobierno como “antifascistas prematuros” cuando se les investigaba por “actividades antiamericanas”, los hijos e hijas de inmigrantes se veían expulsados de la historia, eliminados de la foto o denunciados por traidores y “tontos útiles de Stalin”. Y lo cierto es que cuando muchos de ellos abandonaron el Partido en los años cincuenta, lo hicieron a sabiendas de que —entre otras cosas— sus patronos soviéticos también habían abandonado —y castigado— a los excombatientes de la Guerra española.

La insistencia marxista en el protagonismo de la historia —no simplemente la escritura y el análisis de ella—, el *hacer* la historia, y luego ser eliminado del proceso debía haber sido parte de lo que pensaba George Watt cuando oyó la explicación del guía israelí de Yad Vashem según la cual los guerrilleros de Vilnius y los luchadores del Gueto de Varsovia eran los primeros judíos que ofrecieron resistencia a Hitler. Y ¿dónde estábamos *nosotros*? ¿Dónde *estamos*? Y, podría añadirse, ¿quiénes *somos*? Se podrá decir que la respuesta de Watt venía determinada por el lugar —era un judío en Yad Vashem—. Pero lo que le impulsó a él —y a numerosos compañeros judíos— a generar este proyecto y a invitarme a ser partícipe de él durante varios años era claramente superior al enfado de una tarde. ¿Se acuerda el lector de Horace Kallen en 1915? Un hombre puede cambiar ciertas cosas en su vida, pero no puede cambiar de abuelo. Israel Kwatt puede transformarse en George Watt; el socialista puede hacerse comunista y dejar a continuación de serlo; el activista estudiantil dejar los estudios para ser activista estudiantil de pleno y volver a la Universidad treinta años después —tras haber abandonado el Partido— para transformarse en otra cosa. Entonces, ¿qué o quién era a lo largo de esos años? Un judío. Como el lector percibirá, su judeidad —su *yiddishkayt*— ilumina su conversación. Al mismo tiempo, es su vuelta a la historia, no como un no-norteamericano antifascista prematuro o un tonto útil, sino como una persona, lo mismo que tantos amigos suyos, “nacidos para ir a España” bajo los auspicios de un historial de familia y la formación temprana en una cultura cuya misma movilidad hizo que fuera “internacional”. No todos mis interlocutores podían apelar a una infancia judía y socialista, pero todos crecieron con lo que Horace Kallen denominó “una comunidad de ideas y sentimientos” que unifica una etnia, cualesquiera que sean sus diferencias, en el interior de la curiosa mezcla de la vida norteamericana. Habían vivido la misma inmigración y entraron en la historia juntos, bajo auspicios parecidos y con resultados semejantes.

Y había llegado el momento de “salir del armario”. La expresión que utilizó George Watt para describir este proyecto era normal y corriente en la comunidad gay durante los años ochenta y noventa, momento en que este llamamiento se convirtió en una urgencia en la epidemia del SIDA. “Salir” o “salir del armario” expresaba un autorreconocimiento —en público— con una identidad personal

en tiempos especialmente afligidos. El espacio encerrado, el armario, es el lugar donde uno se esconde, que puede dar seguridad en un mundo hostil, pero que también tiene mucho de cárcel; por su parte, “salir” supone una liberación, un alivio, sin importar los riesgos. Entre los activistas gais de Estados Unidos —y en otros países— la *vergüenza* que rodeaba el armario fue desplazada por el *orgullo*. No es mi propósito llevar demasiado lejos el uso que hizo George Watt de la metáfora, pero tampoco quisiera sugerir que la represión compartida de lo judío fuera únicamente una táctica de camuflaje en el interior del Partido Comunista.

No hay que olvidar que estábamos en 1992. Unas personas que habían entregado la mayor parte de sus vidas —desde luego su juventud— al Partido se veían en la obligación de contemplar el colapso de este. Durante un breve tiempo, en los últimos años treinta, habían reconocido sus principios y la validez del Partido y habían actuado en consecuencia en España. Después, muchos de ellos habían vivido en el armario y en algunos casos —Bill Sennett, por ejemplo— en la clandestinidad; otros —caso de Irv Weissman— habían pasado una temporada en la cárcel; todos ellos habían experimentado en mayor o menor grado el acoso del *FBI*. Aunque los desmanes de la Guerra Fría habían sido superados a la altura de 1992, con la caída de la Unión Soviética, había cierto un grado de remordimiento y la voluntad de dejar atrás las cortapisas verbales que para muchos de ellos habían llegado a ser habituales. Se permitían hablar libremente del tiempo pasado. Yo era un desconocido para muchos de ellos, pero puse sobre el tapete, como verá el lector, que había crecido en el mismo medio que ellos habían cultivado en sus familias. Yo era hijo de comunistas, un judío secularizado. Me abría a los dos temas y, en último término, la mayoría de ellos también.

El forcejeo entre vergüenza y orgullo tiene diversas expresiones. Para algunos, se resolvía en el recuerdo de una niñez nutrida por un movimiento que era clara y simultáneamente judío y socialista, desarrollado en una sola lengua, en el hogar familiar con padres y abuelos y en escuelas yiddish. El conflicto puede ser suavizado por cierto grado de nostalgia, pero no consigue que desaparezcan o dejen de imponerse los viejos fantasmas. En 1949, diez años después de la caída de Madrid, Paul Robeson, que había cantado la “Balada para americanos” en 1939, viajó a Moscú, donde iba a actuar en la Sala Tchaikovsky en un concierto que se iba a transmitir a toda la Unión Soviética. No está claro que Robeson conociera el destino de los rusos que lucharon por la República cuando cantó “Los cuatro generales” en la Sala Tchaikovsky, pero si conocía el destino de sus amigos que habían integrado el Comité Judío Antifascista durante la Guerra Civil cuando cantó en yiddish y en ruso y, como propina, el sentido himno de la resistencia judía en Vilnius y Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial, “Zog nit keyn mol”. Solomon Mikhoels, actor y director del Teatro Judío Estatal de Moscú, ya había sido asesinado; otros artistas judíos estaban en la cárcel, donde serían asesinados tres años más tarde. Estos eran los “cosmopolitas desarraigados” de la última fantasía de Stalin. Indudablemente, Robeson podía haber ido más lejos en su protesta,

renunciando públicamente. Su fidelidad a la Unión Soviética le costó diez años de dolor en Estados Unidos; su fidelidad a la República Española, a la lengua yiddish y a la resistencia judía al fascismo antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial iba a empañar su fama en Moscú, al menos hasta la muerte de Stalin.

De momento, quiero centrarme en el reto valeroso que supuso la actuación de Robeson y en la letra de dos canciones que unió en Moscú, “Los cuatro generales” y “Zog nit keyn mol”. Esta canción yiddish, compuesta por Hersh Glik en Vilnius para honrar a los luchadores del gueto de Varsovia, se eleva ante el poderío terrorífico que los fascistas impusieron en la capital polaca.

*Zog nit keyn mol, az du geyst dem letstn veg,
Khost himlen blayene fashteln bloye teg,
Kumen vet nokh undzer oysegebenkte sho,
S'vet a poyk ton undzer trot: mir zaynen do!*

No digáis jamás que estáis recorriendo el último sendero,
Aunque un cielo plomizo cubra los días azules,
Nuestra hora prometida llegará pronto,
Suenan las pisadas de nuestra marcha: ¡estamos aquí!

George Watt sabía que la versión de su biografía no iba a ser la de todos los excombatientes a quienes yo iba a conocer: “ahora, si luchamos partiendo de nuestra condición de judíos o si era o no el motivo más destacable no es la cuestión importante, eso depende de cada cual, como verás en tus conversaciones”. Quiso remarcar un tema: la conexión entre la resistencia judía de Varsovia y lo que él y sus compañeros hicieron en la defensa de Madrid: “el hecho cierto es que los judíos sí que luchamos contra Hitler mucho antes de que se reconociera, antes incluso de que se entendiera la amenaza generalizada del hitlerismo”. Ese era nuestro punto de partida. Lo demás yace en el interior de los historiales personales.

CONVERSACIÓN CON GEORGE WATT (1913-1994): NORTHPORT, LONG ISLAND, ABRIL DE 1992

George Watt: Durante mucho tiempo pensábamos que debíamos salir del armario con nuestra condición de judíos. Entre los que combatieron había un porcentaje muy elevado de judíos, no solamente norteamericanos sino a nivel mundial. En las Brigadas Internacionales había algo así como siete mil judíos de una cifra global de treinta a cuarenta mil, no sé el número exacto. Es un porcentaje muy elevado y, sin embargo, lo mismo nosotros que el *establishment* del judaísmo hemos echado tierra al asunto.

Joseph Butwin: Ahí ha habido una coincidencia de intereses un poco peculiar.

GW: Yo estuve en Israel, en Yad Vashem, el memorial del Holocausto, donde también hablan de la resistencia judía y con razón daban prioridad al levantamiento del gueto de Varsovia. Pero no mencionaban en ninguna parte que había judíos que lucharon contra Hitler mucho antes.

JB: Y muy agresivamente.

GW: Ahora, si luchamos partiendo de nuestra condición de judíos o si era o no el motivo más destacable no es la cuestión importante. Ahí cada cual es cada cual, pero el hecho es que los judíos lucharon contra Hitler mucho antes de que, por lo general, se reconociera, incluso antes de que la amenaza del nazismo se admitiera y en un momento en que el *establishment* judío mantenía una política del silencio. Recuerdo muy concretamente que no se querían mover y silenciaban algunos de los desmanes antisemitas que había. En todo caso, pensábamos que era hora de aclarar las cosas respecto a la participación de los judíos —y en primer lugar de los judíos norteamericanos— en las Brigadas Internacionales. Pienso, además, que íbamos a empezar con mal pie o leeríamos mal la historia cincuenta años después si reinterpretáramos nuestros motivos, en otras palabras, si dijéramos que fuimos principalmente como judíos. Yo vine de una tradición judía, secular pero judía, decididamente judía, y te contaré alguna cosa. Pero cuando fuimos a España nos vimos principalmente como internacionalistas. En nuestro fuero interno teníamos ese sentimiento internacionalista, de que éramos ciudadanos del mundo. Cuando Debs estaba en la cárcel, recuerdo su famosa declaración cuando le quitaron la nacionalidad; dijo “soy ciudadano del mundo” y es así como nos veíamos nosotros. Entonces nuestro internacionalismo estaba averiado, seriamente averiado, porque estaba vinculado a los intereses de la Unión Soviética. Esa es

otra historia. Y forma parte de la lucha de los que éramos comunistas. Pero sí que nos veíamos subjetivamente como internacionalistas. Todos eran mis hermanos y mis hermanas, y cuando fuimos a España intentamos vernos y sentirnos españoles. No judíos, principalmente; pero quienes éramos y lo que éramos tenía mucho que ver en el caso de los que éramos judíos.

JB: Y, sin embargo, el concepto de “internacionalista” de alguna manera parece formar parte de la historia judía contemporánea.

GW: Me parece que hasta cierto punto éramos foráneos por judíos y ahí hay un cierto grado de internacionalismo.

JB: Me gustaría volver sobre lo que llamas tu formación judía secular.

GW: El influjo más importante en mi vida fueron los valores familiares y mi educación en el medio socialista judío. Mi padre y mi madre se consideraban socialistas, él jamás...era un obrero. Trabajó como orfebre, joyero, pulía metales. Se formó en su país, hizo el aprendizaje en Europa, en Polonia. Lodz era nuestra ciudad de origen y nos criaron en las tradiciones judías, pero seculares. En otras palabras, eran ateos, mi padre y mi madre eran ateos, aunque sus padres —por el lado de mi madre— eran bastante ortodoxos. Y por el lado de mi padre también, las abuelas eran judías muy creyentes. Mi padre ya había asimilado las ideas socialistas y ateas en Polonia, aunque no fue muy activo. Pero aquí leían el *Forvetz*, el diario judío *Adelante* y nos veíamos como socialistas. Cuando yo era un niño de seis años tenía visiones de un mundo bello —la fraternidad y la hermandad, sin explotación y con paz y con los obreros viviendo en una especie de utopía—. Pero había algo más en la familia. Entre mis primeros recuerdos estaba la leyenda del abuelo, del padre de mi padre. Era un obrero del textil, un tejedor, en Lodz, y trabajaba en una fábrica cuyo dueño era judío. En ella se dio la primera huelga de trabajadores judíos de la ciudad en 1902, en la fábrica *Wiślicki* —así se llamaba el dueño—. Cuando yo era niño, mi padre contaba una historia que formaba parte de la tradición familiar. El abuelo no era rabino, pero se consideraba que sabía mucho y le llamaban *Avremele der lamden*, Abraham el sabio. Era uno de los obreros de más edad que había en la fábrica, se movilizó en esa huelga y fue uno de los dirigentes; no *el* dirigente, pero sí fue uno de ellos. Y mi padre siempre me contaba esta historia, de cómo fueron detenidos por la policía del zar, porque en aquel entonces Polonia formaba parte de Rusia. Y me describía cómo él, un niño de seis años veía que se llevaban a su padre encadenado. La condena en aquellos tiempos consistía en que tenías que volver andando a tu aldea de origen. Porque muchos de los que vivían en Lodz habían emigrado de las aldeas de la zona, porque Lodz estaba industrializado y se habían hecho trabajadores y tal. Y entonces su padre tuvo que volver al *shtetl*, la aldea, *in kaytn*, encadenado. Yo siempre me acordaba de esta historia y formaba parte de nuestra tradición. En otras palabras,

era un orgullo, porque mi abuelo había encabezado la primera huelga de trabajadores judíos en Lodz, 1902. Era el momento que condujo a la revolución de 1905, así que eso forma parte de nuestra tradición.

Por otra parte, mi padre amaba la literatura yiddish y los domingos por la mañana leía. Siempre leíamos alrededor de la mesa. El leía trozos de Sholom Aleichem, leía algo de *Kundes*, que era una revista de humor. Leía cuentos y a veces algo de poesía en yiddish. Nuestra lengua materna era el yiddish. Yo nací poco después de que mis padres llegaran a este país, aunque mi padre siempre decía que yo era un norteamericano cien por cien porque fui concebido aquí, pero poco después de que llegaran. El yiddish formaba parte de todo eso y cuando tenía unos ocho años comencé a ir a una escuela yiddish del *Arbeter-Ring*, el Círculo Obrero, en Harlem; vivíamos en la zona oriental de Harlem. Había una mezcla de cultura e historia yiddish, nos veíamos como judíos y hablábamos el yiddish en casa hasta que fui al colegio público; entonces empezamos a hablar inglés. Pero la primera lengua de mis padres siempre había sido el yiddish y había sido la mía hasta que empecé a salir a la calle con otros niños. Entonces nos trasladamos a Brooklyn y no había una escuela del *Arbeter-Ring* en el barrio, por lo que fuimos a parar a una *Sholom Aleichem Shuleh*, que era *veltlikh* —secular— y nada partidista. Había lo que se llama el *IWO*. —*International Workers Order*— que, en realidad, después de la escisión, era comunista. Cuando yo iba a la *shuleh* del *Arbeter-Ring* fue antes de la escisión entre socialistas y comunistas; iban todos juntos, pero en un determinado momento hubo una escisión. Fui a la *Sholom-Aleichem Shuleh* y de ahí fui a la *mitl shuleh*, o sea, que fui más adelante a una escuela secundaria yiddish.

JB: ¿Al mismo tiempo ibas a los colegios públicos?

GW: Era una actividad al margen del colegio, un par de veces por semana y los fines de semana. La *mitl shuleh* era realmente los fines de semana. Íbamos al centro de la ciudad desde Brooklyn para ir a esta escuela, y ahí formé un círculo de amigos. Ahí había comunistas, socialistas y algunos de los que luego fueron dirigentes del movimiento y se hicieron comunistas, y algunos se hicieron trotskistas y algunos se hicieron socialistas. Pero estudiábamos historia judía, teníamos la cabeza llena de historia judía, estudiábamos todas las obras. En aquel momento leí todos los libros de Sholom Aleichem, Mendele Mokher-Seforim, Peretz y los escritores norteamericanos—Raboy y otros —en yiddish—. Durante un corto tiempo fuimos yiddishistas, procurábamos hablar solamente el yiddish, de modo que en esa época yo era muy judío.

JB: A ver si junto dos ideas. Si te formaste en un hogar socialista y de niño desarrollabas una visión infantil de lo que el mundo podía ser, viste la utopía en que la gente se entendía y trabajaba al unísono. Entonces, ingresaste en una *shuleh* yiddish donde participaban socialistas y comunistas y se supone que había una

ideología que iba por delante. ¿Cuándo eras niño y te imaginabas un mundo maravilloso, la gente hablaba yiddish en él? Quiero decir, ¿era una utopía yiddish, una utopía *bundista*, un mundo en que...?

GW: Nos veíamos como ciudadanos del mundo, no como una nación judía.

JB: Bueno, entonces elaboraste una visión infantil del mundo a través de la lengua yiddish, pero, al visualizar el mundo que te rodeaba, ¿ya no era un mundo yiddish?

GW: No, yo no lo concebía como un mundo yiddish. Veía el yiddish como una de las culturas.

JB: Para muchos socialistas judíos, para muchos *bundistas*, la lengua y la cultura eran fundamentales.

GW: Sí, ese es otro aspecto del tema. En esta *shuleh* no había solamente socialistas y comunistas, también había sionistas. Verás, todos los grupos ideológicos estaban representados en esa *shuleh*. Yo había oído hablar del *Bund* judío, y esto era mucho antes de que me hiciera de la Liga de Juventudes Comunistas y hubiera leído las discusiones en torno al nacionalismo judío y tal. Pero el *Bund* me atraía y durante un breve tiempo mi madre había sido, como ella decía, una joven *bundista*, y había asistido a algunos mítines antes de que se marcharan, y yo había leído la biografía de Vladimir Medem. No sé si te suena su nombre.

JB: Me suena. El Centro Cultural Yiddish de París lleva su nombre.

GW: Fue un fundador del *Yiddisher Bund* y eso, leer su biografía, me emocionaba mucho. Su familia no solamente estaba asimilada, sino que se había convertido, y su condición de judíos se había borrado por completo. Quiero decir que eran completamente no-judíos, pero comienza su autobiografía contando cómo de niño oía a sus padres hablando en voz baja de las artes judías y eso de alguna manera tuvo la consecuencia de que cuando creció se hizo muy consciente de su condición de judío y de su socialismo. Y entonces, el *Bund*, los judíos... Había dos tendencias fundamentales entre los revolucionarios judíos en la Polonia de esa época: una de ellas giraba en torno al *Bund* y al socialismo, y otra gravitaba hacia el sionismo, y ya sabemos que entre los sionistas había diferentes grupos. Estaban los sionistas *Poale*, que eran la izquierda, y los sionistas socialistas, y los sionistas nacionalistas, que eran los más conservadores, que no pertenecían a la tendencia sionista mayoritaria. Así que éramos conscientes de todas estas corrientes, y ahora estoy intentando recordar dónde empecé.

JB: Bueno, yo te pregunté si esta era la utopía del *yiddishkayt*.

GW: No, no lo era. Verás, a esas alturas...

JB: Entonces, ¿cómo superaste el contexto en que realmente vivías?

GW: Bueno, yo ya vivía en dos culturas. Verás, yo ya no era simplemente judío, incluso en mi niñez, porque mi héroe de la niñez y la juventud era Eugene Debs, que era el héroe de mi padre. Y estaba yo involucrado en el caso de Sacco y Vanzetti, y tal. No vivíamos en un mundo judío. Más o menos empecé a verlo... Mi padre solía decir que yo tenía que ir a la *shuleh* y aprender el yiddish, quiso que aprendiera el yiddish por él. Decía que era un inmigrante y que esa era su lengua, pero decía que cuando sus hijos fueran mayores acaso no tendrían que asistir a una escuela yiddish porque de alguna manera estarían integrados. Eso es interesante. Y durante toda su vida hasta los casi noventa años, siguió muy comprometido con el yiddish: era su lengua, pero decía que no sería lo mismo para mí porque estaría americanizado.

JB: Si previó que llegaría el día en que sus nietos no hablarían yiddish, no sería necesariamente un día triste para él. No era un lamento, aunque sí lo es para algunos viejos yiddishistas.

GW: No lo era. No lo lamentó, pensaba que era la evolución natural de las cosas, que así iba a ser. Amaba mucho el yiddish.

JB: Dime, cuando dices que “mi héroe era...”, mi corazón da un vuelco y pienso en lo que ibas a decir..., mi héroe era Eugene Debs. Sin duda, un chico norteamericano que vivía en el *toma y daca* de la vida cotidiana no vivía únicamente para el socialismo. Eugene Debs fue también importante en mi niñez; muchos de aquellos socialistas del Midwest eran grandes figuras para nosotros, pero también lo eran Kit Carson, Lou Gehrig y unos cuantos más. Cambiando de tema..., te pregunté por tu educación, y daba la sensación de que tu educación y tu formación política estaban fundamentadas sólidamente por tus padres en el socialismo y el yiddish. ¿Qué pasó en el colegio público? ¿Tenía para ti un significado? O es que, en tu formación política, entre la niñez y el momento en que tomaste la determinación independientemente, por ejemplo, de hacerte de la Liga de Juventudes Comunistas, ¿bebías en otras fuentes? ¿Había intereses no políticos?

GW: Sí que había. La vida evolucionaba a diferentes niveles, desde luego. Yo acudía al colegio, me interesaban mis clases, sobre todo la biología, la química.

JB: ¿Leías muchas novelas?

GW: Sí, bueno, Jack London. Leí lo que habitualmente se leía en el bachillerato: Dickens, Dreiser...

JB: Durante el verano, si andabas libre de las lecturas que el colegio exigía, ¿tenías a elegir obras dictadas por tus intereses políticos?

GW: No. Bueno, sí, un poco. Quiero decir que sé que en el bachillerato leía, me interesaban Gorky y algunos rusos más, traducidos. Leí a Dostoievski, que no era una lectura política, era lo que leías cuando eras joven; Tolstoi; los escritores ingleses... Leía los libros normales que no eran políticos, leí más relato apolítico en mi juventud que a lo largo de los años en que estaba comprometido con el Partido, cuando tendía a elegir temas, ya sabes, cosas de política. Leía poesía, recuerdo que leía a St. Vincent Millay y a Robert Frost.

JB: ¿Escribías algo?

GW: No, no fui nunca escritor.

JB: Pues es curioso, porque sí eres escritor. [Señalo un ejemplar de *The Comet Connection*, donde cuenta su fuga de un campo alemán de prisioneros de guerra en Bélgica durante la Segunda Guerra Mundial].

GW: Es lo único que he escrito. Yo nunca fue escritor.

JB: Si alguien, un maestro, los padres, hubiera dado un salto al interior de tu vida “cuando terminabas el bachillerato” y te hubiera preguntado que “dónde piensas que estarás de aquí a diez años”, ¿cómo te hubieras descrito en el plano profesional?

GW: Cuando yo hacía bachillerato o estaba a punto de terminar, pensaba que me iba a dedicar de alguna manera a la química o a la ingeniería química, algo por el estilo. Pero cuando llegué a la universidad, el *crack*, la bolsa se vino abajo en 1929 y en 1930 la Depresión estaba plenamente en marcha. En 1931 y 1932 no teníamos la perspectiva de conseguir jamás un trabajo real. No pensábamos que fuéramos a ejercer una profesión porque parecía... Bueno, pensábamos que iba a haber una revolución. Recuerdo que iba por la calle con otro militante de la Liga de Juventudes Comunistas, discutíamos sobre el momento en que llegaría... Quiero decir que había un paro masivo, parecía que en el país iba a pasar algo tremendo. Hubo una manifestación masiva en marzo de 1930, había manifestaciones contra el paro, al parecer cerca de un millón de personas salió a la calle para reivindicar un seguro de desempleo, que no había entonces... La gente joven no conseguía trabajo; yo estudiaba gratis en la universidad, de lo contrario hubiera sido imposible, iba a *Brooklyn College*, que era parte del sistema educativo municipal. Entonces, discutíamos sobre la revolución y me dijo que la revolución vendría. Era el año 1931. Él pensaba que la revolución llegaría a la altura de 1932. Y yo siempre he sido más conservador, así que la esperaba para el año 1934. Siempre he sido más conservador. Pensábamos que era inminente, no había otra perspectiva, y entonces desarrollé una gran actividad en el movimiento estudiantil. Todavía no era comunista, me veía en el socialismo y asistí a algunos mítines socialistas. Me impresionaba Gus Tyler, que más adelante fue dirigente del *International Ladies Garment Workers Union* [Sindicato de Trabajadoras de la

Aguja]. Era un socialista de izquierdas, más militante que yo. A la altura de 1932, desarrollé una gran actividad. Me hice de la Liga de Juventudes Comunistas en 1932, pero seguía militando en la *National Student League (NSL)* [Liga Estudiantil Nacional], allí en 1933 iba a Cooper Union [colegio universitario, punto de encuentro de la izquierda neoyorquina], y la gente me pidió que dirigiera la *National Student League* del Estado de Nueva York. Abandoné los estudios y no los retomé hasta treinta y cinco años después.

JB: La *National Student Union*, hablando estrictamente, era... ¿qué orientación tenía?

GW: Era una organización de estudiantes radicales dirigida por la Liga de Juventudes Comunistas. Pero no había coto cerrado, no hacía falta ser comunista para militar. Yo fui militante siendo socialista, pero el socialismo tenía sus organizaciones ideologizadas, como la *Student League for Industrial Democracy (SLID)* [Liga Estudiantil para la Democracia Industrial], dirigida por Joe Lash, Joe Clark —todavía se llamaba Joe Cohen— y otros en ese momento. Joe Cohen dirigía la *National Student League*. Yo estuve entre los fundadores de la *National Student League* de *Brooklyn College*, la montamos un grupito en 1931. En 1932 me hice de la Liga de Juventudes Comunistas y me dediqué totalmente al comunismo. Sin más ni más. Ahí me tenía.

JB: ¿Cuánto tiempo fuiste un comunista totalmente dedicado *sin más ni más*?

GW: Bueno, de 1932 a 1956.

JB: Me pregunto, aunque hemos hablado un poco de tu marcha a España, ¿el Partido presionaba para que fueras?

GW: Yo tenía un problema: quería irme a España. Antes de irme era el secretario de la *American Student Union* [Liga Estudiantil Americana], que fue una fusión; la *SLID* y la *NSL* se habían fusionado para transformarse en una organización más amplia, más abierta, que atraía a muchos liberales del *New Deal*... ya no tenía un enfoque estrechamente ideológico...

JB: ¿Se puede hablar ya de un Frente Popular?

GW: Sí. Esto era anterior a la línea oficial del Frente Popular, pero el concepto había entrado ya. Veíamos el fascismo en Alemania y habíamos aprendido lecciones amargas, que la izquierda dividida había permitido que Hitler llegara al poder. La poderosa clase obrera, socialistas y comunistas juntos podían haber parado a Hitler, pero se oponían los unos a los otros y los comunistas no se querían unir a ningún socialista. Más adelante esa línea fue corregida, pero llegó tarde. Pero aprendimos esa lección amarga, así que empezamos a elaborar la idea de un Frente Unido habiendo estado trabajando con esa gente —Joe Lash—, habíamos

sido piquetes, habíamos trabajado a favor de los mineros de Harlan, Kentucky, ayudábamos a los huelguistas de Nueva York. Cada día más... lo único que nos separaba era una cuestión ideológica. En nuestra tarea diaria nos juntábamos — actividades del Frente Unido— y hubo una fusión de las organizaciones. En ella yo era un dirigente a tiempo completo. En la organización estudiantil figuraba en el grupo dirigente a nivel nacional, y ese hecho, en el momento en que estalla la Guerra de España, condujo a mi marcha a ese país. Hacia el final del otoño de 1936, nos dijeron que las Brigadas Internacionales se estaban formando en España, y se iba a reclutar en nuestro país. Me abordó un dirigente de la Liga de Juventudes Comunistas, Jack Klein, que era el secretario nacional, y me pidió que me ocupara de la orientación y el reclutamiento de estudiantes para ir a España. Lo hice. Naturalmente, lo hice de buena gana, y también porque era un joven comunista disciplinado que hacía lo que le pedían. Pero el objetivo era bueno. No quiero decir que me obligaran a hacerlo, pero había una decisión y una misión que yo tenía. El reclutamiento no era nada forzado. No había proselitismo, no convencíamos a nadie para que se fuera. Les decíamos que buscábamos voluntarios para irse a España. Movilicé a mis contactos a nivel nacional y les dije que si conocían a alguien que estuviera dispuesto a irse a España, que me contactaran. Y les conducía a la clandestinidad. Era una organización clandestina porque era ilegal viajar a España. Hice esto durante un mes o dos y me dije que no podía hacerlo si no... Me tenía que ir yo, no podía ser que fueran otros y yo ahí de organizador. Y lo hice también por razones personales importantes. Pensaba que era una gran oportunidad de demostrar que yo realmente era... que si era capaz de hacer lo que decía, que si estaba comprometido tan a fondo como pensaba... Era algo así como la prueba final, tenías que saber si eras capaz de poner tu cuerpo en la línea de fuego. Yo estaba comprometido muy a fondo y tenía que irme. Me había casado poco antes con Ruth Rosenthal en enero, y creo que fue en febrero o en marzo cuando planteamos...

JB: ¿Era ella militante?

GW: Sí, era muy activa, era una de las dirigentes del movimiento de las Juventudes Comunistas y estaba de acuerdo. No le gustó, pero se conformó. Dijo que para mí era la decisión correcta. A estas alturas yo era un dirigente nacional de las Juventudes Comunistas, les dije que me quería ir a España y les presenté la petición en toda regla y me la denegaron. Decían que mi presencia aquí era más importante. Eran tareas importantes y no me dejaron abandonarlas. Bueno, eso a mí me parecía inaceptable y un mes después, creo, volví a abordar la cuestión. Tenían que ser dos comisiones las que me dieran el visto bueno. Les dije que bueno, tenía un reemplazo y además planteamos la cuestión de enviar a España a dos dirigentes nacionales del movimiento estudiantil como gesto simbólico. O sea, un dirigente nacional de tendencia socialista y otro de la comunista. El socialista era Joe Lash y yo era... Bueno, no era el primero en la lista. Intentamos reclutar a

James Wechsler, que más adelante fue redactor jefe del *New York Post*. Le pregunté a Jimmy Wechsler si estaba dispuesto a plantearse la marcha a España y me dijo que pensaba que a la sazón ya era un muy buen escritor con presencia pública, y le parecía que podría hacer una labor más positiva escribiendo que empuñando un fusil. Y aunque yo sabía que no se equivocaba, tenía razón, estaba un poco molesto, aunque seguíamos siendo... bueno, esa es otra historia. No rompí mi amistad con él en ese momento. El sí que rompió con el Partido y mostró en público una gran hostilidad, pero siguió siendo un buen liberal y un hombre de gran valor, y volvimos a entablar una amistad mucho después, cuando yo había dejado atrás al Partido. Total, que convencí a la comisión de que yo era la persona adecuada desde el punto de vista de la propaganda porque tenía presencia en el Estado de Nueva York y muchos estudiantes me reconocían como dirigente, así que irme a España junto con Joe Lash tendría resonancia simbólica. Por fin, me dieron el visto bueno. Para contestar tu pregunta, sobre si me forzaron o intentaron forzarme, algo podía haber. No puedo generalizar porque otras personas tuvieron una experiencia distinta...

JB: No usé la palabra “forzar”, en realidad, pero...

GW: Persuadir, torcer el brazo.

JB: Eso.

GW: Si torcieron brazos o no... creo que se basó en un voluntariado, incluso dentro del comunismo. Los que se fueron eran voluntarios porque se les pedía algo que superaba el compromiso normal.

JB: Tengo una curiosidad sobre el concepto de “voluntario”, palabra de la que se abusa a veces. Ya sabes que vemos ejemplos en el servicio militar: “hay una tarea, se tiene que hacer. ¿Algún voluntario? Tú”. La palabra “voluntario” supone una decisión. ¿Cómo te decides? ¿Tenías la sensación de que ibas a formar parte de una ola, había una motivación colectiva, o, por el contrario, te sentiste aislado en el momento de decidirte?

GW: Es una pregunta muy, muy buena. Dada mi personalidad, soy lento para las decisiones, me cuesta a veces formar una opinión. Lo sopeso todo, a favor y en contra, veo todas las facetas de cada cuestión. Me resulta difícil decidirme, como por ejemplo afiliarme a la Liga de Juventudes Comunistas; tardé años. Colaboré durante dos años con toda esta gente, todos mis amigos se apuntaron y yo me resistí. Sin embargo, una vez que lo hice estaba plenamente comprometido. Tardé tiempo en decidirme a marchar a España, tardé meses y me dio miedo, miedo de verdad, tomar esa decisión. Me preguntaba que si “estaba preparado”. Sentía que tenía que estar preparado, tenía que superar la prueba y al mismo tiempo había algo en mi fuero interno que cuestionaba mi compromiso ante el miedo que

tenía. Y tenía mucho miedo. Depende de la persona. No se puede generalizar, porque cada cual es cada cual. Algunos se alistaron rápidamente, no lo cuestiono y tampoco digo que lo uno sea mejor que lo otro. Depende de tu personalidad. El día después del ataque a Pearl Harbor, Johnny Gates se alistó voluntariamente. Yo a esas alturas tenía una familia, tenía hijos y no me alisté. Cuando me hice de la Fuerza Aérea, me destinaron a un destacamento auxiliar. Me hice mecánico de la aviación y podía haber seguido en ese plan, pero tenía la sensación de que me tenía que ir y tardé un rato en convencerme a mí mismo “bueno, quiero volar, quiero ser combatiente”. No me precipité. Siempre me ha costado, hasta cuando decidí abandonar el Partido pasé un tiempo tormentoso, mientras que tenía amigos que no tardaron nada en marcharse. Ellos consiguieron hacerlo, yo no.

JB: Se me ocurre que en un movimiento de marea se mueve uno con la marea.

GW: Algo de eso había, sin duda, y no lo excluyo incluso en mi caso porque había gente que ya se había ido a España, mandaban cartas y tal. Pero dependía de cada cual... en todos los casos. Creo que era una decisión muy individual.

JB: Comprenderás que lo pregunto por varias razones. En el trasfondo hay dos categorías que motivan nuestras conversaciones. Una de ellas es ser comunista; otra, dados algunos de mis temas, es ser judío. Son dos identidades colectivas, y debo pensar que a la hora de decidirte ni te planteabas el tema si no hubieras sido comunista.

GW: Tenía miedo de que la historia me dejara en la cuneta, o sea estar fuera de onda, ¿ves?

JB: Una de las razones por la cual te pregunto con tanta intensidad es que debo decir que de todas las personas con las que he conversado hasta ahora, tu sensibilidad es la más cercana a la mía. Había una frase en tu libro que quería aclarar por razones personales. En un determinado momento describes, comprensiblemente, una cierta ansiedad, una tensión, unos nervios. Estás en Bélgica en la puta guerra y pasa algo. Sales de la casa donde te habías escondido, te pones en marcha y dices que la aventura se apodera de ti en ese momento. ¿Ha sido así tu experiencia? Verás, hay algo que me dice como lector que eso es absolutamente cierto. Es un tema para un lector metido en su casa. La aventura me permitió superar la resistencia que un lector experimenta. Pero parece haber momentos en tu propia experiencia en que la fuerza de lo vivido supera la ansiedad.

GW: La fuerza de lo vivido y cómo te ves a ti mismo, tu autopercepción. Cada vez que entraba en combate mi tripa se revolvía, pero una vez metido, lo que mandaba no solamente eran los acontecimientos, sino mi relación con ellos. En otras palabras, necesitaba verme como dirigente, como una persona que era un modelo para otros, a quienes mandaba. Ahora estoy a punto de escribir sobre mi

guerra civil española. No me he puesto todavía, tuve toda una serie de problemas personales que no me dejaron arrancar, pero estoy empezando. Pero sí, escribí sobre los primeros momentos en que entré en combate... Yo a esa altura era el secretario de Partido del Batallón Mac-Pap [Mackenzie-Papineau, el batallón canadiense en el que había estadounidenses], por lo que tenía una gran responsabilidad. No podía mostrar el miedo que tenía. Entonces hice cosas que, de haberlas pensado de antemano, no las hubiera hecho. Pero una vez que estaba ahí metido hacía esas cosas. Así que hay, ¿me entiendes?, indicios o de cobardía o de no estar a la altura de las circunstancias en ciertos momentos, y de ahí sacaba yo fuerzas. Los acontecimientos me arrastraban, pero también el sentimiento de que tenía la obligación de... Soy otro, un dirigente, soy un dirigente comunista o un dirigente estudiantil. No podía ser de otra manera.

JB: Voy a dar unos pasos hacia atrás porque hay dos ideas que no siempre tienen el mismo significado y quiero ponerlas sobre el tapete. Cuando hablamos del Frente Popular tu primera palabra fue “antifascista” y a continuación hablaste del surgimiento de Hitler. A menudo, cuando me hablan de la marcha a España se emplea la expresión “La lucha contra el fascismo”. Pero hay otra visión movilizadora que mencionas en la conversación con tu amigo en 1931: “¿Cuándo llegará la revolución?”, y hablabas muy animado de ella. Cuando fuiste a España, ¿pensabas que ibas a sumarte a “la lucha contra el fascismo” o a “la revolución”? O sea, que quiero distinguir entre dos impulsos, el antifascista y el revolucionario.

GW: Cuando me fui a España, ¿me veía promoviendo la revolución o luchando para poner coto a la marea del fascismo? Cuando fuimos ya teníamos profundamente implantado el concepto del Frente Popular y pensábamos que estábamos allí para parar el fascismo. No, no podemos separarlo totalmente de los cambios revolucionarios que se estaban produciendo en España, pero veíamos que lo más importante era conseguir unir fuerzas para parar el avance de Hitler, incluso si eso suponía ralentizar la revolución en España. Es ahí donde tenemos un conflicto histórico, violento y agudo entre anarquistas y comunistas en España. Orwell, a quien yo admiro muchísimo, y los escritores anarquistas de aquí echaban la culpa a los comunistas por parar la revolución en España. No me lo creía entonces y tampoco me lo creo ahora. Nos veíamos luchando por el Frente Popular, que también era revolucionario, quiero decir, revoluciones en la educación, en la justicia social en España. Promovía los intereses de los trabajadores, pero posponía las medidas realmente revolucionarias, medidas sociales que cambiaran la relación básica de fuerzas. Y ahí estábamos. Me veía luchando contra el fascismo y creo que la mayor parte de los nuestros se veían así. Ahora, eso no quiere decir que los que éramos comunistas no hiciéramos acto de presencia como comunistas. Pensábamos que promovíamos los objetivos del comunismo, pero creíamos que el adelanto consistiría en cómo alcanzábamos unos objetivos inmediatos.

JB: Si en 1931 podías hablar seriamente de la revolución y plantear la pregunta de cuándo iba a suceder, ¿qué pasaba en 1941? Hablemos con claridad. ¿Los militantes hablaban todavía de la revolución?

GW: No. La verdad es que ya no estábamos hablando de la revolución en 1934, 1935 y 1936 —la época del *New Deal*—. Aunque no nos controló totalmente, vislumbrábamos a través de Roosevelt y el *New Deal*, la posibilidad de que la Humanidad progresara y la idea de la revolución retrocediera. Lo cierto es que a esas alturas ya no creíamos en una revolución violenta. Como parte del Frente Popular, pensábamos que podíamos avanzar a través del proceso democrático en Estados Unidos hacia una sociedad socialista, pero el socialismo retrocedió. En términos de trabajo de masas, no hablábamos apenas del socialismo. Había algo de crítica; que no debíamos haber abandonado, y a lo mejor era acertaba. No sé. Bueno, yo desde entonces he pasado por una metamorfosis que las grandes líneas del socialismo también han experimentado. Porque ciertamente, lo que pasó en la Unión Soviética... No podemos seguir tranquilamente como si no hubiera pasado nada en términos de nuestra perspectiva fundamental. Debemos mirar muy de cerca la totalidad de nuestro pensamiento, pero he estado involucrado en ese proceso desde que dejé el comunismo en 1958.

JB: Por cierto, reconozco eso como una especie de curiosidad que atravesaba...

GW: La idea de la revolución, iba a decir que experimentó un cambio. En 1931 vivíamos como jóvenes revolucionarios inmersos en un contexto muy radicalizado. Al llegar a 1944, ya no lo veíamos así pero todavía teníamos una fe incuestionable e inocente en la Unión Soviética y admitíamos la propaganda sobre el paraíso del obrero, aunque sabíamos que había conflictos terribles. Pero los veíamos en términos de la eliminación del paro y el poder del proletariado. La veíamos como un país en que no... Ni siquiera sabíamos que había antisemitismo. Todas esas cosas.

JB: Partimos de que Hitler era antisemita y que luchar en contra del fascismo era una actividad apropiada para un judío —acaso la más apropiada para un judío—. Yo siempre he pensado que eso explica la participación judía en España y en todas partes. Pero y... Es que nos permitimos decir “ahora sabemos que”: y Stalin y los judíos, ¿qué?

GW: Bueno, es que para nosotros Stalin daba consignas en torno a la cuestión nacional. Hablaba de autodeterminación e igualdad de naciones y derechos de las minorías culturales y tal y cual. Pensábamos que Stalin seguía a Lenin también en la cuestión nacional y a esas alturas nunca identificábamos a Stalin como antisemita. Yo, en cierto modo... no me lo planteaba. Lo dejábamos de lado. Lo digo ahora temblando, pero es que nos pusimos anteojeras.

JB: Eran numerosos los judíos de las Brigadas y es posible que no hicieran caso del antisemitismo en Moscú, pero es posible que tu destino siguiente fuera distinto. Acabo de terminar la lectura de tu libro. Una de las cosas que más me llama la atención de tu caso y el de unos cuantos excombatientes es que en una secuencia rápida fuisteis soldados de dos ejércitos, en uno de los cuales hoy sabemos que había muchos judíos, en el otro no.

GW: En mi escuadrón yo era el único judío.

JB: ¿En tu escuadrón, no solamente en tu grupo?

GW: No solamente en mi grupo. No, yo era el único judío de mi escuadrón, pero entre las tripulaciones de la zona donde yo estuve destacado no recuerdo que hubiera judíos.

JB: ¿Notaste en tu vida física, emocional y mental diferencia entre el servicio militar en un ejército en el que había muchos judíos y otro ejército en que no los había apenas? En ambos casos me impresionó el *crescendo* del libro en que recuerdas al lector que la Segunda Guerra Mundial fue también una guerra contra el fascismo. En otras palabras, realizabas una parte de tu misión en ambos casos.

GW: Estoy intentado recuperar mis sentimientos de aquel entonces. Es cierto, me sentía algo diferente en el ejército de Estados Unidos a dos niveles. Yo sabía que era distinto de los demás; pertenecía a una minoría pequeña; de hecho, una minoría de una sola persona. Pero a otro nivel estaba mi formación comunista. No hablábamos mucho de política, en ese sentido éramos muy juiciosos en la manera de hablar. Pensábamos, de entrada, que no estábamos en el ejército con un fin político...

JB: ¿No hiciste mucho proselitismo en el ejército?

GW: No, no hacíamos nada de reclutamiento. La gente conocía mi experiencia española, hablábamos de España y algunos de ellos sabían que yo era comunista, pero por lo general no era cosa sabida. Ahora bien, antes que nada, permíteme contarte un incidente que quizá explique algo mi experiencia en el ejército relacionada con mi condición de judío. Casi todos mis conocidos tuvieron en el ejército algún desencuentro antisemita. Estábamos en un puerto de embarque antes de que nos destacaran a ultramar. Yo estaba destinado a una tripulación de reemplazo; no salimos al exterior. Al principio había estado con una tripulación, pero cuando prohibieron que saliéramos al exterior me separaron de ella, de la tripulación con la que me había formado.

JB: ¿Porque te habían identificado como...?

GW: Los excombatientes mayores fuimos separados, pero Roosevelt cambió la orden unos meses después y nos dio el visto bueno para salir al exterior. En

todo caso, yo iba al exterior en el barracón de Newport News, en Virginia. Estábamos pegando la hebra y entonces un tipo llamado Jonesy, un joven granjero de Wisconsin, me dice: “una de las cosas buenas que hizo Hitler fue eliminar a los judíos. Esa es una de las buenas cosas que hizo”. Bueno, mi tripulación sabía que yo era judío, pero los demás no lo sabían. De repente hubo un silencio, los que me rodeaban me miraron para ver lo que iba a pasar y le dije: “Jonesy, ¿qué dijiste?”, y bajó un poco la voz. Debía de haber intuido que había algo en mi tono y dijo: “Bueno”, y lo repitió, pero más lento esta vez y dijo: “La sola cosa”, y bajó algo más el tono, “que Hitler hizo bien fue eliminar a los judíos”. Entonces yo lentamente me bajé de la litera, me acerqué a él y le dije: “Mira, Jonesy, yo soy judío y podríamos resolver esto a puñetazo limpio porque no puedo consentir esto, o lo podemos hablar”. Y añadí: “¿Qué tienes en contra de los judíos?” Entonces comenzó a titubear y farfulló: “Bueno, los judíos son codiciosos, tienen todo el dinero, y siempre tratan de engañarte y controlan los bancos”, y tal y cual. Era tan tenso el ambiente, todo el mundo pensaba que iba a pasar algo. Entonces pregunté a cada uno y dije: “Grumbach, ¿qué tienes tú en contra de los judíos?” Dijo: “Ya te contaré lo que tengo en contra de los judíos. Cuando yo estudiaba en la universidad los judíos eran demasiado raros, se separaban de nosotros. Invitamos a algunos de ellos a nuestra fraternidad y no vinieron, formaban sus propios grupos y no querían mezclarse con nosotros. Se creen mejores que los demás”. Otro dijo que pensaba que hacíamos trampa y tal, todos esos pequeños estereotipos que has oído durante toda tu vida. Pensaban que todos los judíos éramos ricos. Y entonces empecé a contarles. Les dije: “Mirad, valoro que me hayáis dicho lo que pensáis, pero estáis equivocados, no conocéis la historia”. Y abordé la crónica de los judíos en Europa. Les dije: “En Rusia no nos permitían tener tierras y no podíamos conseguir trabajo, solamente nos dedicamos a la artesanía. Los judíos no somos ricos, la mayoría somos de clase trabajadora y pobres”. Les hablé de los trabajadores de la aguja y cómo tuvieron que luchar cuando emigraron. Y ahí estaban, atónitos, no me interrumpió nadie mientras hablaba y aquel incidente terminó de forma amistosa. Pero el antisemitismo estaba ahí, se palpaba. No se notaba en España, pero también allí echábamos tierra sobre nuestra condición de judíos. No nos identificábamos como judíos; quiero decir que éramos muchos, y algunos de nosotros teníamos apellidos anglosajones como el mío.

JB: Tenía noticias de ti mucho antes de considerarte una persona de carne y hueso, y siempre me imaginé que el hombre llamado George Watt era...

GW: Bueno, John Gates; sí, John Gates era Sol Regenstreif. Joe Clark era Joe Cohen. Esa es otra cosa que a lo mejor debemos discutir, pues había una manera en que también pensábamos que nos queríamos identificar con... Era una forma de asimilación.

JB: ¿Crees que había quizás una sensación no solo de internacionalismo, donde todos deseamos nuestras diferencias, sino de deficiencia al ser judío?

GW: Había varios puntos. Uno era que queríamos ocultar nuestra identidad judía hasta cierto punto, y eso respondía en realidad al antisemitismo, a la sensación de que la gente no nos seguiría. Mira, cambié mi nombre cuando me convertí en una figura pública en el movimiento estudiantil. Había varias razones, y algunas eran racionalizaciones y otras se basaban en otros factores. Una fue que me estaba involucrando en el movimiento comunista y no quería que salpicara a mis padres, etc. Pero eso no tuvo mucha importancia. La razón principal era que tenía un nombre muy judío, me llamaba Israel Kwatt, resultado de que mi padre cambiara su apellido de Kievaksky a Kwatt cuando desembarcó. Su padre se apellidaba Kievaksky, un nombre polaco. Había cierta tendencia a acortar y americanizar los nombres inmediatamente. Así lo hizo mucha gente. Y luego varios amigos míos cuando me integré al movimiento estudiantil...

JB: ¿Dónde?

GW: Me matriculé en la *Cooper Union* para estudiar ingeniería y luego lo dejé para dedicarme a tiempo completo a la organización de los estudiantes. Me dijeron que no podía llamarme Izzy Kwatt, así que tomé un nombre que ya había usado cuando me afilié a la Liga de Juventudes Comunistas. En esos días también había un estilo romántico, imitábamos a los rusos. Todos se llamaban diferente, había que elegir un nombre de la Liga de Juventudes Comunistas o uno en el Partido distinto del tuyo real. Fue bastante infantil, creo, pero el ambiente en el país también era diferente. Por ejemplo, nadie firmaba con un nombre judío en el *New York Times*. Mi primo, que se graduó en ingeniería, tuvo que cambiar su nombre para encontrar trabajo, no podía hacerlo con un nombre judío. Estas eran racionalizaciones, pero en parte también implicaba doblegarse ante el antisemitismo. Más o menos nos encerramos en el armario. ¿Cómo te diría? Me criaron netamente en la tradición judía, pero no fui el único. Esa fue la tendencia en ese momento. Ahora lo lamento.

JB: ¿Quién entre nosotros no tiene algo parecido? Soy una persona con un nombre y aspecto anodinos, no tengo que decir ni mu.

GW: Yo igual. La gente no pensaba... Era rubio y de ojos azules y no les parecía judío. Aparte de eso, no habían oído el nombre... el estereotipo.

JB: Todavía tengo curiosidad sobre la decisión de hacer que tu contribución política más significativa fuera un acto de guerra. Me parece una persona más bien pacífica; no quiero decir desde un punto de vista pacifista, sino desde la intuición. ¿Cómo decide racionalmente una persona cuya inclinación es hablar que su mejor intervención va a ser con un fusil? Pero también me pregunto si esa decisión

fue al mismo tiempo una forma de asimilación, una suerte de normalización del judío. Me parece probable que muchos de los soldados en el ejército norteamericano no esperaran encontrarse con judíos porque suponían que los judíos no luchaban, no luchaban en guerras por algún motivo u otro.

GW: Efectivamente, no lo hacíamos. Mis padres abandonaron Polonia para que mi padre no tuviera que hacer el servicio militar.

JB: Claro. Yo me crié con esas historias. Cuando “Israel Kwatt” se convirtió en “George Watt”, aun dentro del movimiento comunista, ¿sentiste presión para actuar de forma diferente? Es una pregunta un poco cargada, pero tengo curiosidad por ver cómo respondes, si la guerra en sí no se ofrece como una especie de prueba de... Bueno, por una parte, estoy pensando en el libro de Alvah Bessie, *Men in Battle...*

GW: ¿Lo has leído?

JB: Sí, y es un libro tan masculino. ¿Puede ser que, de alguna forma u otra, esto constituyese una reafirmación de nuestra identidad, el intentar evitar ser judío?

GW: No, creo que fue en primera instancia mi personalidad. Nunca fui luchador, a diferencia de Abe [Osheroff], conozco a Abe muy bien y lo admiro. Mi amigo Solly Wellman... todos eran tíos duros, diría, hombres masculinos. Yo siempre fui el pacífico, el moderado, esa era mi personalidad. Pero tienes que entender que mi ideología... Empecé siendo socialista y esto tendrá que salir a lo largo de esta conversación para revelar el contexto que llevó a que me hiciera comunista. A lo mejor esto también encaja con mi personalidad, el elemento de intentar confirmar... Fue un factor importante que me llevó a enfatizar, con mis compañeros en el ejército, el hecho de ser judío y que me tuvieron mucho respeto porque había luchado en España.

JB: Eras un poco mayor...

GW: Era mayor, había estado en combate y siempre recalqué que era judío. Lo hice a propósito de mi nombre, para asegurarme de que lo supieran. Creía que esto iba en contra del estereotipo que la mayoría tenía de que los judíos no eran luchadores. Pero ir a la guerra comenzó con cómo evolucioné al comunismo. Empecé como socialista y creía que el camino que llevaba al socialismo pasaba por la votación, por medios pacíficos: me oponía a la insurrección revolucionaria. Tardé un par de años en... antes de afiliarme a la Liga de Juventudes Comunistas. Me tenía que convencer teóricamente, no afiliarme por un impulso. Siendo socialista yo colaboraba con las Juventudes Comunistas en el movimiento estudiantil y en la huelga de Harlan, Kentucky en los primeros años 30 yo estaba muy comprometido. Fue una huelga brutal, una huelga muy sangrienta, les estaban reventando a

hostias y me acuerdo de que mi amigo Joe Clark, que en ese entonces todavía se llamaba Joe Cohen, discutía conmigo. Estaban intentando reclutarme en la Liga de Juventudes Comunistas y yo me resistía. No pude resolver el tema de la violencia. Y me dice: “mira, esos mineros luchan únicamente por un centavo más en su sueldo y les estaban brutalizando. ¿Tú crees que nos podemos apoderar de todo —los medios de producción— sin usar la fuerza?” Y acepté la idea de la dictadura del proletariado y la necesidad de la revolución. Una vez asumido, significaba poder luchar, debías tener agallas, pero también en ese tiempo estaba surgiendo el fascismo. *The Daily Worker* y otras publicaciones de izquierdas contaban historias de individuos que habían sido torturados y se habían resistido al nazismo, y yo me preguntaba, joder, ¿cómo aguantaría si me torturasen? Y tuve que armarme de valor para convertirme en el tipo de persona que pudiera resistir, tomar las armas si hiciera falta, aunque fuera contrario a mi carácter. Eso sí, no digo realmente que cualquiera desee luchar. Incluso los más machos... solo es fanfarronería. El combate es algo que no está hecho para los seres humanos. Es algo terrible tener que hacerlo y ahora, ya que vamos a ver la glorificación de lo que hicimos, nos olvidamos de lo tremendamente inhumana que es esa experiencia. Pero tuve que decidirme, una vez comprometido con la causa; tuve que ponerme a prueba y demostrar que lo podía hacer. Pero no estaba muy seguro de cómo aguantaría cuando entrara en combate, no era tan valiente. Y, sin embargo, te diré algo: en España, algunas de las personas que jamás creerías que fueran grandes héroes resultaron ser muy, muy heroicos en combate; principalmente tenían la inamovible convicción de que lo que hacían era lo correcto. Muchas veces me dije para mis adentros: “¿qué hace un buen chaval judío del Bronx en esta guerra? ¿Qué hago aquí? Este no es mi sitio”.

JB: Esa pregunta está profunda, profundísimamente integrada en la cultura yiddish y judía. ¿Qué hace un judío...? Y luego insertas lo que uno está haciendo. Y eso incluye empujar un carrito lechero por las estepas de Rusia, si eres Tevye en la obra de teatro de Sholom Aleichem, “Tevye el lechero” (1917). Así puede ser como los judíos muchas veces se ven, con ironía. Pero volvamos a cómo el mundo, en los años 1930 y 1940, veía a los judíos. Has dicho que el antisemitismo era evidente en todas partes en los años 30, y no solo entre los fascistas europeos, sino también en Estado Unidos y luego en el ejército norteamericano.

GW: Oh sí. En Estados Unidos, en los 30, estaban el Padre Coughlin y sus acólitos, el KKK, los Camisa Negra, la Liga de la Libertad. Todos eran de extrema derecha y nosotros más o menos...

JB: ¿No tenías una inclinación a entender, después de la guerra, el macartismo, el movimiento anticomunista de los 50, en esos términos? Es decir, ¿era todo eso una señal del anticomunismo norteamericano o del antisemitismo norteamericano?

GW: No recuerdo verlo como antisemitismo. Debo tener cuidado ahora, sabes, unos cincuenta años más tarde, de no reinterpretar... Además, todo este rollo del judaísmo, porque recuerdo que no hace mucho me preguntó Milty Wolff: “¿por qué os estáis volviendo vosotros tan judíos ahora?” Y le dije “bueno, es el resurgimiento de nuestros orígenes”. Habíamos abandonado nuestro judaísmo al sumergirnos en la clase obrera norteamericana. Al volver de la Segunda Guerra Mundial estuve muy activo en los sectores industriales. Me veía en un ambiente cultural distinto después de eso y me encontraba muy distante de mis orígenes judíos durante ese período.

JB: Dime, ¿celebrabas festividades religiosas?

GW: Las celebrábamos de manera secular —la familia—. Sí, celebramos el *Pésaj* [Pascua judía] y mi madre siempre nos invitaba para *Rosh Hashanah*. *Yom Kippur* no. Celebrábamos el *Pésaj*, que ha sido una reunión familiar desde siempre, pero venía más de la familia de Margie, creo, y también los hijos.

JB: Cuando yo era pequeño mi madre y sus amigos escribieron su propia *Hagadá*. Yo lo vuelvo a leer en la fiesta de *Pésaj*. No se aparta mucho de la *Hagadá* tradicional, pero sí subrayan las analogías justo después de la Guerra del Faraón y Hitler, y en la portada se ve un esclavo rompiendo sus cadenas...

GW: Bueno, como decía Joe [Cohen/Clark], nuestros hijos se criaron creyendo que el *Pésaj* era una festividad de negros. ¡En esos días era una festividad de negros!

JB: Yo también. De verdad creía que Paul Robeson era judío: “Let my people go” [Liberad a mi pueblo]. Había una analogía muy fuerte entre negros y judíos.

GW: Sí, hicimos lo mismo en nuestra celebración de *Pésaj* este año con mis cuñados. Leímos un texto escrito por una íntima amiga de ellos, que es negra, afroamericana y relata su celebración de *Pésaj*.

JB: ¿Se te ocurrió alguna vez que luchabas por España, un país que ya había expulsado a su población judía? ¡Torquemada! ¡Hablando del Faraón!

GW: La verdad es que no recuerdo si lo tenía en cuenta, pero otros, como Wilfred Medelson, sí lo tuvieron presente. Lo escribió en las cartas a su familia. Están recogidas en un libro. Deberías conseguirlo; se titula *Let My People Know* [Dejad que mi pueblo lo sepa], otra versión del verso de Robeson que acabas de citar. El lado sombrío de la historia de España puede que haya pasado velozmente por mi mente, pero no de manera seria. Sabía mucho de esa historia, me acordaba de los marranos y el *kiddush ha-shem*. Los judíos iban a su muerte llamándola *kiddush ha-shem*, morir en nombre de Dios. Pero por alguna razón no lo tenía presente. Curiosamente, mis propias cartas a mis padres estaban escritas en yiddish. Entonces todos hablábamos inglés, pero me parecía más respetuoso escribirles en yiddish.

JB: ¿Fuiste a España con el beneplácito de tus padres?

GW: Sí, pero no les dije que iba a luchar. Ya estaba casado cuando me fui, ya no vivía en casa. Les dije que iba para hacer trabajo político y lo siguiente que supieron fue que estaba herido. Entonces descubrieron que estaba luchando, y ya hablaba abiertamente de ello. No solo fui con el beneplácito de ellos, que no eran miembros del Partido Comunista pero sí solidarios. Se involucraron activamente con los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln, recaudaron mucho dinero, eran realmente muy buenos organizadores, y estaban muy orgullosos de mí, mi hermana también.

JB: Es un detalle importante, porque muchos me cuentan historias de cómo ocultaban esos detalles a sus padres, como la famosa historia que cuenta Milt Wolff, donde sus padres se enteran por una foto en un periódico. Al principio piensas, claro, esto es para la seguridad personal, pero también te dice algo de la familia.

GW: Jackie Friedman es un tipo murió en España, justo a mi lado. Vi cómo una bala le atravesó la cabeza y se desplomó. Éramos muy amigos. Creo que su padre estaba en el sindicato de la aguja y era más o menos de derechas —socialdemócrata— y estaba convencido de que le habíamos mandado ejecutar o fusilar allí. Se opuso encarecidamente a que fuera a España, era un socialista que creía que esto era un movimiento comunista. Por cierto, también creo que sería útil hablar con gente que era judía y que no era tan..., digamos, que no comparta la misma perspectiva sobre su judaísmo, digamos, como yo porque había muchos que... vas a tener una amplia gama, pues todos somos individuos.

JB: Ya lo he visto. El primero al que llamé, Sid Kaufman, en Long Beach, fue muy hospitalario, muy dulce. Pero después de todo, cuando le dije por teléfono que estaba entrevistando a judíos que fueron a España, me dijo: “¿qué dices? Una mierda, fui como internacionalista, no cuentes conmigo”. Cuando al fin charlamos, no pude llevarlo al tema judío, no tenía mucho interés.

GW: No creo que mi experiencia fuera típica de los judíos que se fueron. La mayoría se sintieron completamente... Yo también fui como internacionalista. Me consideraba norteamericano, judío e internacionalista y no veía ningún conflicto o contradicción entre estas múltiples identidades. Tienes que hablar con Bill Susman. Aunque él también es judío, su perspectiva sobre los judíos hoy es algo diferente a la mía. Yo soy más pro-Israel y pro-árabe también. Leo el *Tikkun* [revista judeo-norteamericana de tendencia progresista, 1986-] por ejemplo. Me encuentro en sintonía con muchas de las ideas que salen de allí. Es decir, puedes ser judío y norteamericano y también pro-árabe. Sin embargo, tienes que ser judío y tienes que abogar por los israelíes y un estado israelí. Quiero decir, creo que habría otra vez un holocausto peor, horrible, si Israel se borrara del mapa. Pero aun así discre-

po de las políticas del gobierno. Creo que Bill Susman tiene una perspectiva algo diferente. No es tan pro-israelí como yo. ¿Y vas a ver a Milt Wolff?

JB: Sí, también voy a ir a San Francisco.

GW: Y algunos más... Ed Lending. Escribe hiperbólicamente, ¿sabes?, pero está muy imbuido de esto y es muy pro-sionista. Vive en Florida.

JB: Si hay gente y preguntas particulares que piensas que sería conveniente plantear... He intentado hoy dejar que una cosa lleve a otra y desarrollar en lo posible las cosas que nos decíamos.

GW: Cuando hablamos y tú grabas nuestras historias creo que hay que tener cierta prudencia de no reinterpretar lo que sentíamos en ese momento. Mi principal motivación fue que el fascismo estaba destruyendo a la clase obrera, al movimiento revolucionario. Fue algo malévolo, terrible, no solo para los judíos. Antes de que el Holocausto hubiese llegado a su forma más extrema, los que estaban en las cárceles, en los campos de concentración, eran los comunistas y los socialistas, los revolucionarios. Eso es lo que pensábamos en ese momento, y a veces tendíamos a pintarlo de colores. Al volver la vista atrás debemos tener cuidado.

**CONVERSACIÓN CON CELIA SEBORER (1907-2005):
NUEVA YORK, ABRIL DE 1992**

Joseph Butwin: ¿Por qué fueron tantos judíos a España?

Celia Seborer: ¿Por qué tantos judíos? En mi caso vino del historial familiar entero. Mi padre era un judío ilustrado, hizo el *Bar Mitzvah* y se acabó. Cuando éramos niños no preguntábamos apenas, resulta difícil completar el relato de su vida.

JB: ¿Dónde nació?

CS: En Lituania. Mi madre también nació en el mismo pueblo, se conocían. Él vino antes, tuvo que venir porque había sido prisionero político y estuvo cinco meses en la cárcel, al parecer en condiciones ideales: leía, estudiaba, bebía té.

JB: Los grandes revolucionarios se hacen en la cárcel.

CS: No era un gran revolucionario; estaba muy politizado. Cuando le soltaron no tuvo más remedio que largarse. No tenía papeles; así que vino a este país en 1904, tenía un tío y una tía que ya estaban aquí. En Rusia había sido aprendiz de farmacéutico, así que cuando vino consiguió trabajo con un farmacéutico, tres dólares por semana y dormía en la trastienda. Después de tres semanas estaba hartito y ahí terminó su vida en la farmacia. No sé por qué no hizo estudios aquí, tenía poco más de veinte años cuando vino. Yo nací el año 1907; tengo 84, voy para 85.

JB: *Mazel tov*. [en yiddish, enhorabuena].

CS: *A sheyne dank*. [en yiddish, muchísimas gracias].

JB: ¿Y en el hogar?

CS: Siempre había ideas políticas, siempre. Yo tenía diez años cuando Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial y sabía —pero no lo podía decir en el cole— que Alemania e Inglaterra luchaban por ser el mandamás. Lo sabía de oídas: los niños no hablaban, escuchaban. Y había muchas conversaciones. Mis padres tenían algunos amigos socialistas; mi tío, el cuñado de mi padre, era un hombre que tenía formación. Venía de una familia rabínica de mucha alcurnia en Polonia y dejó eso atrás para ir a estudiar a la Universidad de Königsberg y se hizo químico, y eso influyó en la vida de mis padres, en el negocio de las pilas eléctricas. Altibajos; así fue la vida de mi padre; altibajos, en todos los distritos de Nueva York.

JB: ¿Había alguna experiencia especialmente destacable?

CS: Como judíos, en realidad no éramos sionistas, pero éramos en todo momento muy judíos.

JB: ¿Hablabais yiddish?

CS: No. Es uno de mis *grandes* remordimientos. Mi padre y mi madre trataban de hablar inglés en todo momento, pero tenían conversaciones privadas en yiddish. Al poco tiempo te enterabas, y entonces se pasaban al ruso.

JB: ¿Dónde pasaste la niñez?

CS: En el Bronx. No, nos trasladamos del Bronx a Brooklyn cuando tenía cuatro años. También pasé un año en el barrio de Flatbush, donde sé que mi prima me llevaba al *kindergarten*. Era una casa bifamiliar.

JB: ¿Quién vivía arriba y quién vivía abajo?

CS: Mi tía y su familia [vivían arriba], mi madre, mi padre y mis dos hermanas [vivíamos abajo]. Evelyn nació en Brooklyn y durante la Primera Guerra vivíamos en un barrio muy nuevo de Brooklyn que ahora forma parte de Crown Heights, donde estábamos rodeados de granjas. Podíamos acercarnos a ellas y salíamos corriendo si nos veían. El barrio era judío y no judío, había un gran descampado al lado de nuestra casa. Mi padre y mi tío no sé cómo habían comprado dos casas, una adosada y la otra semiadosada, y como acabo de decir, el entorno era un barrio nuevo vacío a lo largo de esa manzana larga, y con los niños y las niñas jugábamos en el descampado; había una trinchera y un árbol muerto en medio, que era el mirador de reconocimiento. Yo tenía un mandil y una gorra de la Cruz Roja. La niñas éramos enfermeras y los niños eran soldados. Empieza enseguida el reparto de papeles; fue la primera vez que me dí cuenta de que había una diferencia: éramos tres hermanas, así que yo no sabía que era una niña. A pesar de nuestra oposición a la Guerra, mi padre nos permitió vender bonos del Estado en el cole, no se metía en nuestra vida.

JB: Vidas dobles.

CS: Cuándo voté por primera vez, no estoy segura. Creo que voté a Eugene V. Debs. Voté a un socialista, lo tengo claro.

JB: ¿No experimentaste una conversión dramática?

CS: No, pero, por otra parte, en la universidad, cuando me invitaron por primera vez a un grupo político, mis dos mejores amigas, que lo siguieron siendo hasta la muerte, eran artistas, y yo era una especie de *diletante* porque quería probar de todo.

JB: ¿E hiciste ciencias también?

CS: No tuve más remedio. No quería ser maestra. Hice los estudios en el *Hunter College*, la escuela nocturna de *Hunter College*, todas chicas.

JB: Y muchas maestras.

CS: Mis hermanas, mis primas, mis amigas; la que dijo que no iba a ser maestra fui yo. Me daba miedo estar de pie delante de un grupo de niños, sabía que no era capaz. De modo que se produjo el gran cambio en Hunter. Había que elegir una especialidad y me gustaba la historia. Elegí historia y ciencias políticas, que decididamente no era lo mío y entonces, al terminar segundo fuimos a *Cornell University* para las clases de verano. ¡Maravilloso! Y elegí una asignatura de anatomía comparada. Una maravilla, porque me encantaba la biología cuando hice el bachillerato. Había un profesor de biología del que yo estaba enamorada...

JB: Es un estímulo.

CS: Estaba encantada. Era un trabajo manual, práctico. Entonces volví a la universidad en otoño y cambié a biología, y pasé el resto de la carrera en los laboratorios recuperando las asignaturas que había que recuperar. Saqué el título en 1928 y no me interesaba la política, estaba en el mundo y trabajaba.

JB: Entonces la política se daba por sentada; votaste a los socialistas, pero había algo más. ¿Qué pasó?

CS: En parte fue en *Columbia University* durante el verano; una de las mujeres de nuestro grupo, que se hizo médica, vivía en el Bronx en una casa que tenía su padre donde uno de los inquilinos era Gibby. Eran amigos y fue Gibby quien nos agenció nuestra vivienda en Cornell. Gibby estaba en la estación con su amigo Max [Seborer], que fue mi segundo marido. Por aquel entonces, Gibby estaba muy politizado. Nada de lo que hicimos durante aquel verano estaba relacionado con la política. Yo trabajaba, pero pasó lo que pasó.

JB: Bajo el estímulo de la Depresión.

CS: ¡Ya lo creo! Yo perdí mi primer trabajo en la consulta de un médico, había además una enfermera católica irlandesa cuyo antisemitismo también influyó; bueno, y el del médico, quizá. Yo ahí estuve dos años. El segundo año hubo menos pacientes en la consulta. Yo estaba enfadada porque la mujer que me formó allí, una judía muy agradable, se casó y yo entonces pasé a ser la primera técnica. Teníamos un laboratorio muy completito. Yo sabía que la chica que se contrató después debería ser despedida y no yo, por una cuestión de antigüedad. Pero la idea de decírselo al médico, *eso* estaba fuera de mi alcance.

JB: ¿Todavía no estabas sindicalizada?

CS: Noooo, pero en aquel momento oí hablar de la Asociación de Técnicos de Laboratorio y me apunté. Muchos de los que estaban habían venido de Europa, donde los trabajos de técnico de laboratorio y de consulta de dentista eran tareas que hacían las mujeres, y había algunos izquierdistas de verdad; nos unimos al *CIO* [*Congress of Industrial Organizations*, central sindical progresista]. Es allí donde me radicalicé en un sentido positivo.

JB: Tu primer marido estaba bastante identificado con el Partido. ¿Cuándo os conocisteis?

CS: ¿Cuándo conocí a Maurie [Greenspan]? Alrededor de 1930. Le orienté yo.

JB: ¿Qué origen tenía?

CS: Era del Midwest. Tenía un hermano mayor y una hermana un poco menor. Su padre murió de tuberculosis a una edad temprana, procedía de una familia de intelectuales y el único trabajo que pudo encontrar aquí era la limpieza de depósitos de cerveza; le dio una tuberculosis y murió joven, dejando a la madre con tres hijos. Maurie creció y era un radical en todos los aspectos. Terminó el bachillerato por las noches y recorrió el mundo, se enganchaba como marinero a un barco y a continuación se escapaba. Y así aprendió español y aprendió francés. Eran tantas las influencias que resulta difícil hablar de todas ellas. Mi padre tenía una prima, Raquel, que se había escapado de casa —eran del mismo pueblo— cuando tenía dieciséis años porque quería tener estudios. Era una mujer muy capacitada y no estaba dispuesta a hacer una vida de chica judía ortodoxa, y se radicalizó completamente. Era una revolucionaria verdadera, una *kaventeh* [en yiddish, una persona cultivada]. En 1914 estaba en Suiza y había un congreso o algo así del Partido durante el verano. No pudo volver a Rusia, vino a este país: tenía un hermano en Chicago y buena parte del tiempo estudió bacteriología en Chicago. Después volvió a Nueva York, vivió con nosotros y con otros amigos que eran socialistas de toda la vida y era como viento en nuestros ojos, viento fresco. Nos trajo nuevas ideas que mi madre no conocía para nada, aunque aprendió muchas cosas. Yo oí cantar a Caruso y vi bailar a Pávlova. Mi madre lo quería todo para sus hijas y Raquel era el ejemplo: trabajaba en la Comisión de Sanidad y también en los hospitales Flower y Fifth Avenue, y recuerdo que contaba a mi padre las peleas que tenía en bacteriología porque era este bicho y no otro; había que oírle pelear ¡con hombres! Creo que no pensé en esos términos, pero me entró en la cabeza. Volvió a su país en el invierno del 20 o del 21, alguien de aquí fue como una especie de embajador no oficial a Rusia y ella le acompañó y se hizo parte de aquel grupo. Recuerdo que éramos tres niñas que llorábamos mientras zarpaba el barco y entonces, al alejarse, Raquel nos tiró una gran flor de color rojo.

JB: ¡Vaya mujer! ¿Se quedó [en Moscú]?

CS: Dirigió el Instituto de Bacteriología y Química durante muchos años. Volvió [a Estados Unidos] para estudiar los últimos avances de la bacteriología, pruebas de la sífilis, eso le interesaba. Se fue a Filadelfia; se fue a Lansing, Michigan, donde se hacían trabajos de ese tipo y volvió aquí [a Nueva York] la segunda vez con su hijita. Todos queríamos que se quedara aquí con su familia, pero volvió [a la URSS]. Su marido había sido prisionero político en Alemania y murió de una endocarditis bacteriana en la cárcel, y ella no quiso quedarse [en Estados Unidos]. Volvió a su hogar; volvió a la hambruna, el problema que había cuando había vuelto por primera vez [a Estados Unidos] en 1920, volvió y fue encarcelada en un campo de trabajo en 1938 y fue la única mujer que sobrevivió. Hubo correspondencia durante todo ese tiempo entre mi madre y Raquel y de repente no hubo nada. Recuerdo que llegó un libro, creo que fue antes; decía simplemente “con cariño, Raquel” y por supuesto ella tuvo una influencia inmensa.

JB: Con ejemplos de esa categoría, ¡Dios mío!

CS: Yo no fui nunca una luchadora como ella. Fui la más cercana, significó mucho para mí. Me llevó una vez a su laboratorio y me enseñó un microscopio y unas diapositivas, y años más tarde, cuando yo estudiaba muestras sanguíneas, me dije “esa es la diapositiva que me mostró Raquel”, era eso.

JB: ¿Cuándo te casaste?

CS: La primera vez fue en el 34. Habíamos estado viviendo juntos, que en esa época era un asunto muy chocante. Mis padres fueron maravillosos; tenían mucho aguante, una gente extraordinaria. En realidad, nos casamos porque queríamos viajar y compartir pasaporte y un documento de casados.

JB: ¿Tu marido ya firmaba con el pseudónimo de George Marion en *The Worker*?

CS: Fue cuando fuimos a España, en ese primer viaje. Me dejó en Madrid y se fue a Asturias para la huelga de los mineros. Eso fue lo primero que escribió, estoy segura y tengo la certeza de que fue para *The Worker*, aunque no nos unimos al Partido hasta el 35, el verano del 35.

JB: Mis padres también se afiliaron durante aquel verano... en St. Paul.

CS: Fue el espíritu de la época —huelgas, manifestaciones para el seguro del paro, el seguro social—, todo tenía impacto, y yo incluso tenía un trabajo de laboratorio en el *Life Extension Institute*, en el departamento donde recibían muestras de sangre y de orines, con técnicas de laboratorio, mi primera experiencia laboral en una empresa grande. Una de las trabajadoras era una chica de origen italiano. Éramos amigas y recuerdo que una vez, mirando por la ventana desde un ángulo determina-

do, se veía la Quinta Avenida. Nosotros estábamos en la calle 43, era el 1 de mayo y pasaba el desfile del Primero de Mayo y la italiana y yo teníamos muchísimo interés, estábamos muy animadas, la chica me apartó y me dijo “no te signifiqués”; éramos amigas y a mí me despidieron. Empezaron a meterse con Rhoda. La secretaria era judía; el director era de los *Seventh Day Adventists* [secta protestante conservadora]; la jefa, la directora de los laboratorios, era católica; y no recuerdo por qué se metían con Rhoda y por lo que fuera dije algo. Me opuse a cómo la trataban y a la primera de cambio me invitaron a marcharme, pero a mí no me importaba. Había estado ahí lo suficiente, habíamos estado ahorrando. Maurie tenía un buen trabajo en la agencia Havas, y con la llegada del otoño decidimos irnos a Europa.

JB: ¿Viajeros politizados con ganas de ver el mundo?

CS: España, para empezar. Habíamos estado antes en México, en 1932; hacía calor, era bonito y muy barato. No sé por qué llegamos a la conclusión de que en España también haría calor, sería bonita y muy barata; no fue ninguna de las tres cosas. En Madrid hacía frío en invierno y era más caro de lo que habíamos pensado, pero él era un viajero muy económico, tenía una maleta con un hornillo pequeño, un par de cazos, un par de platos, cuchillos. Alquilamos una habitación y cocinábamos la avena del desayuno y algo de verdura. Alguna vez íbamos a un restaurante barato. Viajeros de tercera.

JB: Así que sabíais algo de lo que estaba pasando en España.

CS: El primer invierno tuvimos una habitación en un piso cuyas dueñas eran dos solteras que tenían una hermana casada y con dos hijos, un chico y una chica. El hijo tenía 17 años, ya militaba en el Partido Comunista y le daba material a Maurie, incluso después de que hubiéramos vuelto a nuestro hogar en Estados Unidos, de modo que Maurie sabía más cosas de la situación política española hacia finales del 35 y el 36 que casi nadie. Eligió el pseudónimo de George Marion. En realidad, se llamaba Marion Greenspan y lo cambió legalmente alrededor de 1941.

JB: ¿Por qué?

CS: Ya se le conocía por esa firma. No tenía importancia, al menos para mí.

JB: Conocerías entonces la política de Hitler ante los judíos.

CS: La conocía demasiado bien. En el primer viaje a España salimos de aquí alrededor del 1 de diciembre y estuvimos en Europa el año 1935 entero. Subimos de España a Francia, a París, donde teníamos unos amigos. Fue en el 36, pedimos el visado de la Unión Soviética, yo iba a visitar a Raquel. En mi solicitud puse “Técnica de laboratorio” y Maurie escribió “Escritor”. Me dieron mi visado rápidamente, pero el suyo no, y aun así decidió que nos fuéramos a Alemania. Eso

fue mucho antes del movimiento feminista, hoy en día hubiera sido muy distinto. Así que nos fuimos a Alemania, a Berlín, y esperábamos ir a Moscú en unos pocos días. Raquel nos esperaba y dije “Me voy. No soporto eso de *Juden verboten* [en alemán, prohibido el paso a los judíos]”.

JB: ¿Te dabas cuenta?

CS: ¡Cómo no me iba a dar cuenta! Había esvásticas por todas partes, movimientos antijudíos. ¡Ya se veía! Así que cogí y me fui en tren a Varsovia, pasé allí la noche y parte del día siguiente, y fui a Moscú, donde me recogió Raquel en la estación. Maurie tardó más o menos una semana en llegar, yo me alojé con Raquel y con la hija en su piso. Compraba pan y leche en la lechería de abajo. Todo estaba escrito en ruso y se movía con un pequeño plano callejero que tenía. Hablaba inglés con Raquel y con su hija, insistió en que su hija aprendiera el inglés. Creo que cuando vino Maurie nos debimos alojar en un hotel unos días, no me acuerdo. En mi segundo matrimonio visité Moscú de nuevo.

JB: Sabías que la política antijudía de Hitler no era ningún mito. ¿El Holocausto fue una sorpresa?

CS: Tardamos algo en creérnoslo, éramos tontos. Max [Seborer] no se perdonó nunca no haberlo visto antes. Conocí a Max aquel verano. Nos encontrábamos a lo largo de los años en casa de un amigo, con Gibby, que se casó con mi amiga Edith, una amistad íntima de toda la vida. Han desaparecido todos. Ese es el asunto del envejecimiento, se te van. Bueno, ¿por qué me voy a España? [verano de 1936] Éramos muy jóvenes y estábamos entre los primeros que fueron a España. ¿Sabes? Yo no recuerdo ninguna conversación. Mi memoria no es muy aguda. Mi familia intentó disuadirme, a diferencia del hermano pequeño de una de mis buenas amigas. La suya era una familia judía muy ortodoxa, el hijo claramente no lo era; se marchó a España sin decir nada a nadie, ni siquiera a su hermana. Claro está que cuando se les contó lo que había hecho, ya sospechaban algo. Y murió al poco tiempo de llegar; su muerte acabó con la madre, la destrozó totalmente.

JB: ¿No hubo exigencias por parte de tu familia?

CS: No, nada más llegar escribí, porque dondequiera que fuera me acompañaba la familia.

JB: Estábamos empezando una conversación sobre España, el momento en que colaboraste con Norman Bethune.

CS: Yo estaba en España, en Madrid. Le dieron a Bethune un piso maravilloso para montar el asunto de la transfusión sanguínea. Ya sabes que él tuvo una idea brillante para transportar sangre al frente, y esto sucedió justo en

el momento en que la conservación de la sangre era una novedad. Yo estuve allí con mi marido, George Marion. Salió de Nueva York el 1 de agosto, fue de los primeros que se marcharon a España después de que estallara la guerra a mediados de julio. Se fue hacia comienzos de agosto enviado por *The Worker*. Yo pensaba que, al estar parada en plena Depresión, si podía irme, me iría. Yo era técnica de laboratorio, tenía la certeza de que había trabajo. No sabía español, ¿sabes? Tuve que ponerme al día. No sabía nada hasta que llegó Bethune. Fui a hablar con él y me dio el visto bueno; hice el trabajo técnico de montar el laboratorio, esterilizarlo y tal. Había un par de médicos españoles que hablaban con la gente, que conseguían voluntarios, que tomaban sangre. Como acabo de decir, [Bethune] consiguió un piso hermoso donde yo tenía una habitación; y más adelante lo trasladamos todo al *Spanish People's Medical Service*. Maurie estaba en Valencia y me fui con él, pero allí no había nada para mí, así que fui y me alisté en la Brigada Internacional y me mandaron a Murcia, donde el edificio de la Universidad se estaba transformando en un hospital. Seguí allí casi un año con un pequeño laboratorio. Me hice enfermera de la noche a la mañana. Me hicieron sargento, lo sé porque me lo dijeron. Las mujeres que eran enfermeras trabajaban en condiciones duras, yo no: la Universidad era un edificio sólido, excelente. La situación no era buena, había que cambiar cosas, los médicos todavía se estaban organizando, no teníamos agua en las salas cuando llegaron las primeras bajas del Jarama.

JB: Y ¿a la vuelta [a Nueva York]?

CS: Conseguí trabajo en un hospital y Maurie dio charlas para recaudar dinero. No recuerdo su situación laboral —agencias de noticias—. Recuerdo un momento en que estaba en el turno de las cuatro de la tarde a las doce de la medianoche; no, eso fue cuando nació Robin. Yo estaba embarazada, él entonces tenía un buen trabajo, debió de ser con la agencia Havas. Aguantamos como pareja demasiado tiempo, fue muy difícil. Respecto a la marcha a España no hubo para mí la menor duda.

CONVERSACIÓN CON ED BENDER (1906-1996): SAN FRANCISCO, JUNIO DE 1993

Joseph Butwin: Normalmente, la mayor parte de lo que he hecho es simplemente hablar con la gente. No tengo un cuestionario ni ningún patrón que deba seguir. Sin embargo, suelo empezar con algunas preguntas obvias. Cuando hablas, oigo un inglés fino con un acento especial. Puede que no hayas nacido en Filadelfia. ¿Dónde y cuándo naciste?

Ed Bender: Nací en el sur de Ucrania, cerca de la frontera con Moldavia, a unos cincuenta kilómetros de la frontera.

JB: ¿Eso es cerca de Kishinev?

EB: Bueno, eso estaba en Moldavia. Lo mío estaba al otro lado. La gran ciudad de la zona era Mogilev, justo enfrente de Otaci, en el Dneister. Pero yo no nací allí. Nací en un pueblo de Ucrania, diría que a unos cincuenta kilómetros de la frontera. No era un pueblo demasiado grande, pero probablemente vivían 7.000 campesinos. De hecho, había dos aldeas interconectadas, separadas por un río, pero cercanas entre sí. Mi familia vivía en una de ellas.

JB: Y obviamente aprendiste a hablar allí. ¿Cuándo naciste?

EB: Nací en 1905, en junio de 1905. Este mes cumpliré 88 años.

JB: *Mazel tov.* [Felicidades]

EB: Gracias. Diría que había siete familias judías en nuestro pueblo, y la mayoría de ellas tenía algún tipo de negocio pequeño, en general una tienda, para cualquier cosa que los campesinos necesitaran. La mayoría se ganaba la vida a duras penas, excepto una familia que tenía un molino de harina. Era “el judío rico”. Otros no lo eran.

JB: ¿A qué se dedicaba tu familia?

EB: Mi padre tenía una pequeña tienda. Vendía sal, azúcar, arenques, todo lo que necesitaban los campesinos. Tenía cinco hijos y compartíamos una casa con algunos campesinos. Estaba como dividida, con un pequeño vestíbulo en medio; una casa de barro, con techo de paja. Cinco de nosotros dormíamos en una habitación, mis padres en otra. Ahí no había forma de vivir. Uno de los hermanos menores de mi padre se había ido a Estados Unidos y se instaló en Filadelfia. Entonces mi padre, su hermano menor y mi hermana mayor, que

probablemente tenía doce o trece años, se fueron. Eso fue en mayo de 1914. En agosto estalló la guerra. Estábamos completamente desconectados. Las fronteras estaban cerradas porque compartíamos frontera con Austria, así que no había forma de salir. Hasta aproximadamente 1918, estuvimos atrapados mi madre y cuatro hijos, tres hermanas y yo. Dos de las hermanas más jóvenes contrajeron difteria y murieron. El pequeño colmado fue abandonado porque no se podía comprar nada, y mi madre tuvo que encontrar diferentes maneras de mantener a la familia. Trabajaba en el campo con los campesinos, recogiendo remolacha para el molino. Le pagaban con azúcar, así que vendía el azúcar en la ciudad. Tiempos difíciles.

Así que este fue el entorno en el que crecí. Mi padre era creyente. Mi madre también lo era, mantenían los ritos religiosos y la cultura: éramos una casa kosher. Hacíamos el Séder [la cena ritual que marca el éxodo de los israelitas de la esclavitud en Egipto] y todo eso, pero ella era un poco más avanzada. No podía separarse de su origen, de su educación, pero al mismo tiempo era más mundana. Aprendió a leer y escribir en yiddish, teníamos un tutor. Pensaba en lo que ocurría en el mundo. Para ella, la religión era algo que se cumplía porque eso era lo que hacía mi padre, pero no tenía miedo de Dios ni nada parecido. En ese momento comencé mi educación religiosa. Cuando mi padre todavía estaba allí, el pueblo consiguió un tutor que se quedaba con una de las familias y nos enseñaba la Torá. A veces también leíamos poetas hebreos. Así que aprendí bastante sobre la Biblia, todavía lo tengo presente. Hice eso durante cinco años. Y luego, cuando mi padre se fue, mi madre me envió durante un año al pueblo de al lado, donde se suponía que debía aprender ruso. Había diez o doce niños en la escuela. Yo era el único niño judío, y todavía no sé cómo mi madre me metió allí. Por supuesto, el profesor era un antisemita que me hizo la vida imposible, pero aprendí ruso. Estaba a un par de kilómetros de distancia. Los viernes por la tarde volvía caminando al pueblo para pasar el sábado en casa y luego regresaba el domingo.

JB: También viviste a pocos kilómetros del mayor pogromo del siglo. Muchos de los hombres con los que hablo vivían en la frontera de algún barrio duro del Bronx o de Brooklyn, pero no había nada parecido entre los chicos irlandeses o italianos que se acerque a lo que ocurrió en Kishinev. ¿Tuviste miedo?

EB: Bueno, por un lado, éramos amigos de los campesinos y, por el otro, sabíamos que había pogromos y conocíamos la actitud hacia los judíos. Como dije, vivíamos en una casa de campesinos y, más tarde, cuando mi padre se fue, nos mudamos solos a otro lugar que pertenecía a un campesino. Nos llevábamos bien, pero no había una verdadera interrelación. Hubo un incidente que recuerdo muy vívidamente hasta el día de hoy. Fue en 1912, yo tan solo tenía siete años. Mi padre todavía estaba. Estábamos en la casa de uno de sus hermanos,

que volvió muy alterado de sus negocios en Kiev, y recuerdo esa reunión en la que hablábamos en susurros, aunque no había nadie alrededor que nos escuchara; era un miedo que nos impedía hablar en voz alta. Era la época del juicio a Mendel Beilis. ¿Lo conoces?

JB: Sí, el libelo de sangre.

EB: Sí, mi tío volvió de Kiev y dijo que había tanto miedo entre los judíos de allí que si Mendel Beilis era condenado habría una avalancha de pogromos en toda Rusia. Por supuesto, sabes que fue absuelto y no pasó nada más. Pero ese era el sentimiento en ese momento: sabes que eres diferente. Eres judío, por lo tanto, eres extraño. Luego tuvo lugar la Revolución, recuerdo esa época, fue en febrero de 1917. Bueno, ya sabes, no había comunicación ni radio ni teléfonos; pero mi madre lo oyó en algún lado y me llevó aparte y me dijo: “Te voy a contar algo, pero no puedes decir ni una palabra”. Yo solo tenía 11 años en ese momento. Me dijo: “He oído el rumor de que el zar ha sido derrocado, pero no digas nada porque si no es verdad, podemos tener muchos problemas”. De repente, veo que un día todo el mundo está fuera, en algún lugar cerca de la iglesia; miles de campesinos, banderas rojas, no sé de dónde venían. Y estaban cantando la Marsellesa.

JB: ¿De verdad? ¿La Revolución viaja rápido!

EB: Véas a esos miles de campesinos, que no sabían leer ni escribir. Los discursos eran pronunciados por personas que no sabían que podían hacer discursos y uno de los varones judíos que estaban allí se levantó y dio un discurso, y por supuesto fue de libertad, igualdad, ese tipo de cosas, tierra y paz. Escuchamos nombres. Lenin y Trotsky, ya sabes, pero no sabíamos quiénes eran. En ese sentido, éramos apolíticos. Ya sabes, estás en un pueblo del interior. Pero empezaron a distribuir la tierra y, efectivamente, cada judío recibió una parcela. Incluso nosotros obtuvimos algunas tierras.

JB: ¿Alguna vez llegaste a ver una cosecha?

EB: Nunca vimos la cosecha porque para entonces los nacionalistas ucranianos comenzaron su movimiento bajo el mando del general Petliura y su primer lema fue “maten a los judíos y salven a Rusia”. Con ellos los antiguos propietarios recuperaron la tierra. Recorrieron toda Ucrania intentando expulsar a los bolcheviques, recuperar el poder y separar Ucrania; hubo pogromos antisemitas por todas partes. Cuando se acercaron a nuestro pueblo, tuvimos que irnos. Nos fuimos al bosque y nos escondimos bajo los árboles y recuerdo que empezó a llover. Nos quedamos allí todo ese día. Mi madre conocía a una campesina que accedió a alojarnos en su ático y nos cuidó, nos trajo comida y, cuando finalmente los soldados se fueron, subió y nos dijo que ya era seguro salir. Algunos de los campesinos eran gente decente. Solíamos comentar que los ucranianos de mi pueblo decían: “No

puedes tocar a mi judío, este es mi judío”. [Risas] Así que, por supuesto, vivimos ese período de la Guerra Civil y se suponía que yo iba a hacer el *Bar Mitzvah* en 1918. Mi madre dijo: “Tienes que pasar por los ritos” y ese fue el final. Había terminado con Dios.

JB: ¿Quieres decir que pensaste que si había un Dios no podría haber ocurrido todo esto?

EB: Bueno, sí. ¡Dios! Mi madre se peleaba con él y decía: “¿Qué clase de Dios eres?”. Y por supuesto hubo más pogromos, fue un período muy inestable. Y entonces volvieron los bolcheviques. De alguna manera sabíamos que se suponía que eran buenos. Llegaron al pueblo y, efectivamente, estaban tan desaliñados que no tenían uniformes, llevaban zapatos de madera o de paja. Y enseguida montaron una biblioteca. Trajeron libros y carteles bonitos que quizá hayas visto en las películas porque los campesinos no sabían leer, así que les contaban gráficamente de qué iba esta revolución. Estaba mirando afuera y un tipo me llamó, uno de los hombres. Me dice: “¿Quieres leer algunos de estos libros?”. Yo sabía leer. Me da un montón de libros y me dice: “Puedes venir cuando quieras, tráelos, te daremos otros libros”. Y de repente sentí, ya sabes, que...

JB: ¡Eras rico!

EB: ¡Estaba a salvo! Allí la gente parecía sentir que yo era un ciudadano como todos los demás, ¿sabes? Hasta entonces tenías que esconderte, huir, siempre a la carrera. Pero, por supuesto, esto también duró poco, porque Denikin, el general ruso blanco, comenzó a marchar para expulsar a los bolcheviques. Esa es una de las veces que nos atraparon. No buscaban dinero, sino plata. Cavamos un agujero y mi madre enterró los objetos de valor, la plata. Se llevaron mis botas, no nos hicieron daño y se fueron. Esa fue la última experiencia que tuvimos, así que decidimos que teníamos que salir de allí.

Corrían rumores de que te podían pasar ilegalmente a Rumanía, así que conseguimos que un campesino nos ayudara a atravesar los cuarenta o cincuenta kilómetros necesarios hasta la frontera. Nos llevaron a la orilla del río en un bosque, y me dijeron que me quedara aquí, que ya vendrían por mí. Bueno, esa noche empezó a llover y el tipo vino y dijo que no podíamos ir esa noche, había patrullas: “Tendrán que esperar hasta mañana”. Nos llevó bajo la lluvia a una cabaña en el bosque y nos quedamos allí todo el día hasta la noche siguiente. Nos metimos siete en un bote de remos, el agua estaba bastante agitada, el río Dniéster. Diría que era tan ancho como el *East River* en Nueva York. ¿Te resulta familiar? Ninguno de nosotros sabía nadar. Logramos cruzar. Así es como escapamos de Ucrania en 1919. Cuando salimos del bote de remos había un millón de soldados y un tipo con ellos, uno de los contrabandistas, que dijo: “Si quieren llegar a algún lado

hay que pagar”. Afortunadamente, teníamos plata, les dimos parte de ella y nos llevaron a Balș, donde finalmente desembarcamos.

La comunidad judía estaba toda organizada para recibirnos, así que nos quedamos allí y luego nos pusimos en contacto con mi padre en Estados Unidos. Teníamos la dirección, nos llevó unos tres meses y finalmente contactamos. Luego tuvimos que esperar más tiempo hasta que conseguimos los pasajes para el barco y el visado. Nos quedamos en Rumanía. Dormimos en sinagogas, convirtieron las sinagogas en dormitorios. Tenían catres, uno al lado del otro, habría un centenar de nosotros durmiendo en la sinagoga. La comunidad judía con la ayuda, por supuesto, de los judíos estadounidenses nos mantuvo en pie hasta que finalmente recibimos el visado y nos pusimos en camino. Así que ese es nuestro primer...

JB: Capítulo.

EB: Sí, el capítulo uno de mi juventud. Me enviaron a Estados Unidos en mayo de 1921. Nos llevó casi dos años, habíamos dejado Rusia en 1919. Para cuando llegamos a Filadelfia yo ni siquiera reconocía a mi padre.

JB: Lo que me genera curiosidad es que en ese momento tienes quince años, vienes a Estados Unidos y, a diferencia de la mayoría de tus amigos y camaradas esporádicos, fuiste testigo de la Revolución.

EB: Y aunque dije que no lo entendía todo, sabía una cosa, que esa revolución era para el pueblo. Una cosa sí vi entre los campesinos: cómo había cambiado su vida durante el tiempo en el que estuvo el Ejército Rojo, cómo obtuvieron sus tierras. Y cada agricultor, cada campesino y yo, como judío, nos sentíamos como un igual.

JB: Esa es una información impresionante.

EB: Fue una sensación tremenda y un gran cambio con respecto a los días en que estaba sentado allí susurrando sobre Mendel Beilis. Así que en cierto sentido algo quedó en el subconsciente que resurgió, que brotó, más tarde. Cuando llegué a Estados Unidos era mayo, y no sé por qué mi padre me envió a la escuela pública. De manera inmediata, solo un mes.

JB: Un segundo. ¿Así que empiezas la escuela a finales de curso?

EB: Llego allí, ya sabes, entro, pero no sé nada de inglés. Sabía matemáticas, sabía geografía.

JB: No inglés.

EB: Y me pusieron en sexto de primaria porque era demasiado alto para estar en... Por desgracia, fueron sólo unas pocas semanas, creo, fui bastante feliz. La

escuela estaba en un barrio judío-italiano, pero yo estaba en la sección italiana. Recuerdo cuando nos juntaban y cantábamos “Santa Lucía”. ¡Y me encantaba!

JB: Pensaba que sería el “*Star Spangled Banner*”, una bonita canción norteamericana. [Risas]

EB: “Santa Lucía”, recuerdo haber aprendido esa... La única canción norteamericana que había aprendido allí fue “*The Stars and Stripes Forever*”.

JB: Te hizo un buen patriota.

EB: De todas formas, le dije a mi padre que no podía ir a una escuela como esa. Resulta que la Sociedad Judía de Filadelfia organizaba escuelas para niños inmigrantes, así que fui a la escuela por la noche para aprender inglés, con una profesora no judía, lo cual era bueno.

JB: ¡No había yiddish en esa escuela!

EB: Ella no sabía yiddish. Fui allí unos dos años y luego ingresé en una escuela privada para inmigrantes donde se obtiene la educación secundaria. Trabajaba durante el día, me matriculé en esa escuela y en dieciocho meses obtuve mi equivalente a un diploma de escuela secundaria del estado de Pensilvania.

JB: *Mazel tov.*

EB: Así que inmediatamente solicité plaza en la Universidad de Temple. Me aceptaron. Esto fue ya en 1925. En el ínterin, mientras estaba en esta escuela preparatoria, conocí a muchos jóvenes, y había uno que era miembro de la Liga de Juventudes Comunistas. Éramos buenos amigos; empezó a hablar conmigo y yo me mostraba receptivo porque mientras aprendía inglés también leía mucho yiddish en las bibliotecas, y ruso. Solía seguir lo que ocurría en Rusia. Al fin y al cabo, yo me había marchado y me llamaba mucho la atención que... que estaba naciendo algo nuevo, algo diferente estaba pasando con los judíos. Un amigo me presentó el *Daily Worker* y también encontré en los quioscos el *Freiheit*, que era el periódico judío —y comunista—, así que solía leer los dos. Todo esto ocurrió en 1924. En 1925 estaba preparado para entrar en la universidad, pero para entonces ya estaba un poco más concienciado. De hecho, empecé a ser consciente políticamente en enero de 1924 cuando llegó la noticia de que Lenin había muerto. Esa es una historia en sí misma... El nombre de Lenin significaba mucho para mí porque todo lo que ocurría en aquella época en mi cabeza estaba relacionado con dos nombres, Lenin y Trotsky. Nunca había oído hablar de Stalin cuando estaba en Rusia, en Ucrania, así que Lenin se convirtió en una especie de símbolo, un símbolo de liberación en cierto modo.

Trabajaba en una fábrica, un par de tíos míos tenían una fábrica de yute, así que me dieron trabajo porque iba a ir a la universidad. Una familia judía,

querían que su hijo o su sobrino fuera médico. Cuando solicité entrar en Temple me uní a la Liga de Juventudes Comunistas. Pasé un año en Temple y lo dejé, no porque no pudiera terminar, sino porque estaba convencido de que era una pérdida de tiempo, que la Revolución iba a llegar pronto. Teníamos estas ideas utópicas, fantaseábamos, porque la Revolución Rusa tuvo un impacto tremendo especialmente en la juventud inmigrante. Así que me hice activista y ahí empezó mi primer periplo en el movimiento comunista.

JB: ¿Qué forma tomó tu actividad?

EB: Ya sabes, te unes a una nueva rama de las Juventudes Comunistas. Me eligieron secretario. Pasábamos por mucha formación, teníamos círculos de estudio y clases. Estudiábamos a Marx, a Engels, a Stalin y a Lenin, en cierto modo era un proceso muy... muy formativo.

JB: ¿Crees que eso, para tu satisfacción, sustituyó a la universidad?

EB: ¿En esa época? Sí. Yo era estudiante, pero también era activista. Por ejemplo, los mineros estaban en huelga y formaron el Comité de Jóvenes Mineros. Y recogíamos dinero para comida o suministros para enviar a los mineros de los campos de antracita en Pensilvania. Era parte de nuestro distrito. Luego estaban Sacco y Vanzetti. Nunca olvidaré la noche de vigilia, cuando fueron ejecutados, esperando hasta el último minuto que no sucediera. Miles de personas marchando por Filadelfia, y no era solo la izquierda, eran sobre todo los italianos. Recuerdo que caminaba junto a un italiano. Podía ver que estaba dolido, quería hablar con alguien. Me dijo: “¿*Capisci* italiano?” y yo le dije que no. Me dijo: “¡Una puta mierda!”

Un verano me fui unas semanas a los campos de antracita. Allí había gente del Partido y me alojé en la casa de uno de los mineros. Querían ver si podíamos conseguir que algunos jóvenes entraran en las Juventudes Comunistas y, mientras tanto, para salir del paso, me dieron suscripciones al *Daily Worker*. Había un minero lituano al que Steve Nelson conocía bastante bien. Me alojé en su casa y me dio una lista de nombres de mineros simpatizantes que tal vez podrían suscribirse. De hecho, lo conseguí. Incluso obtuve una placa de Lenin como resultado de las muchas suscripciones que conseguí, así que tenía un poco de dinero para ir de un pueblo a otro. Pasé unas cinco o seis semanas en los campos de antracita.

JB: ¿Conocías a Steve, entonces?

EB: Lo conocí más tarde, probablemente en 1925-26.

JB: ¿Puedo hacerte una pregunta? Cuando decimos Steve Nelson, qué nombre tan norteamericano, estamos hablando de un tipo de Yugoslavia llamado Stjepan

Mesaros. Se cambió el nombre en Estados Unidos y en el Partido. ¿Cómo se transformó tu nombre, es decir, cómo te llamabas entonces? ¿Cambiate de nombre en algún momento?

EB: Mi tío me lo cambió. En realidad, no lo cambió, era Bendersky, así que cuando llegó a los Estados Unidos cortó el -sky, lo convirtió en Bender. Así que este siguió siendo mi nombre y nunca lo cambié, nunca usé otro nombre.

JB: Es un tema interesante, se te puede imaginar con varios...

EB: Porque la mayoría de la gente los cambió. Todos mis amigos tenían nombres diferentes.

JB: Cambiaron de nombre muchas veces.

EB: Sí, muchos de mis amigos lo cambiaron dos veces, pero yo conservé el nombre y lo usé en todo momento, así que en lo que respecta al *FBI*, no me conocen por ningún otro nombre.

JB: En ese momento, ¿seguías en la Liga de Juventudes Comunistas o eras miembro de pleno derecho del Partido Comunista?

EB: Me uní a las Juventudes Comunistas en 1925. En 1927 estaba tanto en el Partido como en las Juventudes Comunistas. En 1928 solo estaba en el Partido.

JB: Cuando hablas de los sueños de Lenin, digamos, para ti y tus amigos, hay algunas cosas que me gustaría saber. Eres un poco mayor que algunos de los otros a los que estoy entrevistando, así que la mayoría de la gente con la que he hablado entró en el Partido unos años después. Y pocas de las personas con las que he hablado han tenido toda tu experiencia —por haber nacido en Europa— de primera mano de la Revolución, ingreso en el Partido un poco antes, etc. En ese período, a finales de los años 20, ¿cómo describirías tus ambiciones políticas? ¿Preveías una revolución? ¿Suponías que lo que había sucedido en Rusia se iba a producir aquí? ¿Cuándo debatíais en las Juventudes Comunistas, se hablaba tranquilamente de revolución?

EB: Bueno, hablaban de la posibilidad. Pensábamos que la veríamos en nuestra vida. Diría que en cierto modo éramos ingenuos, no entendíamos todas las implicaciones. Pensábamos que entendíamos la evolución; aquí había una sociedad industrial que estaba madura. Si podía ocurrir en Rusia, teníamos todos los requisitos para que ocurriera aquí. Hicimos muchos estudios teóricos y, por supuesto, no fuimos tan tontos como para pensar que estaba a la vuelta de la esquina, mañana mismo. El movimiento era pequeño, pero estaba creciendo, y teníamos el fuego en nosotros, ¡permíteme decirlo así! Conocíamos la teoría y pensábamos que el proceso sería rápido en Estados Unidos.

JB: Y efectivamente, en un año hubo una terrible depresión.

EB: Así es. En 1929 perdí mi empleo en Filadelfia. No tenía trabajo, montamos algunas manifestaciones y empezamos a organizar los Consejos de Desempleados. Nos activamos en los Consejos y desde ahí decidieron enviarme a Baltimore, justo antes de lo que llamaron el Día Internacional del Desempleo, el 6 de marzo. En Baltimore, el Partido era pequeño, estaba bastante atrasado políticamente en comparación con Filadelfia, donde había un Partido y un movimiento mayores. Pero era una ciudad de clase trabajadora y, mira por dónde, unas 8.000 personas acudieron al Ayuntamiento para manifestarse en el Día del Desempleo, lo que era mucho para Baltimore. Había gente de uno de los Consejos de Desempleados dando discursos; con una persona en particular nos hicimos muy buenos amigos y también se fue a España. Se llamaba Carl Bradley. Era un trabajador del acero en *Bethlehem Steel*, en Sparrows Point. Fue despedido por su actividad política; estaba tratando de organizar un sindicato, así que en ese momento andaba más a su aire y era un gran orador, muy bueno, una persona contundente. Organizó el Consejo de Desempleados; no tenían sede, así que vinieron a la sede del Partido. Había una sala en la que se agolpaban unas cien personas, negros y blancos, y Baltimore, no lo olvidemos, seguía siendo una especie de ciudad sureña. Podías caminar por la calle con un negro, podías ir en un tranvía con un negro, pero no podías entrar en un restaurante con un negro. Había un organizador de las Juventudes Comunistas, un joven negro, al que dije que fuéramos a comer. Me dijo que no podía ir conmigo, ¡que teníamos que ir a un barrio negro!

JB: A pocos kilómetros de la capital del país.

EB: Así que comenzamos el Movimiento de Desempleados. Debido a las condiciones en que se encontraban, la gente iba a venir. Hubo una reacción instantánea.

JB: ¿Quiere decir que los Consejos de Desempleados significaban casi lo mismo que el Partido Comunista?

EB: Yo diría que sí, en Baltimore. Porque nosotros los organizamos. Como no teníamos otro destino a donde ir desde allí, a finales de la primavera de 1930, después de la gran manifestación de marzo, decidimos hacer una marcha del hambre a la capital del Estado, Annapolis. Y éramos blancos y negros. Baltimore no estaba segregada en el sentido de que blancos y negros podían viajar en el mismo tranvía, pero fuera de la ciudad, en el Estado de Maryland, había segregación.

JB: Era un estado del sur.

EB: Uno de nuestros abogados, que estaba en la *International Labor Defense*, fue detenido porque yendo a Annapolis decidió sentarse cerca de un hombre negro

en un autobús. Fue juzgado. Más tarde también se fue a España. Así que ahí estábamos con gente blanca y negra, y nos dirigimos a Annapolis, llegamos al Parlamento del Estado, teníamos una delegación electa para hacer de portavoces. Yo estaba entre ellos, y Carl Bradley y luego Leonard Patterson, el negro. Creo que había uno más, uno o dos más. Llegamos allí y no estábamos seguros. Ahí fueron los líderes del Parlamento a recibirnos: “¿Qué quieren?” “Queremos dirigirnos a la cámara parlamentaria en audiencia conjunta”.

JB: ¿Eso es todo?

EB: “Eso es todo”. Conseguimos la audiencia conjunta. Qué tiempos aquellos, había que vivirlos para saber que lo imposible era posible. Entonces se acercaron: “Ahora, ¿quién de ustedes va a hablar?” Bueno, nuestra delegación antes de venir había designado a Leonard Patterson, el negro. Ningún negro había hablado antes en el Parlamento, así que empezaron a negociar con nosotros, dijeron que debía hablar otra persona. Respondimos que no, que esa es la decisión del grupo. Bueno, y habló en el Parlamento. Era un buen orador, dio un buen discurso. Hubo una delegación más pequeña que fue a ver al gobernador Ritchie, que tenía ambiciones de ser candidato a presidente. Fuimos con nuestras demandas. Mientras estábamos en casa del gobernador Ritchie se supo que habían empezado a detener a las personas que nos acompañaban en la marcha, así que planteamos que no nos iríamos de Annapolis hasta que sacaran a estas personas de la cárcel. Y él dijo: “Bueno, es la policía de Annapolis, no tengo nada que decir al respecto”. “No importa, usted es el Gobernador”. Efectivamente, liberaron a toda esa gente. Y se alcanzó un acuerdo para algún tipo de ayuda, ayuda a los hogares, nada realmente grande, pero los periódicos lo cubrieron a fondo.

JB: ¿Cuántas personas hubo en esa marcha?

EB: Doscientas personas vinieron con nosotros. Conseguimos doscientas personas y...

JB: Y consiguieron una audiencia.

EB: Y conseguimos una audiencia en el Parlamento, conseguimos que nuestro portavoz, un tipo negro, hablara en el Parlamento de Maryland. Fue una gran experiencia. Pasamos alrededor de un año en Baltimore, y luego me llamaron de nuevo. Fui a Reading, Pensilvania, donde me asignaron por un período de tiempo. No sé si has oído hablar de la *International Labor Defense*, antes la mencioné.

JB: Sí.

EB: Una organización que tenía un grupo de abogados alrededor. Es algo así como el..., bueno, no era como el Gremio Nacional de Abogados porque el Gremio Nacional de Abogados está compuesto solo por abogados. Esta era una or-

ganización de masas, de personas que recaudaban dinero para pagar abogados defensores. Huelguistas, gente detenida en manifestaciones, lo que sea. A principios de 1931, la persona que estaba a cargo tuvo que irse y me pidieron que me encargara. Bueno, durante ese período tuvimos una experiencia, la campaña en torno a los *Scottsboro Boys* [nueve adolescentes afroamericanos acusados de violar a dos mujeres blancas en Alabama en 1931], pero también hubo huelgas y hubo detenciones en reuniones al aire libre. Teníamos un grupo de abogados que eran muy buenos, trabajaban por muy poco dinero.

JB: Qué remedio.

EB: Y estaban muy comprometidos. Durante ese período ocurrió un incidente en Filadelfia con un chico joven, creo que tenía catorce años, de nombre Willie Brown. Todavía me acuerdo de Willie Brown. Fue detenido. ¿La historia de por qué fue detenido? Por un niño blanco de ocho años que fue violado y asesinado en algún lugar de esa zona de Filadelfia y estaban buscando a alguien. La ciudad estaba alborotada, entonces no había asesinatos diarios como hoy. La policía estaba tratando de encontrar a alguien que viviera en esa zona, eligieron a un niño negro... fácilmente convertido en sospechoso. Lo detuvieron, así que cuando nos enteramos, enviamos a nuestro abogado para que indagara y, tras la investigación, dijo que no había caso contra este chico, que simplemente lo habían elegido porque un chico negro es siempre un buen sospechoso, así que decidimos llevar el caso y la familia aceptó. Empezamos a plantear preguntas sobre los informes policiales porque no coincidían. En ese momento escribí un panfleto en el que acusaba al Superintendente Adjunto de Policía que estaba a cargo del caso, acusándolo de...

JB: ¿Alterar las pruebas?

EB:Cuál es la palabra...

JB: ¿Perjurio?

EB: No es perjurio, es una trampa para que pareciera culpable. Le estaban tendiendo una trampa. Lo explicamos en un folleto del que imprimimos varios miles y lo distribuimos en la zona. Bueno, un día estaba en mi oficina y entran dos detectives enormes y dicen: "Está usted detenido". ¿Por qué? Sedición. Por acusar a la policía, atacar a la policía. Me detuvieron, informaron a los abogados y me sacaron bajo fianza. El caso se prolongó durante un tiempo y no pudieron llevarlo a juicio nunca. Sin embargo, empezaron con el rollo del anti-comunismo, así que decidimos que sería bueno estar cerca de la *NAACP* [*National Association for the Advancement of Colored People* —Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color]. Y ellos, en ese momento, no querían ser asociados con el *International Labor Defense*. Sin embargo, eran simpatizantes, así que dijimos que nuestro abogado entregaría las pruebas al suyo y trabajaría con él, y que se quedaban con el caso. Estuvieron de

acuerdo; el nombre de su abogado, según recuerdo, era Raymond Pace Alexander. Más tarde se convirtió en juez. Tomó el caso, ese chico fue liberado o fue absuelto, ni siquiera hubo juicio, así que fue una buena experiencia.

JB: Pero también te recuerda que ser comunista, o estar identificado con los comunistas, no siempre funciona. Es decir, estás haciendo un buen trabajo, pero en este caso tuviste que pasárselo a la *NAACP*, y la policía se te echaba encima...

EB: Bajo ciertas circunstancias, pero también estuvimos involucrados en el caso de Scottsboro. Fue en esa época cuando conocí a mi futura esposa. Llegó con algo de dinero que recolectó para pagar la defensa de un caso, una importante cantidad en ese momento, como setenta y cinco dólares.

JB: Sabías que era una buena activista.

EB: Solía ir a la Academia de Música todos los sábados, le encantaba la música, iba temprano para hacer cola y conseguir una entrada barata bien ubicada. Iba acompañada de algunos amigos a los que les decía, guardadme el sitio, y se paseaba entre esa gente para recolectar dinero. Era muy extrovertida en ese sentido.

JB: ¡Si ves una multitud, la usas!

EB: Entró con ese dinero y naturalmente la invité a unirse a la organización, a participar activamente en ella. Era muy diligente. Iba a una iglesia y hablaba sobre el caso Scottsboro. Para ella no era nada del otro mundo aceptar el caso de Willie Brown.

JB: Ya veo. Definitivamente era parte del programa.

EB: Sí, y así es como comenzó nuestro romance. De este modo, en torno al 32, tal vez seis meses después, nos casamos.

JB: ¡Otra vez, *mazel tov!*

EB: Bueno, después de que me liberaran de ese puesto me asignaron la secretaría del Partido Comunista en Filadelfia. Y me quedé ahí hasta que dejé Filadelfia.

JB: ¿Cuándo dejaste Filadelfia?

EB: En 1935.

JB: Ahora dime, en este punto ya llevas en los Estados Unidos unos quince años. Durante los primeros quince años de tu vida ser judío fue una marca muy importante, imposible de olvidar. ¿Y en el Nuevo Mundo? Vas a Baltimore, o vas a los campos de antracita en Pensilvania, probablemente no había muchos judíos.

EB: Leía el *Daily Worker* y seguía leyendo el *Freiheit*. Me interesaba lo que ocurría en el movimiento judío. Pero en las Juventudes Comunistas y en el Partido Comunista nos importaba lo que ocurría en Estados Unidos, sin distinción. Y después de haber estudiado a Marx y Engels, me despojé de los sentimientos nacionalistas; sabía que era judío, pero no miraba a los demás con ningún tipo de sospecha. Conocí a muchos de los camaradas no judíos en Filadelfia... Durante un tiempo estuve en el muelle cuando estaban organizando el Sindicato Industrial de Trabajadores de la Marina y conocí a un montón de marineros y, ya sabes, estaba muy abierto a esta cultura de la clase obrera en Estados Unidos. Así que llegó una especie de... ¿cómo lo llamarías? Un sentimiento de universalidad. Éramos judíos cuando leíamos la Torá: éramos el pueblo elegido. Recuerdo el hebreo. Pero me deshice de eso, dije que no, no somos los elegidos. No somos mejores que nadie, pero no somos peores que nadie. Ese era mi sentir, así que no quería que mi judaísmo, por así decirlo, me definiera.

JB: ¿Tuviste ocasión de usar el yiddish? ¿Alguna vez se cruzó con tu actividad política?

EB: Con mi familia, hablaba con mi madre y mi padre, pero más allá de este círculo solo ocasionalmente. A veces iba a conciertos en yiddish, al teatro en yiddish, a veces. Pero no lo usaba en mi vida diaria, usaba el inglés.

JB: Adelantándome un poco, vi en una de las bibliotecas donde he hecho algunos de mis trabajos una revista que parecía estar asociada al Partido Comunista llamada *Jewish Life*. Puede que fuera en 1938. ¿Sentiste en algún momento que era razonable hacer un llamamiento especial a los judíos?

EB: Sí, en ese momento el Partido estaba tratando de atraer a los negros y a los irlandeses, pero el movimiento judío era grande. Era el grupo más grande dentro del Partido, tenía una influencia impresionante en lo que hacía el Partido. Mientras tanto, el Partido trató de, ¿cómo lo llamaron?, “americanizarse”, instando a otras personas a ocupar posiciones de liderazgo, lo cual fue acertado. A la vez, en el Partido había una gran comunidad judía y judíos trabajadores militantes. Muchos sindicatos, especialmente en los oficios textiles, estaban compuestos principalmente por judíos. También por entonces hubo algunos problemas. El aumento del antisemitismo, con el padre Coughlin y todos los demás, nos hizo ver que esto seguía siendo un problema para nosotros, que seguíamos siendo judíos.

Pero mi trabajo específico fue con el Partido en su conjunto, como coordinador. Cuando llegué a Nueva York me pusieron a cargo del distrito de Queens, pero eso fue solo por un tiempo muy corto. Un año después me fui a España. Participé en todas las actividades, incluidas algunas de ellas judías cuando formaban parte de nuestro trabajo en el Partido. Pero diría que no formé parte específi-

camente de un movimiento judío, o de una organización judía que estuviera conectada con *Jewish life* o la *International Workers Order (IWO)*, una organización fraternal judía vinculada al Partido.

JB: Sí, existían, pero no eran tu historia.

EB: Mi campo de actividad era en realidad la organización para el propio Partido. Por supuesto, uno sabía qué tenía que trabajar con varias organizaciones.

JB: La mujer con la que te casaste, ¿era judía?

EB: Sí. Ella hablaba yiddish mejor que yo. Toda su familia era yiddish. De hecho, su hermana, que murió más tarde, estaba involucrada en la comunidad judía de Filadelfia, en el movimiento judío; en el movimiento del Holocausto y todo eso.

JB: Juntos, ¿celebrabais las fiestas?

EB: De hecho, no éramos religiosos, pero la Pascua era un día de celebración. Invitábamos a nuestros amigos, no un *Séder* tradicional, pero venía un grupo de amigos, tal vez diez, doce, judíos y no judíos, y hacíamos el *Séder* y hablábamos sobre su significado.

JB: Mi familia hacía lo mismo.

EB: Leíamos la *Hagadá*, pero luego hablábamos de ella. En ese sentido, sabes, no mostrábamos nuestra judeidad, nuestras actividades eran muy compartidas.

JB: ¿Teníais hijos?

EB: Tengo una hija. Ahora vive en Oakland.

JB: ¿Cuándo nació?

EB: Nació en 1940.

JB: Después de España.

EB: Sí, justo después de España.

JB: Tengo curiosidad por la transición, de lo que parece una participación en asuntos intensamente locales a un movimiento internacional. Gran parte de tu actividad hasta este momento parece local: los Consejos de Desempleados en Baltimore, la justicia racial en Filadelfia...

EB: Y cuestiones políticas, las elecciones, ya sabes, lo que ocurría en el país. Por ejemplo, más tarde fui el coordinador del condado en Brooklyn cuando Pete Cacchione se presentó para el Consejo Municipal en 1941. Fue elegido. En 1943, cuando el coordinador del condado de Manhattan fue reclutado por el ejército,

me trasladaron de Brooklyn a Manhattan. Estuve en la campaña de Benjamin Davis Jr., el concejal comunista negro de Harlem. Estuve activo en su campaña todo el tiempo como coordinador del condado, tenía que movilizar al Partido. Es decir, no salía de mi ámbito...

JB: Cacchione y Davis, esas eran todavía elecciones locales. Supongo que lo que estoy pensando es que una de las razones por las que hoy estamos hablando es que dejaste la acción política local cuando fuiste a España. Dijiste que Bill [Sennett] era un coordinador allí, tengo curiosidad por la irrupción del ámbito internacional.

EB: Bueno, lo internacional... por supuesto, éramos internacionalistas. Así que cuando estalló la Guerra Civil española todos la observábamos con atención. Hitler ya estaba en el poder y Hitler y Mussolini estaban ayudando a los fascistas españoles mientras el Movimiento Internacional organizaba voluntarios. Empezaron en Europa, por supuesto. El Partido, naturalmente, decidió que nos organizáramos, que tratáramos de conseguir voluntarios de los Estados Unidos, porque teníamos la no...

JB: No-agresión, no-alineados...

EB: Una política de no alineamiento... Una de las disposiciones que tomó el Gobierno fue no permitir que nadie fuera a España, por lo que invalidaron los viajes a ese país. Tuvimos que organizarnos en estas circunstancias. El Partido nacional tenía una persona a cargo, ahora está muerta, así que se puede mencionar su nombre: A.W. Mills. Y nos conocía a mí y a otra persona de Filadelfia, así que se dirigió a su comité del Estado de Nueva York para que nos liberaran a los dos para trabajar con él. Teníamos este comité para ayudar a gestionar a los voluntarios. No fuimos reclutando gente, no se le pidió a nadie que fuera, quiero decir que nadie dijo tienes que ir. Pedíamos voluntarios, pero por supuesto hubo respuesta. Ahora bien, teníamos que comprobar quiénes podían viajar. No aceptábamos a nadie menor de edad, por problemas con las familias y todo eso.

JB: ¿Cuál era la edad, la edad mínima? ¿Qué considerabais...?

EB: Bueno, menos de dieciocho años. Por debajo de los dieciocho años teníamos problemas para aceptarlo sin la aprobación de la familia, pero cuando uno tenía dieciocho años, ya sabía lo suficiente. Así que esta gente venía, hablábamos con ellos, averiguábamos quiénes eran, qué hacían. Teníamos a un hombre con nosotros que estuvo en la Primera Guerra Mundial, un sargento de la Primera Guerra Mundial, y lo contaba tal cual: "No van a un picnic, no crean que van a una aventura". De hecho, les metía mucho miedo, les hablaba de las mochilas que tendrían que llevar, de una vida llena de barro. Hacíamos eso y luego teníamos que asegurarnos de que cuando salieran, cada grupo tuviera un líder, que tuvieran

pasaportes y billetes. Teníamos para ello una organización grande. Teníamos una agencia de viajes con la que tratábamos. Cuando llegaban de fuera de la ciudad, los alojábamos y también nos asegurábamos de que hubiera gente a cargo de todo.

El primer grupo partió el 26 de diciembre de 1936 y tratamos de ir a despedirlos para asegurarnos de que todo iba bien. Entonces empezamos a recibir todas esas noticias de las grandes batallas del Jarama, febrero de 1937, las bajas, y seguía yendo más gente. Así que, por aquel entonces, con mis dos amigos de trabajo, nos ofrecimos como voluntarios. Uno de los chicos, Bill Lawrence, dijo: “Bueno, vemos a todos estos tipos que se van, que se nos escapan de las manos, por así decirlo, y sentimos que deberíamos estar allí”. Y, por supuesto, había un poco de des... no un poco, muchísimo desorden en la propia España. Así que había mucho descontento y la gente nos respondía, ya sabes, yo tenía esto organizado mejor aquí y todo eso. Así que decidimos que, como ya teníamos algo de experiencia, y éramos los organizadores del Partido...

JB: Y vosotros erais maduros.

EB: Gente madura. Yo ya tenía treinta años y Bill era un año y medio mayor que yo, así que nos fuimos para allá. Había otras personas asignadas: Steve Nelson fue asignado para ir al propio batallón; Harry Haywood fue con nosotros, estaba asignado a la brigada, también como comisario; y David Mates y también Markowicz, que se suponía que iba a hacerse cargo del nuevo batallón que podría formarse, el Batallón Washington. Así que los cinco fuimos juntos a principios de marzo. Y, por supuesto, fuimos a París, fuimos a los Pirineos, lo normal. A mí me asignaron lo que se llamaba el cuadro de servicio, que era el personal, así que tenía que controlar a toda esa gente que nos llegaba y asignarla donde se necesitaba... Si necesitabas camioneros, sabías quién era camionero; si necesitabas un mecánico de coches, sabías quién era mecánico de coches; si necesitabas a alguien que supiera idiomas, necesitabas un traductor; lo sabías, y sabías que se asignaría gente, pero la mayoría la enviabas al batallón. Y había un grupo que estaba asignado a la artillería, estaba la intendencia...

JB: ¿Cuánto tiempo estuviste en España?

EB: Hasta finales de 1937. Luego me avisaron de que debía volver. Para entonces no tenía ganas de volver. Quería entrar en un batallón español.

JB: Dime, teniendo en cuenta lo que sabías sobre el Padre Coughlin en Estados Unidos y la política judía de Hitler —si no su Solución Final— que habría estado clara en 1936, y tu propia experiencia anterior con Petliura en Ucrania, ¿el hecho de ser judío en esa atmósfera influyó en tu decisión de ir a España?

EB: Seré muy franco al respecto. Para mí el fascismo significaba la degradación no solo de los judíos, sino de todos, incluidos los judíos. Y no me distinguía solo por

el hecho de ser judío porque era también una realidad para los sindicalistas, para los socialistas, para los comunistas, una realidad para los católicos, incluso. Siendo judío, por supuesto, era consciente del antisemitismo. Pero sentí que iba como antifascista, por un sentimiento global de lucha contra este mal que oprime a los judíos, pero también a todos los demás. Como judío no me siento especialmente señalado por ello.

JB: Entiendo que no podemos entrar en todos los detalles de tu vida después de España por mucho que me gustara porque creo que posees una vida como pocas personas, en la forma en que hablas de ella, en el cuidado que prestas a los detalles, a la cronología, a los acontecimientos particulares. Tengo curiosidad por conocer tu vida como activista, como comunista, como hombre después de España. Has dicho que estuviste activo, por ejemplo, en campañas políticas en Brooklyn y en Manhattan en los años 40. Así que cuando volviste de España, ¿trabajaste en Nueva York?

EB: Sí, y me fui a la segunda Guerra Mundial.

JB: ¡Oh!

EB: Fui reclutado.

JB: ¿Qué pasó? ¿dónde fuiste?

EB: Me reclutaron tarde por mi edad. Fui reclutado... me uní al ejército en marzo de 1944. Mi hija ya había nacido, nació en septiembre de 1940, así que tenía tres años. Fui reclutado y no traté de buscar ninguna razón para librarme de ello, sentí que era una oportunidad para enfrentarme al fascismo. Estuve en los Estados Unidos hasta aproximadamente diciembre en el entrenamiento básico y tuve experiencias interesantes. Para entonces había un poco de cambio en la actitud hacia los excombatientes de la Guerra Civil Española. Me llamaron de Inteligencia y me interrogaron sobre ciertas cuestiones, pero nunca cuestionaron mi lealtad, porque los desafié. Un comandante de Inteligencia me llamó un día. Recibió un cuestionario de Washington y quería que le dijera algo al respecto. Entre otras cosas me decía: “¿sabes que fuiste elegido miembro del Comité Estatal Comunista de la Asociación Política Comunista?” Y yo le dije que no, que no lo sabía, que nunca me habían informado. Me dijo: “¡pues lo fuiste!”

“Ok”, me respondió. Luego me preguntó sobre los discursos que había pronunciado en algún lugar, así que le dije: “¿Estás cuestionando mi lealtad?” Dijo: “no, no, eres un buen soldado”, pero añadió: “Tengo que hacer estas preguntas y tengo que mandarles un informe”. Al final, el oficial al mando de mi compañía me pidió que me encargara de los cursos de orientación. Me pidió que hablara sobre España a la compañía, y hablé de la experiencia española y de la Guerra Civil, de lo que significaba, y del papel de Alemania

e Italia, contra quienes estábamos luchando ahora. Me causó una gran impresión, porque a partir de ese momento no tuve ningún problema con ninguno de los hombres de mi compañía. De hecho, la mayoría de las veces me preguntaban, ya sabes: “Qué tal si nos reunimos y nos cuentas qué está pasando en la guerra”. Cuando estaba en el extranjero, todas las noches después de la comida me decían: “sargento, por qué no nos juntamos y nos das una visión general de lo que está sucediendo en la guerra”.

JB: Pero, con todo, tenías un punto de vista, ¿no?

EB: Ellos no sabían que yo era comunista, nunca dije que era comunista, aunque mi sargento primero lo sabía, pero nunca lo difundió. Y, de hecho, venía a mí y me preguntaba, ya sabes: “vamos a ir al extranjero. ¿Crees que estamos preparados para ello?”

JB: Eras un experto, en cierto modo.

EB: Cuando la guerra terminó en Europa, yo estaba en Alemania. Mi equipo se disolvió y mucha gente fue enviada a casa porque tenían suficientes asuntos pendientes para volver, habían estado en el Ejército durante mucho tiempo. Yo todavía era nuevo, así que me destinaron al Lejano Oriente. Salimos de Alemania a finales de mayo, llegamos a Marsella y esperamos durante junio y julio a que nos dieran órdenes. La compañía se disolvió y se nos asignó a un nuevo equipo, y lo cuento por una experiencia interesante. El nuevo oficial al mando estaba entrevistando a antiguos y nuevos compañeros, cuando llegó mi turno, me dice: “quiero saber qué hiciste”. Empecé a contarle lo que hice en el ejército, y me dijo: “no me interesa eso, esa guerra ya pasó, ¿Qué haces en la vida civil?” Mi ficha aún no estaba por ahí, pero sabía que la iba a conseguir. Le dije que era un enlace sindical. Dijo: “bueno, ¿exactamente qué organizaste?” Le dije que era coordinador del Partido Comunista. “¿Partido Comunista?”, dijo: “Bueno, tú eres el tipo que necesito, así que ayúdame”. Era sureño. Dijo: “mi sargento primero acaba de ser enviado a casa y todos mis papeles administrativos están desordenados. Podrías ponerles orden”. Me puso a cargo de eso.

JB: Él sabía que tenías habilidades de organización.

EB: Así que esta fue mi experiencia.

JB: ¡Extraordinario!

EB: Por supuesto, para ese momento, en agosto, la Guerra del Pacífico había terminado, así que volvimos a casa. Pero tuve esta experiencia de dieciocho meses en el Ejército de los Estados Unidos.

JB: ¿Te encontraste con cierto antisemitismo en el ejército estadounidense?

EB: Me encontré con un caso. Esto fue en el entrenamiento básico. Como me llevaba bien con la gente, ya sabes, estaba un poco molesto con algunos de mis amigos judíos, más bien no amigos: eran tipos de clase media que de la peor manera querían salir del Ejército. Le hacían la pelota al sargento, le llevaban whisky y todo eso, se hacían los enfermos cada dos semanas, y algunos de los chicos se daban cuenta de eso. Yo nunca dije que era judío. Mi nombre no es particularmente judío, de hecho, un tipo pensó que yo era... me llamó "irlandés". Era italiano: me dijo: "¿Eres irlandés?" Le dije que no. Así que le dije, mira, soy judío. "Bueno, debes de ser un judío blanco". Así es como me hablaban. Me llevé bastante bien con todos. Uno de ellos era un irlandés, muy antibritánico y pro-franquista, como el padre Coughlin. Y cuando me oían hablar de España sabían cuál era mi postura. En el barco debatíamos todo tipo de cuestiones políticas y tenía un grupo de compañeros de mi lado, apoyándome. El irlandés no era violento, me respetaba, pero decía: "No creo que tengas razón", y todo eso. Muchos de ellos sabían que yo había estado en España, pero no les molestaba.

JB: ¿Cuánto tiempo permaneciste en el Partido?

EB: Dejé el Partido en 1957. Lo dejé no por la cuestión de lo que pasó en la Unión Soviética. Eso tuvo un impacto tremendo en el Partido Comunista en los Estados Unidos. La revelación de Jruschev sobre Stalin. No me fui en ese momento. Admiraba a la Unión Soviética y pensé que tal vez se enderezarían las cosas. Pero aquí, en EE. UU., había necesidad de democratizar. Se supone que había lo que llamaban "centralismo democrático", pero todo es centralismo y la democracia no existe. Y si alguien no está de acuerdo con la política, o tiene una opinión diferente, se le expulsa. Debería haber espacio para la discusión y la diferencia de opiniones. Durante un tiempo pareció que se podía hacer algo al respecto, pero cuando se celebró la convención los de la línea dura tenían el control; los llamados centristas, que querían algún cambio, no tenían suficiente fuerza y se disolvieron. Sentí que no podía seguir en la organización tal y como estaba. No dimití oficialmente, no hice ninguna declaración, simplemente me fui. Sentí que esta no era la forma en que el Partido Comunista debía funcionar, no de la misma manera que cuando Lenin formó el pequeño grupo ilegal en la Rusia zarista. Esto no era Rusia. Sí era el período de McCarthy, pero todavía podíamos publicar el *Daily Worker*, así que aún no veía el fascismo. Cuando fueron a por la cúpula directiva, me negué a pasar a la clandestinidad. No tenemos nada que ocultar con lo que hacemos. Luego me marché, aunque participé en alguna de las movilizaciones de masas, las marchas por la paz en los años 60, y fui a Washington. Sentía que podía hacer todo esto fuera del Partido.

JB: Una cosa de la que tengo curiosidad. Tenías poco más de cincuenta años cuando dejaste el Partido Comunista, y durante muchos años, toda tu vida adulta, habías estado trabajando dentro del Partido. Ese era tu medio de vida, ¿no es así?

EB: Sí, excepto cuando trabajaba con los Consejos de Desempleo.

JB: Sí, pero ¿a qué te dedicaste después de dejar el Partido?

EB: Incluso cuando estaba activo en el Partido quería conseguir algún trabajo, así que una de las personas que conocía en el Partido y que casualmente tenía una fábrica me dio un trabajo. Estuve allí durante un tiempo hasta que cerró el negocio y luego utilicé la ayuda de los excombatientes para más formación. Quería entrar en el negocio del offset, así que conseguí un trabajo, tenía amigos en el sindicato. Era un taller abierto, de solo dos o tres personas. Por desgracia, se me desarrolló una alergia a los productos químicos, así que probé algunos otros trabajos. Mi mujer sí trabajaba, era administrativa.

JB: ¿Todavía vivíais en Nueva York?

EB: Sí, vivíamos en Queens, y un amigo mío me dijo: “te enseñaré a ser estilista, ya sabes, a hacer limpieza en seco”.

JB: Más productos químicos.

EB: Dije: “mira, me arriesgaré”. Quiero decir, mi hija era una niña pequeña, yo tenía una familia. Así que me formé, conseguí un trabajo y trabajé en ello. Nos las arreglamos hasta que me retiré. Mi hija fue al *Queens College*, luego se fue a California y decidió que este era el lugar para vivir. Trabajaba durante el día y estudiaba derecho por la noche, así que cuando nos jubilamos decidimos mudarnos aquí. Mi mujer murió hace cinco años.

JB: Oh, lo siento...

EB: Ella era muy activa con la *VALB*, la asociación de excombatientes. Siempre se involucraba en las cenas.

JB: Sí, las famosas cenas, San Francisco es famoso...

EB: Sí, ella armó su propia clientela. Doscientas cincuenta personas a las que vendía entradas... vendía doscientas cincuenta entradas.

JB: Hay que imaginar lo que significa eso para una persona de Seattle.

EB: Conseguíamos mil personas, era muy persistente, una persona perfecta para la *VALB*.

JB: ¿Vives solo ahora?

EB: Vivo solo, sí. Es un poco traumático, pero...

JB: Ocurre cuando uno tiene una vida larga...

EB: Pero esa es la historia de mi vida.

**CONVERSACIÓN CON SANA GOLDBLATT (1915-2003):
SAN FRANCISCO, JUNIO DE 1993**

Joseph Butwin: ¿Cuáles son tus orígenes? ¿Naciste en Estados Unidos?

Sana Goldblatt: Sí.

JB: ¿Dónde?

SG: En Nueva York. Mis padres son de... Bueno, cuando vinieron eran austro-húngaros. Ya sabes que más tarde se transformó en Polonia. Mi padre vino cuando tenía cuatro o cinco años de edad, creció en el barrio y hablaba con acento irlandés. ¡Menudo cabronazo!

JB: ¿Tu padre?

SG: Oh, sí. Fue mi madre la que vino después. Tendría 19 ó 20 años, no sé. Trabajaba en fábricas de ropa en su país de origen. Estaba más alfabetizada, leía más; le interesaba el socialismo, formaba parte de su trasfondo familiar. A los 28 años de edad todavía era soltera. Aquí no tenía familia, había venido con su hermana, que murió joven. La *mishpoja* [en yiddish, conjunto de relaciones más cercanas] buscó y encontró a un solterón, mi padre; eran de la misma zona y se decidieron. Decía mi madre: “Dios mío, ¡me dieron tanta lata! Por fin accedí”. No se querían nada. La manera de pensar de mi padre era fascista, casi, hasta tal punto que, durante la Primera Guerra Mundial, que yo no recuerdo demasiado bien, la amenazó con hacer que la deportaran si no dejaba atrás la propaganda socialista.

JB: ¿Estaban casados?

SG: Oh, sí, se casaron y ella se quedó embarazada, ¡no sabía cómo!

JB: Creo que a veces se da por osmosis.

SG: Probablemente la violó, ella no sabía nada de nada. Tuvo a mi hermano primero, yo llegué al año siguiente y dos años después vino mi hermana. A esas alturas no tenía salida, no había otro sitio para ella. Su idea había sido que se casaba con él, se divorciaba y se largaba.

JB: Tiene gracia, la terminología que empleas —la señorita ya no tan joven—, llaman al *alter bikher* [en yiddish, viejo solterón]. Me parece una historia inventada sacada de un cuento yiddish en lugar de una realidad vivida. ¿Dónde se produjo tantísima felicidad?

SG: En Nueva York, el sureste de Manhattan.

JB: ¿Fue allí donde naciste?

SG: Sí.

JB: ¿En qué calle vivíais?

SG: En la calle Delancey.

JB: La descripción de tu madre me resulta un tanto familiar cuando enumeras sus intereses —el socialismo, la literatura, la lectura—. ¿Qué leía? ¿Leía en yiddish?

SG: Sí. Sabía leer algo en inglés, leía el periódico en inglés; leía libros en yiddish y el periódico en yiddish y en inglés.

JB: ¿Qué tipo de cosas recuerdas? ¿Te leía? ¿Creciste hablando yiddish?

SG: Mi padre no lo permitía. Mi padre no sabía yiddish porque era muy pequeño cuando vino. A mí me resultaba familiar porque en el barrio todos lo hablaban y mi madre también, pero no lo usábamos nunca en casa.

JB: Es curioso, suele ser al revés, que solamente es una lengua doméstica y hay que hablar otra lengua en la calle. Sería que leía en yiddish pero no te lo leía a ti...

SG: Sé que leía *Der Tog* [El Día], que era el periódico conservador. Mi hermano, mi hermana y yo le decíamos que por qué todavía leía esa basura. Traíamos a casa *Die Freiheit* [La Libertad]. Y entonces comenzó a leerlo, pero al principio no le gustaba porque tenía menos cultura que *Der Tog*; este tenía cuentos y estaban bien escritos. Después se dio cuenta de que [*Die Freiheit*] tenía más información y eso le gustaba más.

JB: Si no hablabas en yiddish en casa se supone que no te educaste en una *shuleh* yiddish, o...

SG: Oh, sí, sin duda. Mi madre respetaba mucho la educación y todo comenzó cuando mi hermano estudió en el *Jéder* [escuela primaria de la sinagoga], donde se preparó para el *Bar Mitzvah*. A las chicas nos enviaron a la escuela hebrea de primaria del sur de Manhattan, y de ahí pasé al colegio hebreo de segunda enseñanza. Ya sabes, ibas a un colegio todo el día y por la tarde acudías al colegio hebreo. Oh, sí, tuvimos una buena formación, pero no fue una formación religiosa. Mi madre respetaba el kosher en casa, pero no era una fanática.

JB: ¿Cómo fue tu acercamiento a las ideas políticas? ¿Fue en casa, o sea, a través de tu madre, de la gente del barrio?

SG: Un poco en casa y con la gente que me rodeaba, porque nos trasladamos de Lower East Side a East New York.

JB: Ajá, a Brooklyn.

SG: Oh, sí. O te ibas al Bronx o a Brooklyn, nadie se quedaba.

JB: ¿Fue una mejora?

SG: Sí, sí. Ya no vivíamos en un piso sino en un chalet de dos familias. Yo tenía dieciséis años, había terminado ya el bachillerato y buscaba trabajo. No tenía la menor formación práctica; hice un bachillerato que debía prepararte para la Universidad, pero no había dinero.

JB: ¿Encontraste trabajo?

SG: En una fábrica, cinco dólares por semana. Y el trabajo duraba a lo mejor tres semanas, dos, un mes, según lo que se estaba produciendo e ibas de una fábrica a otra. Todo eso en lo que ahora es la zona de Soho.

JB: ¿Qué tipo de... era de costura?

SG: No, había de todo.

JB: Lo que tendríais en común sería...

SG: Que se pagaba mal.

JB: ¿Y los inicios políticos en East New York?

SG: No en *East New York*. Yo ya tenía catorce o quince años e iba a Union Square con otra gente que se interesaba, así que estábamos al cabo de la calle. Había manifestaciones, piquetes, de todo. Leíamos los periódicos. La situación era muy mala y buscábamos una salida, lo mismo que todo el mundo: a los quince o los dieciséis años de edad buscabas algo que mejorara tu situación. Estaba todo muy mal.

JB: En el momento en que ibas a Union Square, ¿eras militante?

SG: No en ese momento.

JB: ¿La *YCL*?

SG: No. Mi hermano estaba sindicalizado porque empezó a trabajar tan pronto como pudo para ayudar a la familia.

JB: ¿En qué sindicato estaba?

SG: No sé. Más adelante estaba en el de los electricistas, la radio, los mecánicos, pero en aquel entonces era una especie de... creo que actualmente sería de los camioneros —empaquetado y transporte—.

JB: ¿En algún momento te afiliaste?

SG: No, deja que me lo piense. A los dieciocho años estaba ya harta de los trabajos miserables de cinco o seis dólares por semana, y tal. Y me quería ir de casa, no la soportaba. Llegué a la conclusión de que había una sola salida —me haría enfermera—. No tenía ni idea de lo que era, no había entrado nunca en un hospital, ni para que me extirparan las amígdalas. Sé que lo elegí porque iba a vivir fuera de casa.

JB: Y las mujeres podíais.

SG: Alrededor de los dieciocho años estaba en el hospital Beth Israel en el Lower East Side, calle 17 y Segunda Avenida.

JB: ¿Era un hospital-escuela?

SG: Sí, te afiliabas y vivías ahí durante tres años. Me saqué el título de enfermera y mientras estuve allí me hice de las Juventudes Comunistas.

JB: ¿Había allí otra gente que se había afiliado?

SG: Al propio Partido, sí. Como estudiante de enfermería veías las divisiones de clase del hospital, esto, aquello, lo otro; tenías que esperar para coger el ascensor: él iba primero, él iba segundo, él iba tercero. En las Juventudes Comunistas había trabajadores de limpieza del edificio, gente que trabajaba en la cocina, un par de estudiantes de enfermería, alguno más, proletariado. Los médicos y las enfermeras especializadas tenían su propia célula. Sabíamos que estaban ahí.

JB: ¿En qué año estamos?

SG: Si tenía dieciocho y nací en 1915, en 1933 ingresé en el hospital y salí en 1936.

JB: Siempre he pensado en esos hospitales-escuela como si fueran monasterios, o sea, una vida de clausura.

SG: Así era. Tenías que estar a las 9 de la noche los días laborales, y los fines de semana quizá a las 11.

JB: ¿Eso te complicaba tu vida de activista, además de tu horario de trabajo?

SG: Las reuniones del Partido se celebraban arriba, en la terraza del piso 13. Había mucha actividad del sindicato y yo estaba ahí; estaban prohibidas las reuniones en el edificio, pero conocí a una enferma que vivía cerca del hospital, en una de las casas de vecindad, y por suerte nos permitía reunirnos en su casa.

JB: ¿El sindicato estaba reconocido?

SG: Hoy sí; en aquel entonces no, pero crecía. Estaba en su infancia prácticamente, ¡el sindicato de las enfermeras! Lo único que recuerdo es que hacíamos algo, porque la directora de enfermería convocó una gran reunión y ¡dijo que iba a llamar al *FBI*! En este hospital pasan ciertas cosas y ella iba a llegar al fondo para expulsar a esas terroristas.

JB: ¿En tu formación de enfermera había algún tipo de especialización? ¿Cuál era el objetivo, qué tipo de enfermera querían formar?

SG: Generalizada, teníamos que prestar servicio en cada departamento. Había un pequeño servicio psiquiátrico. No permitían que las estudiantes de enfermería trabajaran en esa clínica; no era un departamento, era una clínica, un ambulatorio. Me enteré cuando fui a ver a la directora, que no era amiga mía; la odiaba entrañablemente y ella me odiaba, pero nos entendíamos muy bien. Le dije: “Me he enterado de que hay una clínica psiquiátrica y me gustaría trabajar en ella”. Yo era endiabladamente persistente. Por fin dijo: “Bueno. Ve a ver al psiquiatra, no me des la lata”.

JB: ¿Era la persona que llamó al *FBI*?

SG: Sí, era la jefa de Enfermería, ya lo creo. Fui y hablé con el psiquiatra y me preguntó por mi formación. Yo tenía algunas asignaturas de psiquiatría; a los diecisiete años de edad me había apuntado a unas asignaturas en *The New School for Social Research*. [Escuela superior fundada en 1919 por pensadores y sociólogos norteamericanos. En los años treinta acogió a numerosos antifascistas italianos y alemanes]. Por mi cuenta trabajaba de día y asistía a las clases nocturnas y me interesaba ese tema. El psiquiatra me informó de algunas cosas y dijo que sí. Nunca me reemplazaron, ¿entiendes lo que te quiero decir?

JB: Entonces era tu curiosidad singular la que te consiguió ese puesto.

SG: Porque entonces, cuando me saqué el título, había solicitado el ingreso en el *Menninger Institute* [uno de los primeros hospitales psiquiátricos de Estados Unidos] en Kansas. La solicitud llegó a la hijaputa de la directora y se negó a firmar. Me dijo: “Ha venido esto y no pienso firmar. Tu familia es pobre. Ponte a buscar trabajo, ya no necesitas formarte más. Además, puedes ir a *Bellevue*” [hospital psiquiátrico municipal de Nueva York]. Me lo pensé y me fui allí. Me formé en enfermería psiquiátrica en Bellevue.

JB: Te formaste sobre la marcha.

SG: Exacto. Ibas a clase durante dos horas. Es lo que hacían porque lo estaban reformando y tenían... Tenían muy mala fama.

JB: Se sabía que era un desastre.

SG: En ese momento lo estaban cambiando todo. Tenían nuevos profesores, nuevos métodos de enfermería, nuevos tratamientos; de modo que estaban formando nuevamente a toda la plantilla y yo entré en ese momento.

JB: Todo esto nos lleva al momento de la Guerra de España, verano de 1936. Tengo mucha curiosidad por el proceso que te llevó a España.

SG: Leías y sabías lo que estaba pasando. ¿Cómo se solicitaba? Había un anuncio en el *Daily Worker*, un local o un teléfono; fui y me entrevistaron.

JB: Eso en cuanto al procedimiento. ¿Y tú...?

SG: Verás, era un cuerpo legalizado, *The American Medical Bureau to Aid Spanish Democracy* [Asociación Americana de Auxilio Sanitario a la Democracia Española], se llamaba así y estaba legalizado. Íbamos y conseguíamos el pasaporte —no así los brigadistas, que no estaban legalizados—. No había problema, no teníamos que cruzar la montaña, entrábamos en tren.

JB: ¡Qué interesante! ¿Cuántas erais? ¿En qué momento pasaste por ese procedimiento? ¿Te acuerdas exactamente?

SG: Creo que fue hacia finales de marzo o comienzos de abril de 1937.

JB: Volviendo hacia atrás, te habías preparado para ir al *Messenger*, pero al irte a España te preguntarías como mínimo: ¿no pasabas miedo?

SG: Sabes, a los veintidós años de edad no tienes miedo. Yo ya había visto la vida, había visto la muerte. Tenías un cierto “rodaje”.

JB: Puede que fueras un poco menos inocente que algunos de los hombres con los que he conversado, porque habías pasado por un hospital urbano grande, además de Bellevue.

SG: Necesitaban plantilla sanitaria, eso es lo que había, estaba claro. Yo tenía una formación y podía aportar algo a un movimiento en el que creía. ¡Qué más puedo decir!

JB: Tiene gracia. Eso, lo que tú me dices, tiene algo más de sentido que las decisiones de algunos de los soldados. A veces miro a un tío y dan ganas de decir “¿Cómo llegaste a pensar...?”

SG: Ya lo sé.

JB: *Kleiner mensch* [en yiddish, 'hombrecito']. Tú, con un fusil en la mano, tú que jamás habías cogido un fusil...

SG: Que jamás había cogido un fusil, que no tenía ningún conocimiento, nada de...

JB: Un impacto. Mientras que tú verdaderamente sabías lo que ibas a hacer.

SG: ¡Exacto! Mi nieto, de catorce años, escribió un trabajo escolar. Un día cogió y me dijo: "Abuelita, háblame de España. Quiero hacer un trabajo". Estos chicos no están politizados, son de clase media y tal. ¡Vaya sorpresa que me llevé! Le ayudé. Me dijo: "Vendré y te haré preguntas", tenía un montón de ellas por escrito. Lo primero que me preguntó fue: "Abuelita, ¿por qué fuiste a luchar a España?" Le dije: "¡Un momento! Yo no me fui a luchar". Esa es la idea que tienen.

JB: Me interesa saber a dónde fuiste y una vez allí lo que hiciste. Dijiste que habías llegado en tren.

SG: Fuimos en barco. Tiene gracia porque íbamos en grupos; no podían enviar a una o dos personas, había que organizar un grupo. Creo que entré en el segundo. El primer grupo de sanitarios se había marchado antes, alrededor de Navidad. Yo estaba en el segundo, éramos unas catorce o quince personas: había una médica, dos enfermeros, un grupo de enfermeras, un técnico de laboratorio... No me acuerdo de todos.

JB: O sea, un equipo.

SG: Sí y no. Dependía de quién se apuntaba. Fuimos en barco a Francia y de ahí cogimos el tren a la frontera. En la frontera entramos en España en otro tren y conocimos a Barsky [el médico Edward Barsky, jefe de los sanitarios norteamericanos en España] y a alguna gente del grupo de Valencia. De Valencia fuimos en autobús al hospital base llamado Villa Paz.

JB: ¿Dónde está Villa Paz en relación con Madrid?

SG: A unos sesenta u ochenta kilómetros al sur. Había sido la casa de una infanta de España, un sitio muy bueno. Entonces habían empezado a mandar grupos de ahí a otras zonas, donde había más necesidad, donde había batalla. Iban al sur, al norte, ya sabes. Cuando había batalla un grupo iba a esa zona del frente. Una de ellas fue Teruel; podíamos hacer toda la cirugía importante allí mismo, cerca del campo de batalla y a continuación les enviábamos a la retaguardia para la rehabilitación y la recuperación.

JB: ¿Qué material teníais en un sitio como Teruel?

SG: Lo más sorprendente para mí en ese momento era un furgón grande. Era francés, una cosa impresionante. Tenía todo lo que se necesitaba para la cirugía. ¡Todo! Detrás había camiones con camas, colchones, sábanas, etc.; y más hacia atrás estaba el que hacía de furriel. Yo trabajaba con otra mujer que se hacía cargo de la cirugía, ella y yo lo llevábamos todo. Podías utilizar el furgón porque tenía su propio generador. Había una mesa grande en el centro para la cirugía, todo estaba empotrado, cada cosa tenía su sitio en las paredes —para hemostasis, para suturas, para vendajes, para instrumentos—. Por lo general no trabajábamos en el furgón. Cuando llegábamos a una ciudad que estaba cerca del frente lo que hacíamos era buscar una casa. Una de las que usamos era un establo —la casa estaba encima del establo— y se convirtió en el quirófano. Sacábamos la mesa y todo lo que necesitábamos; hasta las batas y las mascarillas. Ahí estaba todo, así que aparcabas el furgón y te ponías manos a la obra. A continuación, buscaban una casa para poner las camas y los colchones y los soportes para el suero.

JB: La única mujer que estuvo en España con la que he hablado, una mujer maravillosa llamada Celia Seborer... ¿la conocías?

SG: No, pero sé quién es, he leído sus escritos.

JB: Trabajaba con un médico canadiense, Norman Bethune; trabajaba con él en Madrid. Al principio no era enfermera, era una técnica de laboratorio y entonces, cuando terminó el proyecto de Bethune, bajó a Murcia. Y me dijo: “Me hice enfermera en una sola noche”. Además, su marido también estaba en España, en calidad de periodista.

SG: Alguien está escribiendo un artículo sobre el tema. Eran tantos los que escribían... Hace unas tres semanas pasó por aquí una mujer...

JB: Oh, Julia... La que está haciendo una película.

SG: Newman.

JB: Julia Newman. ¿Hablaste con ella?

SG: No le interesamos; le interesan los escritores que fueron. Le interesa Martha Gellhorn. [Corresponsal de la revista *Collier's* en Madrid; compañera y, más adelante, tercera esposa de Ernest Hemingway].

JB: Tus enfermos, ¿eran principalmente brigadistas? ¿Eran norteamericanos?

SG: Sí, pero no necesariamente.

JB: Estrictamente hablando, ¿eras brigadista? ¿Formabas parte de la Brigada Lincoln?

SG: Sí. Nos incorporaron a la Brigada Lincoln al poco tiempo. Estaba en una organización sanitaria, que es distinto, pero entonces decidieron que todos los que estaban en España...

JB: ¿Así que básicamente estabas asociada a los voluntarios norteamericanos?

SG: Sí. Otros estaban asociados el ejército español, según, ¿sabes? A los norteamericanos los mandaban a todas partes.

JB: ¿Viste pasar por el hospital a algunos de tus camaradas?

SG: Bueno, no conocía a muchos.

JB: Puede que no porque tu vida en Nueva York había sido...

SG: Fue diferente. Yo no era ese tipo de militante del Partido que vendía periódicos o estaba de funcionario, no.

JB: ¿Cuánto tiempo estuviste en España?

SG: Unos trece, catorce meses, algo así.

JB: Una estancia pesada.

SG: No, no estuvo mal. Pude haber estado más tiempo, pero esta es una de mis peculiaridades: puedo trabajar con enfermos durante un año más o menos y a partir de ahí estoy quemada. Recuerdo que le dije a Barsky en ese momento: "Mándame a la lavandería". Lo que fuera para sacarme de allí porque llega el momento en que tienes la sensación de que el mundo entero está enfermo, que no hay ser humano que esté bien. En todo caso, fue después de cruzar el Ebro. Y me dijo: "No puedo. Viniste como enfermera, tienes que trabajar como enfermera". "No quiero volver. Puedo trabajar, pero necesito un descanso. Puedo hacer otra cosa". Así que, finalmente, decidí volver. Además, tuve que custodiar a una enfermera inglesa que estaba embarazada. Se iba de Barcelona más o menos al mismo tiempo que yo. Me dijo [Barsky]: "Por favor, cuídala". Estaba muy embarazada. Tuvo el niño unas pocas semanas después de volver a Inglaterra.

JB: Por cierto, ¿fuiste a Inglaterra?

SG: No, estábamos encallados en el aeropuerto de Barcelona. Nos metieron en la cárcel.

JB: ¿De veras? ¿Por desertoras?

SG: ¡No! Teníamos el visto bueno de la Brigada para irnos. Teníamos nuestros papeles. Tenía gracia porque ella estaba casada con un brigadista alemán. En el aeropuerto recibieron una llamada telefónica en la que dieron la orden de detención, no sabíamos

por qué, ellos tampoco lo sabían. Les dijo el capitán o el general, quién sabe, que nos detuvieran. Resulta que el marido había conseguido un permiso para volver del frente y quería despedirse de ella antes de que se fuera a Inglaterra.

JB: ¿Cómo saliste de allí?

SG: Estaban a punto de fusilarme por espía. Es una historia tonta. Te digo que si no fuera por Hemingway y el otro corresponsal norteamericano... Creo que fueron tres los que se ocuparon de que saliera de la cárcel. El Partido no quiso mover un dedo.

JB: ¿Qué pasó? ¿Es una historia demasiado complicada?

SG: Hay que comprender que el país estaba en guerra. Yo traía un folleto, quizá dos folletos, que los alemanes —los nazis— repartían en el frente para que desertáramos. “No tenéis que vivir así. Nosotros os cuidaremos, etc., etc.”. Ya sabes, propaganda. Me la traía a casa.

JB: ¿Como recuerdo?

SG: No, era para el *Daily Worker*, para que hicieran un artículo, lo que estaba pasando en España y tal. En el aeropuerto nos llevaron a una cárcel de Barcelona. Nos metieron a mí y a Helen. Su marido se enteró, vino y la recogió. Yo me quedé porque nadie vino a buscarme. Cuando llamaron al Partido, el Partido dijo que me había ido.

JB: “No sabemos nada de ella”.

SG: Así fue. “No somos responsables, ¡No tiene importancia!” Fue entonces cuando se interesó Hemingway a través de un amigo —en realidad mi marido—. Fue y habló con Hemingway y con alguien más y ellos... Me habían trasladado ya de aquella cárcel a otra de espías.

JB: O sea, que se habían hecho con aquellos folletos.

SG: También encontraron... Había un libro con el que volvía. Había uno sobre el batallón franco-belga, o sea, el batallón de los belgas y los franceses. Vieron la palabra “Franco”. Y mi apellido es Goldblatt, que es alemán. Hicieron una conexión que era difícil de romper.

JB: Pero los periodistas lo consiguieron.

SG: Yo no sabía nada. En esta otra casa había unos cuatro espías: había una mujer, no sé de qué país, posiblemente francesa, pero se iba a la cama con todo el mundo; había un hombre que me habló en alemán; y había otra persona. Y ahí estaba yo. “¿Qué diablos hago aquí?” Pasé allí unos tres días. Estaba bien porque tenía una habitación

para mí y la comida era buena. ¡Ya era una espía internacional! Pero no lo sabía. Había venido mi marido, se enteró de mi paradero y consiguió el visto bueno del Gobierno. Hemingway tomó cartas en el asunto y me soltaron. Fui el día siguiente y Hemingway tenía montada una mesa redonda con soldados, columnistas, reporteros... la escena me dio risa, no me lo creía—. Y me dijo: “No sabes que estaban a punto de fusilarte”. Y ese fue el primer momento en que mi di cuenta de que había estado en peligro.

JB: O sea que no era simplemente una metedura de pata. Hace unos minutos mencionaste a tu marido, lo pasé por alto. ¿De quién se trata?

SG: Era soldado y salió herido. En aquel momento no estábamos casados, nos casamos más adelante.

JB: ¿Le conociste en España?

SG: Sí, fue uno de mis pacientes.

JB: Por cierto, ¿Goldblatt es tu apellido o era el apellido de él?

SG: Es el mío. Utilicé su apellido en una sola una ocasión.

JB: ¿En qué circunstancia?

SG: Te cuento. Yo trabajaba de enfermera en hospitales americanos, no como enfermera del ejército. El suyo es un apellido irlandés y entonces todo el mundo suponía que yo era irlandesa. Y jamás había oído tantas expresiones antisemitas, y se sentían libres porque yo no era judía, discutía con ellos. Si yo hubiera dicho que era judía no me habrían creído. Por eso me figuraba que era mejor no volver a utilizar el apellido de él, era como si anduviera disfrazada.

JB: Eso me interesa porque muchos de tus camaradas cambiaron de apellido y decían una y otra vez que “necesitaba un disfraz”. Uno de ellos me dijo que subió a un barco para organizar el sindicato; se hizo marinero, pero fue en calidad de comunista. O sea que consiguió un trabajo, pero no hubo nada de nada hasta que cambió el apellido y me dijo que a partir de ahí la vida fue fácil. Yo le escuché con extrañeza. No me queda claro que la vida cambie simplemente porque hayas cambiado de apellido. Entonces, tú te aferraste al tuyo.

SG: ¡Sí! Si no te caigo bien por judía, las cartas están sobre la mesa.

JB: Sí, sí, tiene sentido. Después del cacao de la cárcel de Barcelona, ¿pudiste recuperar tus papeles y...?

SG: Oh, sí, me devolvieron el pasaporte y el visado de salida y todo lo que necesitaba.

JB: Total, que España fue un acontecimiento fundamental en tu vida.

SG: Sí.

JB: Ya me figuro por qué, pero ¿puedes concretar...? Me han dicho tantas y tan variadas cosas acerca de su experiencia en España —catorce meses de agotamiento—.

SG: A veces sí, a veces no. Entre una batalla y otra había tranquilidad, no se hacía nada. Tuve que ir a Madrid porque hablé con la directora, la señora que era la encargada de Villa La Paz. Le dije que necesitábamos pasatiempos, aquellos hombres estaban ahí tumbados y no hacían nada. Me dijo que me fuera a Madrid, “ahí tienes una cantidad equis de pesetas”. Fui con una enfermera que hablaba español. Miré, compré una raqueta de tenis, un ping-pong, algunas otras cosas, ya sabes; no solamente para los profesionales sino para los trabajadores, que necesitaban recreo. No teníamos... ¿cómo se llama, la *USO*? [*United Service Organization*. Una ONG norteamericana fundada durante la segunda Guerra Mundial que suministraba recreo y entretenimiento para la tropa].

JB: Entonces, después de Barcelona y la cárcel, ¿volviste a Nueva York?

SG: Sí, esa vez tenía que buscar trabajo. No volvía simplemente; tuve que volver porque un médico decía que otra persona tenía un problema del corazón y tenía que volver con ella, así que volvimos juntos.

JB: ¿Volviste con las ideas que tenías cuando te fuiste?

SG: Déjame que te diga una cosa. En España me negué a hacerme del Partido. Lo dejé completamente. No me gustaban los comisarios, detesto la burocracia. Y de todas formas no tenía por qué formar parte de aquello.

JB: Hacías tu trabajo sin...

SG: Lo hacía muy bien sin eso. Aparte de eso volví, seguía colaborando con los grupos de excombatientes. Sí, mis principios era los mismos: la razón por la que fui a España estaba clara y no cambió jamás.

JB: ¿Volviste alguna vez al Partido?

SG: Durante un tiempo muy breve y entonces me enteré de que uno de los hombres de mi grupo era un soplón. Vino a verme con uno del *FBI*, llamaron a la puerta de mi casa. ¿Qué diablos iba a decirme? Después de eso, nada.

JB: Ya que prácticamente no militabas en el Partido, a pesar de que tenías una actividad de apoyo a los excombatientes, ¿cómo fueron los años 50? ¿Tuviste problemas con el macartismo?

SG: Eran tantos los que tuvieron que pasar a la clandestinidad...

JB: La crisis por ese lado y la crisis en el interior del Partido —las rupturas, las divisiones, los desencantos—, ¿te sentías alejada de esos conflictos?

SG: En realidad, yo no estaba involucrada, yo jamás profesaba el respeto que estos hombres tenían al Partido. “El Partido dice...”. Como si estuviera escrito en la Biblia. Tengo un cuñado que es así; ahora no milita, hace tiempo que no, pero... ¡Marx tiene razón! ¡Lenin tiene razón! Lo hicieron mal esos cabrones. Ya sabes, la teoría se mantiene en pie, pero los que la ponen en práctica están equivocados.

JB: Cuando piensas en la gente de tu generación, en personas motivadas de la misma manera que tú, judíos oriundos frecuentemente de Nueva York, ¿cómo explicas su susceptibilidad si a ti en particular no te afectaba?

SG: Las enfermeras a quienes yo conozco no estaban muy involucradas.

JB: ¿Qué hiciste cuando volviste a Nueva York? Digo Nueva York como sinónimo de Estados Unidos.

SG: Bueno, durante unos seis meses creo... Había una amiga que tenía una casa en Massachusetts y mandaban allí a algunos de los excombatientes que estaban enfermos y que necesitaban rehabilitación. Tobey Jensky, una de las enfermeras, y yo los cuidábamos, nos pagaba la Asociación Sanitaria.

JB: Debió haber sido...

SG: Fue una cosa relajante. Te ibas tranquilizando; empecé a trabajar de nuevo, estaba mi marido, que había vuelto... El único problema que tuve fue al solicitar un puesto en Bellevue. Nadie me advirtió que no me querían admitir porque era una comunista que había ido a España, pero los de Bellevue no te decían que no había trabajo para ti.

JB: ¿Cómo llegaste a la costa del Pacífico?

SG: Becky, una de las enfermeras, se había casado en España y su marido vivía en Berkeley, donde la Universidad. Entonces, tenía coche y el niño, y además se iba para allá. Phyllis, de Filadelfia, era otra enfermera que se quería alejar de Nueva York. Yo tuve una gresca con mi marido y le dije: “Estoy harta. Me largo”, y me fui. Entonces cruzamos el país y vinimos aquí y conseguimos trabajos, uno detrás de otro.

JB: ¿Aquí?

SG: Sí, no fue un problema, ¿sabes? Recuerdo que conseguí un trabajo en un pueblo de mala muerte. Era Marysville. Les daba lo mismo lo que hubieras hecho

aquí y allá —no podías decir que estabas parada, ¿sabes?—. Oh, yo había trabajado en España. “Bien, bien”. El único problema que tenían era que “No hemos tenido nunca una enfermera judía. ¿Qué comes?” Y les dije que comía de todo.

JB: Eso igual era para ti un cambio de estilo de vida tan grande como el haberte ido a España.

SG: Fue el momento en que venían los *Okies* [por Oklahoma, gente del campo que huía de las sequías que azotaban las grandes llanuras norteamericanas]. Yo solía ir después de la jornada en el hospital, visitaba y veía lo que se podía hacer allí. ¡Me resultaban tan indignantes las condiciones de vida! Por todas partes había trabajo.

JB: En cierto sentido pasaba lo mismo que en España.

SG: Bueno, no había ataques de artillería, pero la pobreza era horrible.

JB: Lo viste de primera mano. ¿Te quedaste en el Oeste?

SG: No, iba y venía con mi marido. Volví, estaba embarazada. Dejé a mi marido una vez más cuando vivíamos en Connecticut. El organizaba sindicatos y yo trabajaba en el hospital de New Haven, así que siempre tenía trabajo, eso no era un problema para mí.

JB: Fue una buena decisión entrar en el hospital.

SG: Oh, sí. En 1938, sin la niña, que nació en 1940. Después de unos años nos pusimos a viajar y trabajé en Oklahoma y en Denver. En un momento determinado volví a *NYU* [Universidad de Nueva York]. Afortunadamente mi madre vivía aún; me dediqué a la terapia laboral, que me llenaba más que la enfermería, y me formé allí. Volví a California y la última vez trabajé en el hospital de *The City of Hope*. Trabajé también en Pasadena, en el Hospital General.

JB: ¿Estamos atravesando ya los años 40? ¿En ese momento te acompañaba tu hija?

SG: Sí. Te decía que mi hija nació en 1940; dejé a mi marido en 1942, 1943, más o menos, y trabajaba en todas partes. Pero lo que te conté... permanecía en un trabajo de nueve meses a un año. Ya no podía aprender más, y me iba. Y mi hija estaba muy bien; le decía que había una maleta para mí, otra para ella y nos íbamos.

JB: ¿Y lo que alimenta la continuidad, las amistades y esas cosas? ¿Eras capaz de...?

SG: Oh, continuamente. Las enfermeras, como colectivo, se juntan, y sigo manteniendo el contacto con las que todavía están.

JB: ¿Las enfermeras que estuvieron en España, quieres decir?

SG: Sí.

JB: Entonces hay una especie de red... ¿Hay otras en esta ciudad?

SG: Bueno, Esther está. Ruth Davidov. Y está Becky, con la que vine a California en 1939; Becky y Helen y algunas más. May está allí, así que nos mantenemos... Las enfermeras que yo conocía no eran las militantes del Partido que iban a todas las manifestaciones. Íbamos a las más importantes, el 1 de mayo y así. Yo estaba muy movilizada en las manifestaciones en contra de la guerra de Vietnam. Ya sabes que estas son cosas que tienen una continuidad. Será que no nos gusta que nos digan lo que debemos pensar, y ese es el problema que yo veía en el Partido, que el edicto venía desde arriba.

JB: Me pregunto por qué los judíos sentían el impulso inicial... de mejorar el mundo de alguna manera. ¿Sería para recomponer lo que se perdió cuando abandonaron la ortodoxia judía?

SG: No. Hoy en día sigo creyendo en el socialismo. Pienso que la igualdad es la mejor manera de vivir. Y puede que algún día tengamos un socialismo que no sea burocrático y ordenancista.

**CONVERSACIÓN CON BILL SUSMAN (1915-2003):
GREAT NECK, LONG ISLAND, ABRIL DE 1992**

Joseph Butwin: En el coche dijiste que gran parte del Bronx y todo Brooklyn era un misterio para ti. ¿Por qué? ¿Dónde naciste?

Bill Susman: Nací en New Haven y me crié en Bridgeport.

JB: ¡Un chico de campo!

BS: ¡Qué campo! Aunque tengo un recuerdo muy claro del olor a estiércol, que era común porque todas las entregas a domicilio se realizaban con carros tirados por caballos, cuando pasaba el del reparto del hielo o del carbón iban con carros y caballos, y así el olor a boñiga era subliminal en esa época. Eso fue en Bridgeport, no New Haven. Me sacaron de New Haven cuando tenía como año y medio. Empecé la secundaria en Bridgeport antes de que nos mudáramos a Nueva York. El colegio se llamaba, vergonzosamente, Warren G. Harding.

JB: ¡Harding! Lo único que sé de Bridgeport es que albergaba a otro gran charlatán norteamericano, P. T. Barnum.

BS: No solo Barnum. También fue una ciudad que tenía un alcalde que se llamaba Jasper P. McLevy que era socialista y fue alcalde durante veinte años. Una vez mi padre lo echó de nuestra casa porque en su vida no política era capataz de techadores. Trabajaba poniendo techos a las casas y tenía cinco o seis trabajadores que en una coyuntura se declararon en huelga y él llamó a la policía, fue entonces cuando mi padre dijo: “Tú no eres socialista. Vete de aquí, carajo”.

JB: Con lo cual intuyo que tu padre sí era socialista...

BS: Oh, sí.

JB: ¿Y había muchos judíos en Bridgeport cuando eras joven?

BS: Había una comunidad judía bastante grande en Bridgeport, pero no era mayoría, supongo que la mayoría era italiana o húngara, había un centro húngaro grande. Había un periódico húngaro y el Partido Comunista original de Bridgeport era casi al cien por cien húngaro, y hacían sus reuniones en húngaro. Pero había una colonia y una escuela judías, una *yiddish shuleh*, la escuela del Círculo Obrero, a la que asistí. La mayor parte de los maestros

venían en tren desde Nueva York por muy poco dinero, algunos de ellos eran figuras culturales muy conocidas en la vida judía. Había un tal Kalman Marmer, un escritor judío muy conocido, y algunos otros. Nuestra casa era donde se alojaban los que venían a dar discursos. Me hice amigo de gente como Zayde Winchevsky; tengo una foto donde salgo con mi blusita rusa, sentado en su regazo con mi peinado de Buster Brown y mis pantalones de pana. Había otros, todo tipo de oradores, como Scott Nearing, que también creí que era yiddish. No lo sabía. Oh, y otro, el obispo Montgomery Brown, que era el obispo de la iglesia protestante y que vestía una sotana con una enorme cruz de oro en el pecho. No, no era judío. Mi actitud hacia él era que eso demostraba que también había gentiles inteligentes.

JB: Mencionaste el Círculo Obrero, el *Arbeter-ring*. ¿Eran socios tus padres?

BS: Claro, totalmente.

JB: Y en la escuela, ¿qué se hacía en la *yiddish shuleh*?

BS: Había varias clases. Una era historia —*geshikhte*, así se llamaba—. En realidad, era la Biblia porque te contaban todas las historias de la Biblia y el Éxodo y todo eso, sin las implicaciones religiosas, sencillamente como hechos. Distaban mucho de ser hechos, pero nos las presentaban así y las aceptamos como tal. Y luego teníamos clases de literatura donde leíamos a Sholom Aleichem y todos los escritores judíos, también poesía. Todos los años organizaban un programa: los chavales subíamos y hacíamos lecturas y recitábamos poesía. Cuando recité *Di tsvai brider* —“Los dos hermanos”— estaba totalmente convencido de que era una historia de la lucha de clases. Ahora me doy cuenta de que el escritor pretendía mostrar mucho más que la lucha de clases porque la serpiente, que es la figura central, también era una figura bíblica y pensaba en este envenenador de la voluntad de toda la humanidad. No obstante, para mí era la historia clarísima del origen de la lucha de clases.

JB: ¿Así que ya estabas en cosas como la lucha de clases?

BS: Nací con eso, era la conversación de sobremesa.

JB: ¿De qué forma exactamente? ¿Te sentaban en el regazo de tu papá y te decían: “Y en el principio había tres clases...”? ¿O se hablaba de huelgas y condiciones de trabajo?

BS: Bueno, había toda una serie de niveles en los que discurría la conversación. En un nivel mi padre nos leía historias de niños rusos y su participación en la Revolución y las acciones que hicieron en la retaguardia o sus misiones especiales o los mensajes que transmitían. Mi hermano y yo sentíamos envidia de su valentía, su coraje, la gran aventura que vivieron. Y siempre triunfaban,

nos encantaban esas historias. Había una traducción al inglés que se publicó con el título de *Fairy Tales for Workers' Children* (Cuentos de hadas para los hijos de obreros), ¡un título maravilloso! Era un libro grande con una portada roja y abundantes ilustraciones. Eso fue uno de los niveles. Otro de ellos era que mi padre y mi madre eran miembros fundadores del Partido Obrero de América que más adelante sería el Partido Comunista. Fue la primera escisión del Partido Socialista, por la primera Guerra Mundial. Yo nací en 1915, mis recuerdos del mundo político que empiezan unos cinco o seis años más tarde —1921 o quizás 1922— eran que la gente venía a nuestra casa para las reuniones y se enzarzaban en encendidos debates y discusiones sobre quién tenía razón, Trotsky o Lenin o Bujarin. Yo estaba convencido que todos estos tipos eran judíos; al fin y al cabo, los informes de lo que decían nos llegaban por la prensa judía y todos parecían hablar yiddish perfectamente, así que estaba convencido que todos eran judíos. Y me complacía mucho que hubiera un país donde todos los líderes lo fueran. En todo caso, escuchaba estas discusiones y no entendía mucho de lo que decían, pero cogía alguna idea de aquí y allá. Durante todo ese período, el retrato de Eugene Victor Debs ocupaba el lugar central de nuestra sala de estar y, aunque era socialista, mi padre sentía muy profundamente que ese era el tipo de persona a la que debía seguir.

JB: ¿También tenías la impresión de que era judío?

BS: Nunca pensé que Debs fuera judío, pero estaba convencido de que casi todo el resto del mundo lo era —lo que era un poco extraño, pues en mi escuela fui uno de los dos judíos que había—. Sabía lo que era que te llamaran *matacristo* y que me dijeran que maté a nuestro Señor. Frecuentemente volvía a casa con la nariz ensangrentada. Había que pelear gran parte del tiempo y resultó que mis amigos más íntimos eran buenas personas —Buck Bradley y Eddie Jablansky y chicos con apellidos parecidos que no eran nada judíos—.

JB: ¿Qué pasó cuando Jablansky y Bradley entraron en tu casa y vieron un retrato de Debs en la pared? ¿Les chocaba? ¿Importaba? Sé que cuando yo tenía más o menos la misma edad hice todo lo posible por ocultar cualquier referencia a la guerra de Corea o los Rosenberg a mis amiguetes. ¿Y tú? ¿Qué tal con Debs?

BS: Recuerdo que discutía con ellos. Tendría ocho o nueve años y recuerdo las discusiones acaloradas durante el juicio de Scopes. [Tennessee, 1925; John Scopes, maestro de un colegio público, fue acusado de haber enseñado las ideas de Charles Darwin]. Sobre la cuestión de la evolución recuerdo que uno de los chicos me dijo: “Puedo demostrar que estás equivocado. Si esa mesa tiene cuatro patas y un caballo tiene cuatro patas, ¿quiere decir que el caballo desciende de una mesa?” Sabes, ese tipo de argumento es un argumento muy lógico. Ese chico se llamaba Noonan, su padre era policía. Tuvimos todo tipo de discusiones, pero en realidad

no tenían que ver con la política. Versaban sobre el bien y el mal sobre una base moral. Cuando sucedió la ejecución de Sacco y Vanzetti nos preguntamos si era una falsa incriminación o si realmente habían cogido a los asesinos. Hablábamos de la justicia y la injusticia, y si era o no era falsa la imputación, y discutíamos sobre esa base. La verdad es que no tenía que ver con la política.

JB: ¿Importaba que [Sacco y Vanzetti] fueran anarquistas y vosotros no?

BS: Bueno, yo ni sabía lo que era un anarquista. Mi concepto del anarquista era que era un tipo de persona a la izquierda de nosotros. Nunca pensé que un anarquista fuera un lanzabombas o algo así, sino que eran personas muy honradas, que a Sacco y Vanzetti los enjuiciaron solo por anarquistas y no por otra razón.

JB: Pregunto en parte porque estoy anticipando otro período, cuando estuviste en España y la palabra anarquista tenía...

BS: Un significado totalmente distinto.

JB: Antes de que cumplieras los 13 o 14 años, cuando te mudaste de Bridgeport, ¿había actividades —aparte de la *shuleh* del Círculo Obrero— para un chaval como tú?

BS: No había un *YMHA* [*Young Men's Hebrew Association*, Asociación de Jóvenes Hebreos] así que iba a la *YMCA* [*Young Men's Christian Association*, Asociación de Jóvenes Cristianos] y participaba en sus actividades y no había nadie que me dijera: “Oye, no debes estar aquí porque no eres cristiano”.

JB: ¿Pero no te incomodaba cuando rezaban el padrenuestro o cosas parecidas?

BS: En el colegio me incomodaba mucho y lo sentía de forma muy aguda porque me crié como ateo.

JB: Claro, pero ¿más ateo que judío?

BS: Sé que cuando nos mudamos a Nueva York pude ir a Columbus Circle y asistir a todas las manifestaciones callejeras de las Cuatro Aes —la Asociación Americana para el Avance del Ateísmo— y compraba sus paquetitos por cinco centavos y me parecía fenomenal. Estaba convencido de todo corazón de que una vez que el resto del mundo aceptase las Cuatro Aes y la validez del ateísmo, se resolvería gran parte de los problemas del mundo. Pensé que pondría fin a los nacionalismos.

JB: Claro, como judío naciste sin mucha opción en un grupo nacional bastante bien definido que frecuentemente se define por su afiliación religiosa, lees la Biblia en una escuela judía...

BS: Pero solo como hechos históricos.

JB: ¿Celebraba tu familia el *Séder*, por ejemplo, durante la Pascua Judía [*Pésaj*]?

BS: No. Lo que más se aproximaba era que algunos miembros de la familia sí lo celebraban, pero mi familia inmediata no. De vez en cuando algunos de sus amigos organizaban lo que llamaban un *roytn séder* —un *séder* rojo—, donde en vez hacer preguntas sobre la religión las que se hacían eran ¡por qué el capitalismo es un sistema tan malévolos y otras por el estilo! Este fue un período en el que las bodas en esos círculos eran mayormente “bodas rojas” sin la presencia del clero; fue un período en el que a los rojos se les acusaba con razón de abogar por el amor libre.

JB: ¿Qué expresión más maravillosa —amor libre—!

BS: Y mi madre fue una de las primeras seguidoras.

JB: ¿Qué forma tomó su seguimiento?

BS: ¡Bueno, por ejemplo, dejó a mi padre por su mejor amigo! Y tuvo una serie de amantes, dos, tres o cuatro, antes de quedar con otro; y vivió el resto de su vida, durante treinta y nueve años, con un solo hombre. Así fue el amor libre para ella, aunque si se lo hubiera preguntado cuando tenía ochenta y tantos o noventa años habría negado haber participado en tales actividades.

JB: ¿Y tus buenos principios rojos te permitieron comprender los de tu madre?

BS: Cuando se fue mi madre yo tenía siete años y no creo que comprendiera exactamente lo que estaba pasando, aparte de que no me gustaba, cuando se fue éramos dos, mi hermano y yo. Él me llevaba 17 meses. Ella se ofreció a llevarme consigo e hizo algo que me pareció terrible, que fue que me regaló un reloj de oro. Cuando apretabas la corona se abría el estuche. Tenía una correa dura. Era un pequeño reloj de oro grabado que muchos años después convertí en reloj de pulsera y perdió toda su hermosura en la transición. Fue un regalo que mi padre había comprado para mí. No lo sabía en ese momento, ella me lo presentó como un regalo de parte suya y de su amante. Fue una especie de soborno, pero no funcionó. Dije que iría con ella si mi padre nos acompañaba, pero si no, ni hablar. Nunca nos crió otra mujer. Cuando al final mi padre se volvió a casar ya nos habíamos ido de casa.

[Cuando su madre se fue en 1929, el padre de Bill se llevó a sus dos hijos al Bronx, ciudad de Nueva York, donde siguió trabajando en el oficio de la sastrería y los dos niños se cuidaban solos].

BS: Comimos jamón y huevos durante años y años y años; y cosas que aprendimos a preparar como espaguetis con jamón y huevos. Así que nos hicimos

cocineros, hacíamos la compra y tuvimos que comprar lo justo porque no había dinero. Era la Depresión. Así que cuando comprabas jamón, comprabas un cuarto de libra.

JB: Bill, acabas de decir “jamón” tres veces. Por lo que deduzco que no quedaba nada del reglamento kosher en el Bronx. ¿Crees que, para tu padre, al menos en su niñez, eso habría sido poco normal?

BS: No, no lo fue. En su familia no. De hecho, mi abuela no era judía practicante, su madre. Cuando llegó a este país, algunos de sus hijos se habían hecho practicantes. Iban al templo durante los Días Santos, y me acuerdo de que cuando fui a España ella consiguió dinero para mis billetes que le había enviado uno de sus hijos que vivía en Florida y tenía una carnicería próspera. Acto seguido envió el dinero a los Amigos de la Brigada Lincoln y después me explicó que “si no existe Dios seguramente no hay ningún problema, ¿verdad? Y si existe, seguramente entendería la importancia de ayudar a los Lincoln”. Así me lo explicó. Mi abuela... Cuando se estaba muriendo venía mi tía y le leía el *Morgen Freiheit* [en yiddish, Libertad Matutina]. Intentaba leer novelas de quiosco y mi abuela decía: “Mira, no tengo tiempo para eso. Dame las noticias de actualidad”.

JB: Si el nieto de una familia que se define así va a una *yiddish shuleh*, eso sugiere que la cultura judía puede existir independiente de la religión, incluso entonces.

BS: Claro que sí. Yo estaba muy orgulloso de la cultura judía. Creía que la mejor literatura del mundo era en yiddish y que los poetas más grandes escribían en yiddish, y nunca pensé que tuviera nada que ver con la religión. Consideraba que la sinagoga era un sitio retrógrado. Nunca llevé a cabo el *Bar Mitzvah*.

JB: Durante las fiestas religiosas judías, ¿ibas al colegio o te quedabas en casa?

BS: Si los judíos no debían asistir al colegio un día u otro me quedaba en casa. Quería identificarme como judío, pero no quería que me identificasen como creyente. Así que fue problema mío.

JB: Varias de las personas con las que he hablado describen algo muy parecido a la experiencia de conversión cuando explican cómo se hicieron socialistas o comunistas. De pronto, ven el desastre del sistema, ¿entiendes? Sacco y Vanzetti, la Gran Depresión. Como una bofetada. Injusticia. Desahucio. Un padre que se muere por falta de atención médica. A juzgar por todo lo que has dicho, me imagino que nunca tuviste esa experiencia de conversión.

BS: Nunca. Otros compañeros se indignaban por lo que pasaba en España, yo nunca me indigné. Lo esperaba, pensé: “Claro, pues así es la gente”. Y si me preguntaras por qué fui a España te diría que nací para ir a España porque con esta

formación no había otra cosa en mi futuro que no fuera precisamente eso. No habría realizado mi programa si no me hubiera involucrado.

JB: ¿Cómo era lo que llamas tu “programa” después de la mudanza a Nueva York? Más o menos en 1929, justo a tiempo para el *crack* de Wall Street, ¿verdad?

BS: Bueno, pues estaba comprometido, fui un Joven Pionero. Empecé en Bridgeport y continué en Nueva York. Chicos y chicas juntos, las mismas actividades en un nivel más juvenil que la Liga de Juventudes Comunistas o la Liga de Jóvenes Obreros [*Young Workers League*]. Para el Uno de Mayo el lema de los Pioneros era: “Deponed los lápices el Uno de Mayo”.

JB: ¡Bravo! ¡Deponed los lápices! ¡Deponed las herramientas!

BS: Tuve un amigo íntimo, Harry Eisman. Harry Eisman fue un Joven Pionero que vivía en el East Bronx y asistía al colegio público P.S. 61. Harry fue un líder nato. Llegó huérfano a este país, acompañado de su hermano y su hermana mayores, de Rumanía, así que no era ciudadano norteamericano porque no tenía padres que pudieran naturalizarse, por lo que era extranjero. Sin embargo, fue muy activo políticamente y acosado constantemente por su política. Un día estábamos juntos en una tremenda manifestación contra el paro en Union Square e intentó derribar a un policía de su caballo. Fue detenido y condenado al Reformatorio Hawthorne hasta que cumpliera 21 años. Y se montaron grandes manifestaciones y en todas ellas había pancartas que decían “Libertad Para Harry Eisman” junto con “Libertad Para Tom Mooney” [líder sindical encarcelado injustamente durante 22 años]. Hasta en Europa había manifestaciones en su nombre: “Libertad Para Harry Eisman”.

Al final, un juez norteamericano dijo que si algún país estuviera dispuesto a acogerlo —porque era extranjero— lo soltaría. Así que la Unión Soviética dijo que lo acogería, pero, como Estados Unidos en aquel entonces no la reconocía, Alemania anunció que le daría el salvoconducto. Cuando Alemania anunció que lo aceptaría fue liberado. Me acuerdo de que fuimos al Reformatorio Hawthorne con mi familia y lo llevamos al puerto donde tenía que embarcar y me lo imaginaba subiendo por la pasarela y entrando en un camarote. Cuando llegamos al barco, la pasarela bajaba porque en el que iba era un carguero de carbón. Le llevó tres semanas y media cruzar el océano, este joven que iba solito. Fue a la Unión Soviética y allí se quedó. ¡El primer Uno de Mayo en la Unión Soviética salió una foto de él en la tumba de Lenin junto a Stalin y todos los demás con su mano alzada con el saludo de los Pioneros! ¡Libre, libre por fin!

Mucho después, tras un largo período de silencio, me dijo que no se perdona, que la amistad era mucho más importante que eso. Pocas semanas después se murió. Ese fue Harry Eisman. Fue curioso porque cuando lo vi una vez en la Unión Soviética llevaba una foto de los dos juntos que había conservado a través

de los años, a través de la Guerra, a través de todo; a través de su experiencia del campo de concentración. Llevaba esta foto. Nos la habíamos hecho en uno de esos fotomatonos —ocho o diez por 25 centavos—, las cabezas juntas, y me recibió en Moscú llevando una ampliación de la foto hecha allí. Cuando le dije: “Harry, ¿cómo puedes sentirte así sobre la Unión Soviética con todo lo que te han hecho?” Ya sabes, su encarcelamiento y eso. Y me dijo: “Eso solo fue una aberración, solo una aberración”.

[Como Joven Comunista en el instituto, Bill repartía panfletos, vendía el *Daily Worker*, hablaba en manifestaciones callejeras, asistía a manifestaciones masivas en Union Square. Dejó los estudios en 1934 y se embarcó con la marina mercante].

BS: Lo que pasó es que dejé el instituto en el último semestre. Quería embarcarme porque en ese tiempo la Liga de Juventudes Comunistas tenía lo que llamaban un “programa de concentración en las industrias básicas”. La marina mercante fue una de ellas, la metalurgia otra. Johnny Gates se apuntó a la metalurgia. Yo opté por embarcarme porque, en primer lugar, me había leído todo Jack London, lo cual fue razón suficiente para mí: yo era un romántico y pensé que sería una forma estupenda de realizar mi responsabilidad revolucionaria.

JB: Eso suena como un acto principal en esos años, no solo una fantasía romántica, no un pasatiempo.

BS: No, no. Obviamente era tu profesión de por vida preparada para ti. De la misma manera que algunos chicos iban a ser jesuitas, tú ibas a ser organizador de una industria básica. Así que me embarqué. Hice lo que se llamaba un “salto de muelle”; es lo que haces cuando llegas al puerto con el bolso marinero, listo para partir y no tienes trabajo. Si al barco le falta personal en algún departamento, el encargado del departamento baja al muelle. En esos días no había sindicato, así que bajaba al muelle y gritaba: “¿Hay un tal o cual aquí?” A lo mejor un bodeguero o mecánico. Leía en *The Times* la hora que zarpaban los barcos —2:30 de la mañana, 5:00 de la tarde, 4:00 de la tarde— e iba al puerto dispuesto a embarcar. Todos estaban del lado occidental [de Manhattan], en el río Hudson, algunos en el East River. Yo cubría todas las embarcaciones. Un día, cuando esperaba en el muelle bajó el sobrecargo y gritó: “¿Hay un bodeguero por aquí?” Levanté la mano. Ni sabía lo que era un bodeguero. Pero levanté la mano, y me dijo: “¿Dónde has trabajado?” No tenía documentos de embarcación, así que mencioné unos hoteles en Nueva York que conocía —el Hotel Edison, dije, el Taft y el Waldorf—. Me dijo: “Vale, vamos”. Así que me subí al barco y fui al salón, estaban sentados allí el capitán del barco y un comisionado marítimo del gobierno y me dieron una botella para mear en ella, cosa que hice. La vieron a trasluz y dijeron “estás bien”. Ese fue mi examen médico. Firmé los artículos de embarcación y el barco zarpó. Estaba a bordo y nos íbamos. Tenía mi bolso marinero y estaba

en la litera viendo a través del ojo de buey la Estatua de la Libertad y oliendo el olor a puerto que todavía hoy me encanta. Estaba extático, era el paraíso. Estaba tranquilo porque la primera parada del barco era Panamá y no te pueden despedir después de tres días, y tardábamos más de tres días llegar a Panamá.

En otra ocasión estaba en un barco que llegaba a Baltimore, volviendo al Este, y Bill Bailey se subió abordo a recaudar dinero para el *NMU* [*National Maritime Union*, sindicato de la marina mercante] que justo entonces se estaba organizando. Y cuando se bajó del barco la policía ferrocarrilera del puerto de Baltimore lo acorraló y le dieron una paliza. Tres de nosotros fuimos al capitán y le dijimos que ese barco no iba a zarpar hasta que no soltaran a ese hombre. Y nos dijo: “¿Qué coño tengo que ver con las autoridades civiles?” Y dijimos: “No lo sabemos, pero este barco no zarpa hasta que no esté libre”. Así que bajó corriendo al muelle a una cabina telefónica. No tenían un sistema sofisticado aún y llamó a la oficina de la empresa y me imagino que llamaron al alcalde o a alguien. En todo caso, soltaron a Bill. Subió de nuevo al barco, lo celebramos con una cena y luego se fue muy agradecido porque dijo que le habían estado dando una manta de hostias.

JB: ¿Pero ya estaba sindicalizado el barco?

BS: Fue un barco de la costa del Pacífico que era tan militante que cuando estábamos en Seattle supimos que en el comedor de los oficiales comían ostras. ¡Se le anunció al capitán que el barco no se movía hasta que no tuviéramos ostras! Ese tipo de militancia existía en la costa Oeste. En el castillo de proa estaban el martillo y la hoz y varios libros, y había discusiones sobre *El Estado y la revolución*. Recuerdo que les enseñaba *El Estado y la revolución* y le indiqué a la tripulación que cuando soltaron a Bill Bailey fue el mejor ejemplo. Detienen a uno porque quiere organizar a los trabajadores y comienzan a darle de hostias y entonces vamos al capitán y le decimos que el barco no va a zarpar y lo sueltan. Dije: “Ahí tenéis un ejemplo de lo que significa que la clase obrera gobierne el Estado”.

[Bill Bailey, que tuvo fama por haber arrancado la esvástica del trasatlántico Bremen en julio de 1935, acabaría luchando en España dos años más tarde].

JB: ¿Estabas organizando a los trabajadores en la marina mercante cuando decidiste ir a España?

BS: No decidí ir a España en Estados Unidos. Volví de un viaje y me convocó uno de los funcionarios nacionales del Partido Comunista, y me dijo que me iban a enviar a Puerto Rico durante un año —un capítulo peculiar de historia y arrogancia—, puesto que el Partido Comunista USA existía en Estados Unidos y puesto que Estados Unidos era dueño de Puerto Rico, la Internacional Comunista determinó que el PCUSA sería el responsable del Partido Comunista de Puerto Rico.

JB: Interesante... El modelo imperial.

BS: Sí, el modelo imperial sigue. Y así fue como me llamaron y me dijeron que fuera allí a ayudar. Iba a relevar a otro joven que llevaba un año allí, Harry Robinson. Él volvía y yo iría un año. Me fui y estando allí me dijeron que mi misión era reclutar a 25 o 30 personas para ir a España. Lo hice; fui de pueblo en pueblo, de aldea en aldea.

JB: ¿Pero qué sentido tenía enviar a una persona como tú a Puerto Rico? Tenías que aprender español, conocer la isla... ¿Es que no había camaradas puertorriqueños que pudieran hacerlo?

BS: Creo que ni siquiera pensaban en esos términos. Eran tan atrasados y arrogantes, la verdad. Y por cierto, el partido puertorriqueño estaba mucho más avanzado que el partido norteamericano. Tenía su propio periódico, tenían su propia imprenta, eran no-sectarios, formaban parte del sistema político de allí... Estaban mucho más adelantados que aquí. Y allí llega ese chaval, yo, y me recibieron con amistad y sinceridad, me invitaron y me hicieron creer que mandaba yo.

JB: Y en cuanto al reclutamiento para España, ¿tuviste algún problema?

BS: Ningún problema. Mi única limitación fue el dinero. Si hubiera tenido suficiente dinero habría podido reclutar a 300. Supuestamente todo era calladito y secreto, ¿verdad? Así que cuando llegábamos a un pueblito y corría la voz de que los que quisieran ir a España deberían llegar a tal hora para entrevistarse, se formaba una cola de manzana y media.

JB: ¿Cómo explicas eso?

BS: Bueno, pues no fue por el dinero. El sueldo mensual de un soldado en España daba como mucho para comprar un paquete de cigarrillos. Como mucho. Así que no fue el dinero, fue el deseo de escaparse, quizás, pero también fue una convicción, auténtica conciencia de clase y saber que el fascismo era malo para los pobres. Había algunos intelectuales, algunos universitarios. Recuerdo una familia en un pequeño pueblo donde me llevé a tres hermanos, en el fondo algo terrible. Pensé que era una maravilla porque tenían mi edad: eran jóvenes y nunca se me ocurrió pensar cómo podía llevarme a tres chavales de una misma familia. Ni se me ocurrió.

JB: ¿Sabes qué fue de ellos?

BS: Los tres fueron gravemente heridos. Uno murió pronto y ahora queda uno que lleva una vida solitaria. Tenían estudios universitarios y estaban al tanto de lo que ocurría. De hecho, uno de ellos había estudiado medicina en España.

JB: ¿Y es allí donde tomaste la decisión de ir?

BS: Bueno, me pareció que no podía reclutar a gente y no ir yo mismo.

JB: ¿Fuiste directamente a España desde Puerto Rico?

BS: No. Todos los de Puerto Rico fueron a Estados Unidos y luego de allí en barco desde Nueva York.

JB: ¿Por eso no pudiste reclutar a 300 voluntarios? ¿Que no podían pagar su pasaje?

BS: Nadie tenía ese dinero. Supimos luego que el dinero del pasaje —porque siempre creímos que venía de Partido Comunista— lo mandaba el gobierno de la República.

JB: Dime, pues, cuando el gobierno de la República decidió oficialmente poner el dinero para traer tropas extranjeras, ¿fue parte de un programa para internacionalizar la guerra o realmente necesitaban soldados?

BS: Recuerda, ya se había internacionalizado la guerra —lo hicieron los fascistas—. Pero la decisión de movilizar brigadas internacionales la tomó la Comintern. El origen de los fondos igual variaba de país en país, pero en el caso de los Estados Unidos venía del gobierno de la República. Me imagino que el gobierno español se dio cuenta de que sería un factor importante para movilizar a la opinión mundial.

JB: Eso es lo a lo que me refería al decir “internacionalizar la guerra”. ¿Pero de verdad estabais preparados para luchar? Por ejemplo, cuando unos voluntarios fueron a Nicaragua para ayudar con la cosecha de café, todos sabían que cualquier chico nicaragüense lo haría mejor en cinco minutos que un visitante de un día. Pero fue positivo que pasaran por allí personas internacionales, que facilitaban contactos y enlaces alrededor del mundo.

BS: Naturalmente el caso de España fue distinto en el sentido de que en nuestra Brigada, igual que en las otras Brigadas Internacionales, éramos tropas de choque.

JB: Totalmente. No fue mi intención comparar un campesino mal equipado en los cafetales de Nicaragua con la vanguardia en la primera línea de fuego en España.

BS: No es que estuviéramos bien equipados; es que los nuestros estábamos dispuestos a morir.

JB: Entendido. Cuando dije “mal equipados” no me refería a los avíos, me refería a si estabais preparados para hacer una tarea determinada. En tu caso, obviamente estabas en condiciones de navegar en alta mar, pero ¿sabías manejar un fusil?

BS: Nunca había disparado un fusil. A lo mejor sí, pero no me acuerdo —solo en una feria, creo—.

JB: Has dicho que “naciste para ir a España”, que desde tu niñez habías seguido un determinado “programa”. Pero seguramente había otros con la misma formación, con un programa parecido, que no hubieran dicho que el combate militar era su mejor aportación al movimiento.

BS: Bueno, no estaba deseando entrar en combate, pero sí sentía una obligación hacia mí mismo y hacia todo lo que creía. Pero, ¿qué honradez tenía si no lo hacía?

JB: Mira, cuando yo tenía veintitantos años hice todo lo posible por no ir a la guerra. ¡Vietnam!

BS: Pero no fue simplemente una cuestión de guerra, sino por lo que se luchaba. Es decir, si te hubieran mandado a defender los derechos de todos los nicaragüenses a lo mejor lo verías de otra forma.

JB: Es cierto, pero aun así me parece extraordinario.

BS: Creo que sí fue extraordinario, ¡pero no me veo haciéndolo ahora!

JB: Cuando me imaginaba en Nicaragua —y solo fui después de la guerra de los Contra—, primero, nunca pensé en el combate real. Pero cuando comparaba Nicaragua en los 80 con España en los 30, tuve que pensar que un norteamericano de ahora se encontraba en la situación de un alemán de entonces —que iba en oposición a su país—.

BS: Cuando llegué a París fui a la sede donde tenía que comparecer y decir que venía un grupo de voluntarios conmigo. Fue un domingo y la sede estaba cerrada. En la calle había dos tipos que aunque no hacía frío estaban tiritando. Empecé a hablar con ellos, hablaban alemán y con mi yiddish no hubo problema. Se habían escapado de un campo de concentración y tenían esta dirección; no tenían un duro y no habían comido en algo así como dos o tres días —nada—. Tiritaban de hambre. Afortunadamente tenía algo de dinero y pude darles algo.

JB: Y eso es lo que pensaban hacer con su libertad. ¿Puedes trazar tu itinerario desde ese punto? ¿Dónde cruzaste [la frontera]?

BS: Bueno, cuando llegué a París llevaba una carta sellada de Estados Unidos. Se la di al jefe del comité de París y la carta le mandaba sacarme de mi grupo e incorporarme a su aparato en París. Así que estuve tres meses en París pidiendo que me mandaran a España. No me pareció bien que mi grupo fuera y yo estuviera en París. Por fin me dejaron ir a finales de 1937.

JB: En el terrible invierno del 37. ¿Adónde fuiste?

BS: Primero fui a Barcelona. No tuve que cruzar el Pirineo andando porque había trabajado en París y había pasado mucho tiempo en la embajada de España, así que, sencillamente, fui a la embajada y pedí un pasaporte español; pude ir en coche y atravesar la frontera como ciudadano español.

JB: ¡Qué buena idea!

BS: No soy totalmente gilipollas. Crucé la frontera en coche y cuando llegué a la aduana abrí la maleta y estaba llena de pistolas que llevaba como regalo. Sonrieron y cerraron la maleta. Fui a Barcelona donde me presenté a Bob Minor, encargado de las operaciones norteamericanas en España para el Partido Comunista. ¿Has oído hablar de Robert Minor?

JB: ¿El artista?

BS: Sí, Hacía magníficas caricaturas para la revista *New Masses*. Lo conocí en Barcelona, pasé unos días allí y cogí un tren para Albacete. Tuve tres o cuatro semanas de entrenamiento y me mandaron unirme a la brigada en las afueras de Teruel. Diciembre de 1937.

JB: Parece que tenías un estatus especial —el cometido en Puerto Rico, la carta sellada y el puesto en París—. ¿Continuó?

BS: Así es. Mi primer encargo en España fue trabajar con la inteligencia militar en la Brigada. Eso fue una mierda pinchada en un palo. Tenían una unidad de contra inteligencia cuya misión era evitar la infiltración enemiga o el sabotaje. Nunca cogieron a nadie, fue básicamente una tontería. Había muchas quejas, de manera en que se juzgaba que la gente, es decir, a *nuestra* gente, era desleal. Se les vigilaba. No fue una época muy feliz para mí y pedí que me soltaran. Me dijeron que si así lo hacían me tendría que ir a una compañía de primera línea como fusilero: lo acepté.

JB: ¿Adónde fuiste? ¿Por cuánto tiempo?

BS: Fui fusilero en una compañía de primera línea de los Mac-Paps [Mackenzie-Papineau, el batallón canadiense]. Estuve en la batalla del Ebro. Esa experiencia fue mucho más satisfactoria para mi moral, pero duró poco porque cruzamos el

Ebro el 28 de julio, creo, y en la primera semana de agosto fui herido —en el frente de Gandesa—. Eso fue el final de mi experiencia de combate, aunque estuve en la retirada, que fue horrible.

JB: Es un aspecto interesante desde la perspectiva de los estudios de vida. Lo que pasó en España podría afectar a la vida entera, aunque lo que realmente pasó —en el frente— fuese muy breve.

BS: Unos cuantos días. Algunos, como Abe Smorodin, Gabby Rosenstein o Milt Wolff participaron en batalla tras batalla, ilesos. Había unos pocos así, pero muchos estuvieron una semana, dos semanas, tres semanas y luego fueron heridos.

JB: Las condiciones eran tan miserables, las posiciones a las que os asignaron tan terribles, avíos insuficientes, poco entrenamiento...

BS: Mira, cuando fui herido no había duda de que lo iba a ser. Mi única pregunta era si iba a ser solo eso o morir., esas eran las dos alternativas. Asaltábamos una posición de ametralladoras en la cumbre de un cerro. ¡Una posición fortificada, atacamos a través de un terreno de terrazas agrícolas, y no teníamos artillería, ni obuses, no teníamos más que rifles para asaltar una plaza pertrechada de ametralladoras! Estaba totalmente claro que no lo íbamos a conseguir. El único motivo fue que mandaban desde comandancia, que no importaba el precio, que había que tomar esa posición. Y enviaban tantos hombres como fueran necesarios para tomarla. Los que nos estábamos preparando para el asalto sabíamos que no saldríamos de pie. En mi opinión, fue una cuestión de liderazgo incompetente porque si no tienes suficientes armas, si no tienes morteros y no tienes artillería, deberías hacer un asalto de noche; no vas a plena luz de día cuando van a segarte, como segaron a cientos y cientos de personas.

JB: ¿Tenías la impresión entonces de que vuestros líderes no eran totalmente competentes?

BS: Pues no. Creía que lo estaban haciendo bastante bien. Las órdenes a las que me refiero fueron transmitidas por nuestros comandantes, pero venían de arriba. Los jefes de la División que dieron esas órdenes fueron los responsables, no los tenientes ni el capitán. La realidad es que nuestros oficiales locales no estaban muy bien instruidos. Estaban muy comprometidos; eran muy valientes, muy lanzados, pero estaban mal entrenados. Varios se hicieron muy muy buenos. Tíos como Wolff o Lenny Levenson fueron muy buenos. Pero muchos eran simplemente valientes, dispuestos a morir, y los ascendieron porque otra persona había muerto, de manera que se trataba de ver quién sobrevivía.

JB: Pero no es extraordinario cómo un chico de pronto es nombrado oficial y tiene que entender de atrincheramiento, asaltos de día y noche, y tomar decisiones para las que la experiencia normal no nos prepara.

BS: Solo un joven tiene las agallas y la valentía y la falta de conocimiento para hacerlo; hace falta una tremenda falta de conocimiento para llevarlo a cabo. Por cierto, había muchos judíos entre los oficiales.

JB: Un ejército extraordinario. Fue el primer ejército norteamericano que integraba a negros, también sería de los primeros que integraban a judíos, donde los judíos podían ser oficiales. Muchos de los Internacionales de otros países y un buen número de los soviéticos, diplomáticos y militares, eran judíos.

BS: Por cierto, *ALBA* [*Abraham Lincoln Brigade Archives*] acaba de recibir la oferta de los papeles del General Kleber, a través de su hijo en Israel. Era judío y murió en el Gulag.

JB: Muy pocos de los soviéticos que lucharon en España sobrevivieron cuando volvieron a casa.

BS: El comandante de nuestra Brigada fue ejecutado cuando regresó a la Unión Soviética.

JB: ¿Había una maldición especial para los que habían ido a España?

BS: Sí, la había, por varias razones. Habían sido expuestos a otras formas de pensar y eran en general tipos independientes —al menos después de estar en España—. Habían ganado sus espuelas y podían hablar libremente. Al fin y al cabo, probaron que eran antifascistas y no acataban órdenes de la manera en la que se esperaba de ellos. Y luego está la misma estúpida razón por la que encarcelaron a miles de rusos que habían estado presos durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Y fueron encarcelados al llegar a casa!

JB: Mira, yo me crié en St. Paul. Nunca estuve rodeado de judíos. A lo mejor a ti, criado principalmente en Nueva York —después de Bridgeport—, no te sorprendió ver a tantos judíos a tu alrededor en España. Y puede que fuera la continuación natural de tu vida en el Partido y tu vida en Nueva York, así que no sé si el enfoque de este proyecto —que había muchos judíos en España— te llamó la atención. ¿Fue así?

BS: No fue una sorpresa para mí. Era lo que me esperaba porque, como sugieres, había un gran número de judíos en el Partido: la mismísima cosa que animó o motivó a los judíos a afiliarse al Partido, les motivó a ir a España. He oído decir que no había tal presencia judía en España porque en realidad era una presencia comunista, pero fue la presencia de los judíos la que hizo que fuera comunista; fue

la misma razón, es decir, una combinación de cosas. Con mucha frecuencia los judíos han luchado por la libertad. Había naturalmente algunos judíos de derechas, reaccionarios y muy ricos que no veían en la clase obrera más que enemigos. Por otra parte, había un gran número de judíos que eran revolucionarios y aún más por el racismo y el antisemitismo. Sería muy natural que ese tipo de persona acabara en un sitio como España. La presencia judía no fue una sorpresa para mí, era lo que esperaba encontrar y lo que encontré. ¡A lo mejor esa es la sorpresa!

JB: La sorpresa que...

BS: La sorpresa de que no fue una sorpresa.

JB: Pero todavía tienes que preguntarte exactamente por qué.

BS: En esos días ni me lo planteé. Sería como si alguien me preguntara si fui a España porque era un ser humano.

JB: Quizá la manera en que reformulas la pregunta es una respuesta en sí. ¿Es eso lo que en realidad ofrecía el comunismo en primer lugar, antes de que te sintieras impulsado a luchar contra el fascismo en España? ¿Cómo te imaginabas, en efecto, un mundo transformado por el comunismo?

BS: Un mundo libre.

JB: Ahora dime: ¿Habría un lugar en ese mundo para judíos, como judíos? ¿Tiene sentido?

BS: Tiene sentido, y es muy difícil que un tipo como yo te conteste porque he pasado mi vida entera como internacionalista, odiaba la idea de las nacionalidades. Todavía odio la idea de las nacionalidades. Odiaba la idea de la religión y odiaba todas las diferencias, anhelaba el momento en el que existieran diferentes culturas, pero sin imponer religiones ni conceptos de patriotismo ni chovinismo ni nada por el estilo. Se darían cuenta de que todos somos un solo mundo. Algo del *One World* de Wendell Wilkie [Abogado y escritor, candidato republicano en las presidenciales de 1940; autor del libro anti-nacionalista *One World*]. ¿Me cuesta decir que hay lugar para los judíos? Deseo que haya un lugar para todos los grupos en el tipo del mundo que me gustaría ver. Sería esencialmente un mundo sin fronteras, quizá con demarcaciones de áreas y con aparatos administrativos necesarios para integrarlos en la vida social y económica del mundo. Se fomentarían culturas, a lo mejor algunas de ellas resultan efímeras y no tienen la suficiente fuerza como para formar parte de una nueva historia mundial.

JB: Me imagino que cuando tu padre te animó de niño a asistir a la *yiddish shuleh* fue, como has dicho, de forma totalmente separada de lo religioso, lo que hacía la

institución era plantar o alimentar precisamente lo que llamas una “cultura”. Estoy pensando en lo que dijiste de la escuela. ¿Puede una cultura —su idioma y su literatura soltar las miserables restricciones —y la agresión abierta— que conlleven las distinciones religiosas y nacionales? Puede que ser judío sea un ideal, una identidad portátil. Parece que lo que en ese período les molestaba a Browder [Earl Browder, Secretario General del PCUSA de 1934 a 1945] y a otros comunistas del sionismo, en lo que todavía era Palestina, era que, de pronto, esa amorfa identidad judía estaba empezando a identificarse como estado-nación, quizás como imperio, si lo asocias con las posesiones británicas. Eso parece que constituyó un shock para todo el movimiento.

BS: Bueno, yo esperaba que ese tipo de movimiento —el sionismo— fuera transicional, que surgiría y luego pasaría a la historia. Que la existencia de un estado como Israel, que puede ser necesario para los judíos que pasaron de los horrores del antisemitismo a un nuevo tipo de relación en el mundo, fuera tan transicional como la existencia de Arabia Saudí, que creo que también lo es. Stalin usaba el término “cosmopolita” para los judíos —“cosmopolitas desarraigados”— cuando los atacaba. Pensé, ¡qué mejor cumplido para un pueblo que llamarle cosmopolita! ¿Qué cojones tiene de malo ser cosmopolita?

JB: De acuerdo. Podemos hablar de nuestro internacionalismo, nuestra movilidad.

BS: Para mí, el mayor atributo del judío es la movilidad y la posibilidad de ser humano en cualquier parte del mundo. De vivir una vida buena, compasiva. Si es posible para el judío como resultado de la opresión, ¿por qué no será posible que lo tenga todo el mundo sin opresión?

BS: Volví de España en el Ausonia. Llegamos en diciembre de 1938, justo para Año Nuevo.

JB: Así que volviste con el puño en alto diciendo que la buena lucha continúa o...

BS: Creo que fue una mezcla. Creí que habíamos hecho algo necesario; no creí que fuera un horror, que lo que hicimos fuera malo de ninguna manera. Me dije: “Ahora tengo que prepararme para otra guerra que vendrá inmediatamente”. Estaba totalmente convencido de que hiciera lo que hiciera estaría nuevamente en el ejército al cabo de un año o dos, a lo sumo.

JB: ¿Ya lo sabías?

BS: Lo sabía. Estaba totalmente convencido. Cuando fui a España sabía que si no ganábamos en España tendríamos la Segunda Guerra Mundial.

JB: ¿Y eso no fue conocimiento a posteriori, lo sabías entonces?

BS: Lo sabía, absolutamente, sin duda alguna. Me acuerdo de que cuando conocí a Helene, que fue cuando volví de España, le dije que pasase lo que pasase, dentro de un año o dos me habría ido porque iba a estar luchando.

JB: Qué fuerte tener que decirle eso. Y fue verdad.

BS: No había aprendido lo suficiente, ese fue el problema. Creo que soy tontito porque cuando me alisté en el Ejército Norteamericano y me preguntaron qué rama del servicio quería, les dije o tanques o artillería. ¡Un tipo más listo habría dicho algo sobre su pericia con la mecanografía!

[Primero lo mandaron a Fort Bragg a entrenarse en artillería, donde en seguida le hicieron instructor y le ascendieron a cabo y luego a sargento. Cuando el capitán le preguntó si le interesaba inscribirse en la Academia de Oficiales [*Officer Training School*], Bill le recordó su pasado. “Claro que sabes que luché en España.” Y me dijo, “¿En qué bando? ¿Estuviste con los alemanes, los italianos, o contra ellos?” Aunque no estaba necesariamente claro cuál era la respuesta correcta, Bill fue honrado. El capitán, “un tío decente”, hizo la recomendación, que fue rechazada varias veces].

BS: Así que me quedé en Fort Bragg durante... A ver, me alisté justo después de Pearl Harbor y estuve allí quizá año y medio. Al fin, el Sub-Secretario de Guerra, un tal McCloy, dio órdenes de que los excombatientes de la Brigada Abraham Lincoln pudieran entrar en unidades de combate. Fue entonces cuando me trasladaron a la División 86 de Infantería. Al llegar, me enteré de que ya era muy conocido. Un periódico local publicó un artículo diciendo que un excombatiente de la Brigada Abraham Lincoln iba a estar allí, todo un puto artículo dedicado a mí. Cuando me uní a mi compañía —en Camp Livingston en Luisiana— era la hora de la comida. Hice cola y los chicos estaban gritando —pero no enojados— “¿Qué dice el Tío José?” No sabía de qué diablos hablaban. Ni se me ocurrió. Sonreían y se reían. “¿Cómo está el Tío José?” Solo después de hablar con uno de ellos durante unos minutos me enteré de que habían leído el artículo y por tanto me asociaban con Stalin.

JB: Había algo de humor en su expresión, ¿había también desprecio, admiración, perplejidad?

BS: No, no. Había humor y entusiasmo, pues no olvides que ¡el Ejército Rojo estaba haciendo maravillas! Lo sabían todos, esperaban que terminaran con ellos antes de que llegáramos.

JB: Supongo que había grandes diferencias entre los dos ejércitos en los que serviste.

BS: Había mucho antisemitismo en el Ejército Norteamericano. Eso no iba a cambiar nunca. Cuando llegué a Fort Bragg estaba en el barracón una noche y

otro tío que había venido conmigo de Nueva York era racista y le dijo a un par de sureños, “Caray, tenéis algo aquí con lo que no nos tenemos que bregar allí”. Le dijeron que qué era. Dijo: “Aquí solo hay negros”. Entonces uno de los sureños le dijo: “Allí tenéis algo mucho peor que los negros”. Y dijo: “¿Qué?”. Le contestó: “Judíos”. Ni sabía lo que era un judío, ni sabía que estaba hablando con uno. Ni idea. Tenía un concepto de judío como una especie de animal de aspecto raro.

JB: ¿Cómo respondiste a eso? ¿Es como lo que dijiste del fascismo en España, algo que sencillamente confirma lo que ya sabías del mundo? ¿Qué pasa cuando se supone que toda la opinión pública está contra Hitler y encuentras el antisemitismo en tu propio ejército?

BS: Me alisté, ¿verdad? Hice cola para entrar en el ejército para tener otra oportunidad contra Hitler. Estos cabrones no tenían la más mínima idea de por qué luchaban. No tenían ni idea. Asistieron a clases de vez en cuando, pero o se quedaban dormidos o no oían, no escuchaban, no aprendían. Y no tenían ninguna experiencia de vida para guiarles. No es aceptable, jamás. Te alegras de poder luchar contra Hitler, pero el hecho de que haya antisemitismo no hace más ligera la lucha, la hace más difícil.

JB: Esto se ve mucho en la literatura de la época, en algunos autores judíos como Norman Mailer. Estás luchando contra el fascismo en una organización que se parece mucho a aquello contra lo que se supone que estás luchando. Me imagino que no sería el caso en España, donde la mitad de tus camaradas eran judíos.

BS: Y había otra gran diferencia. La Segunda Guerra Mundial no fue tan sangrienta como España, fue casi como una fiesta. Tenías toda la comida, todos los avíos, todas las ruedas que necesitabas; nunca faltaba gasolina. Cuando hacía reconocimiento, nos llegaba una llamada de una compañía que estaba inmovilizada por el fuego enemigo, y el capitán me decía que subiera allí a ver qué pasaba. Iba y me encontraba que había tres heridos, lo que en España se habría considerado un día de vacaciones, un día festivo. ¿Dónde estaba la guerra? No había guerra, ¿verdad? Tres heridos y pensaban que se había acabado el mundo.

JB: Ayer te pregunté cuál había sido tu itinerario en España. ¿Cuál fue tu itinerario en la guerra siguiente?

BS: Primero nos entrenaron para la invasión de Japón. Nos trasladaron de Luisiana a Camp Callan, cerca de San Diego. Asaltamos islas cerca de la costa y en ese momento empezó la Batalla de las Ardenas, y en seguida nos subieron a unos trenes. Helene estaba conmigo, siempre nos seguía y siempre encontraba trabajo donde fuera. Por aquel entonces trabajaba en una compañía de ferrocarriles [*Southern Pacific Railroad*] y llamaron a su jefe al Ejército, al Cuerpo de Transportes. Ella sabía adónde íbamos antes que yo. El tren subió a Canadá y

bajó a Boston, donde nos embarcamos para Europa. Esa fue la primera parte del itinerario. Desembarcamos en Francia, fuimos directamente a Bélgica, a Colonia y cruzamos el puente de Remagen.

[La División 86 de Infantería —“*Blackhawk*” (Halcón Negro)— llegó a Francia el 4 de marzo de 1945 y había atravesado Alemania, cruzando el Danubio hasta Austria cuando terminó la guerra en Europa, a principios de mayo. Regresaron a Estados Unidos para entrenarse para el Pacífico, pero en agosto, antes de entrar en combate, la guerra había terminado. Después de la guerra, los excombatientes norteamericanos de la Guerra Civil española —incluidos los que habían estado en el Ejército Norteamericano— fueron tildados de “antifascistas prematuros” y sometidos a los rigores del macartismo. Fueron frecuentemente idealizados —y criticados— por la izquierda].

JB: Creo que para muchos de tu generación y la mía la Guerra Civil española fue una suerte de acontecimiento épico —y de época—, los cimientos de un mito duradero para la izquierda.

BS: Sí, entiendo. Pero también salen de eso muchas tonterías.

JB: ¿Qué quieres decir con “tonterías”?

BS: Bueno, la idea de que en mi época era ridículo recibir órdenes de Moscú. Pero recibimos órdenes de Moscú no porque tuviera el control, sino porque tenía el amor, afecto, respeto y comprensión y creíamos que sabía más. Creíamos, por ejemplo, que el marxismo y el materialismo dialéctico eran ciencias y esos científicos tenían respuestas absolutas para los problemas. De la misma manera que la ciencia matemática tenía la respuesta a un problema matemático, el marxismo tenía la respuesta a todos los problemas sociales. Y era imposible entrar en las otras ciencias si no entendías el materialismo dialéctico. Eso es lo que permitió, por ejemplo, que un hijo de puta como, ¿cómo se llamaba el supuesto biólogo en la Unión Soviética?, Lysenko, con su idea de la herencia de características adquiridas, tomara decisiones importantes.

JB: Y con eso cultivarías más trigo...

BS: Estaba convencido de que era absolutamente correcto, de que si no entendías la ciencia básica de la humanidad que era el materialismo dialéctico, errabas en cualquier otro empeño científico. De esta forma te llevaban por el camino no solo de la comprensión biológica falsa —lo cual haría imposible dar de comer a la gente—, sino de todo tipo de errores políticos, la colectivización y todo eso. Y todos aceptamos esa línea de pensamiento. Se vuelve muy destructivo porque lleva inexorablemente a la ejecución de millones de personas, a la destrucción de los mejores cuadros del país, a su destrucción absoluta; todo debido a esas convicciones. Es lo que llamo el “Síndrome de Jonestown”. Una contribuye a la otra.

JB: La primera vez que hablé sobre España con Abe [Osheroff] recuerdo perfectamente que se alojaba en mi casa y estábamos en la cocina. Su lenguaje corporal fue elocuente. Dijo, “Cuando volví de España, no importa quién hubiera ganado la guerra, si me hubieran pedido fusilar a uno de mis antiguos camaradas”—y aquí levantó las manos como si disparara una ametralladora imaginaria—“lo habría hecho”. Pareció devastado nuevamente, allí en mi cocina.

BS: Puede que se equivocara en dos sentidos. Igual no se lo habrían pedido, e igual no lo habría hecho. Pero lo que dice es básicamente cierto. Eso ocurrió; eso ocurrió en la Unión Soviética.

JB: Hay una curiosa división de opiniones ahora más de medio siglo después: el resplandor que emana de los soldados de la “buena lucha”, por una parte; y el extraordinario prestigio de la Unión Soviética en tu generación que, aún sin lo ocurrido en la última década, es difícil de entender. Creo que es importante representarlo correctamente, con exactitud.

BS: Claro que sí. Pero eso no disminuye una cosa, no disminuye la necesidad de la lucha contra el fascismo, sin mencionar el heroísmo y la abnegación de aquellos voluntarios que fueron a España. Pero aciertas cuando dices que es importante representar nuestra experiencia con exactitud, y no es fácil. Tienes que examinarte para estar seguro de no repetir consignas que han infectado tu subconsciente de manera que lo razones automáticamente, tienes que analizarte a la vez que averiguas los datos. En realidad, la mayoría no sabíamos nada, toda la historia de los acontecimientos. ¿Qué diablos sabíamos de lo ocurrido en Barcelona? No estuvimos allí. Todos creíamos que los del POUM eran trotskistas, ¿verdad? Eso fue parte de la mierda soviética porque en la Unión Soviética sucedían los juicios. La postura de los partidos comunistas alrededor del mundo era que lo que se aplicaba en la Unión Soviética se aplicaba a ellos, le correspondía a cada Partido Comunista en el mundo entero encontrar a sus trotskistas. Tenían que encontrarlos y condenarlos y exponerles como la Quinta Columna de la revolución mundial. Donde no existían tenían que inventarlos, crearlos y, aunque el POUM no era trotskista, se hizo trotskista simplemente porque fue bautizado así por el PC. Así que fueron bautizados trotskistas y eso se hicieron. Ahora, una vez establecido el hecho de que eran trotskistas la veda se abrió, la cacería se abrió contra los agentes confirmados del fascismo mundial. Tienes que entender que eso ocurría en España. No a brochazos grandes y salvajes como en la Unión Soviética donde fueron ajusticiados millones; en España son individuos particulares. Solía ver en las paredes cuando llegué a España, “¿Dónde está el gobierno de Negrín?” Y debajo la respuesta: “Berlín”.

JB: ¡Vaya!

BS: Ese fue el horror de ese período, pero fue un horror artificial. No es que no hubiera agentes fascistas, claro que los había; en una guerra civil ese tipo de sabotaje y provocación es una constante. Después de la guerra, Franco se jactaba de que los suyos estuvieron en Barcelona a lo largo del conflicto y reclamaba el mérito por ese maravilloso hecho. Bueno, exageraba su papel en eso. Y claro, la Internacional Comunista también promulgó gilipolleces, es decir, ni los fascistas ni los trotskistas habían infiltrado Barcelona. Las fuerzas de seguridad en España, que aceptaron esto totalmente como yo lo hice, también comían mierda. Así que tienes la realidad básica de que no había trotskistas. Pero, aunque los hubiera habido, tampoco habría estado mal. Bueno pues así es, pero en cuanto a las otras cuestiones básicas, mira, estás luchando contra un ejército con un control y una comandancia central, las fuerzas fascistas lideradas por técnicos cualificados que tenían oficiales y generales militares de arriba abajo. Los italianos y alemanes allí tenían una gran capacidad y entrenamiento y una comandancia central.

¿Cómo cojones haces frente a una fuerza de esas dimensiones con pequeñas milicias de 100 personas aquí y 100 personas allá? ¡Imposible! Si no tienes una defensa coordinada o un plan de ataque coordinado, olvídate. Te anulan en el papel antes siquiera de empezar. No importa que los tuyos estén dispuestos a sacrificar la vida, y muchos no lo estaban, porque votaban. ¡A la mañana siguiente, después de haber votado la noche anterior a favor de atacar por la mañana, votaban nuevamente y decidían anular el ataque!

JB: Eso es lo que quería decir ayer cuando pregunté sobre la insubordinación.

BS: Eso no ocurría en nuestra Brigada: algunos podrían decir: “Salgamos de aquí de una puta vez y vámonos para casa”, pero no tenía que ver con una batalla en la que participas luchando, son dos cosas muy distintas. En España hacía falta tener una comandancia central —la postura comunista— y hacía falta tener una economía regulada y no se podía realizar la dictadura del proletariado o la Revolución porque el pueblo español distaba por entonces mucho de eso, y hoy no está más cerca. En realidad, el tipo de gobierno por el que luchábamos estaba un poco más a la izquierda del que existe hoy en España [1992]. Negrín no era comunista. ... El Partido Comunista tuvo mucha influencia sobre él, naturalmente, por el hecho de la ayuda soviética.

JB: En cuanto a la ayuda extranjera, tengo una pregunta que puede tener menos que ver con la política internacional que con el estilo de vida personal. Aparte de recibir ayuda soviética, la República pedía a las democracias occidentales que terminasen el Pacto de No Agresión y se uniesen a un Frente Popular pluralista. No lo quiero tomar a la ligera, pero eso puede sugerir otro tipo de “frente”; es decir, presentar ante el mundo un gobierno más o menos normal, establecido, elegido, burgués. Por otra parte, tienes un movimiento radical, de izquierda, proletario y —entre los artistas— bohemio. Los obreros vestidos de mono azul, los artistas vestidos de mono azul.

BS: La tradición del Ché Guevara antes del Ché.

JB: Eso es. Treinta años más tarde sería el Ché en la selva o simplemente un hippie en las calles de San Francisco. Cuando reflexionas sobre esa época, ¿te puedes situar en ese sentido? En España a lo mejor no tendrías muchas opciones. Probablemente tenías un uniforme cuasi-militar. Pero al reflexionar sobre cuestiones de estilo, tanto en España como en Estados Unidos, ¿es pertinente algo de esto?

BS: En España, no. Diría que no tenía ningún impacto sobre un soldado. A lo mejor en la retaguardia es posible que tuviera algún sentido, pero para nosotros, no. Desde luego para mí no lo tuvo. Recuerda, nos esforzábamos para formar un ejército normal, un ejército normal con uniformes normales, así como muchas otras cosas normales. Nada de bohemia; nuestro esfuerzo fue en el sentido contrario. Eso no significa que entre nosotros no hubiera unos cuantos que se veían más cerca de lo que presentas en tu pregunta y que tenían una visión o imagen de sí mismos que era un poco más romántica. Independientemente de su rango, optaban por llevar la ropa con la que se les identificaba como individuos. Así era en el caso de algunos de los mejores, como Milty Wolff, por ejemplo.

JB: Sí, me lo imagino deambulando por allí.

BS: Exacto. No, no creo que cultivara esa manera de deambular —y es una buena manera de definirlo—, no creo que lo cultivara como un intento consciente de una falsa autopresentación, sino que era parte de su carácter y decidió mantenerlo. En cuanto al estilo más “respetable” —a diferencia del bohemio—, quiero retomar lo que decías de la ayuda rusa y el esfuerzo por ganar el apoyo de los partidos burgueses de otros países como Inglaterra y Francia. Estoy convencido de que es parte de eso. Sin embargo, no se puede eliminar la historia y lo que ocurría en España entre los españoles. Es algo que siempre eliminamos. Nunca pensamos en España como el sitio de una guerra civil, pensamos en España como un lugar donde hacíamos frente al fascismo internacional, y todo tenía que conformarse con nuestra imagen de esa guerra. En España, en cambio, había una larga y gloriosa tradición de anarquismo, al igual que en Italia. Lo traigo a colación porque gran parte del “look” que describes viene de esa antigua tradición, así que cuando estábamos en los años 30 —que es tarde en esa tradición— los jóvenes continuaban el “look” antiguo, el pañuelo al cuello y todo eso porque su idea del anarquismo se basaba en parte en esa tradición romántica que venía de sus padres y abuelos. Así que es un error que cuando pensemos en España lo hagamos desde los aspectos internacionales; tenemos que pensar en los españoles. ¿Estaba el país, sin intervención internacional, listo para una revolución socialista? Creo que cualquier historiador serio tendría que decir que no, que la mayor parte de la población, la gran mayoría de la población no estaba para eso, aparte

del campesinado aquí y allá, ciertamente no del clásico modo marxista. Había anarquistas. La realidad es que la mayor parte de la población no estaba lista para una revolución de carácter socialista; estaban encaminados a unas reformas del estilo de Roosevelt y a eso aspiraban, no a más. ¿Cómo libras una guerra contra el fascismo, dada una situación doméstica así? No tienes una situación donde puedes decir: “Trabajadores, vamos a tomar el poder y seguir la lucha contra el fascismo”. Solo podías decir: “¡Españoles, luchemos por la libertad nacional y la independencia!”

JB: Dijiste que te casaste al volver de España.

BS: Nos casamos el 17 de abril de 1942. ¡Me acuerdo de eso! Tuve una semana de licencia y no pensaba malgastarla en bailes, así que le escribí a Helene: “¡Ve a hacerte un Wasserman!” [Prueba de sífilis] ¡Pensó que a lo mejor yo tenía sífilis! Nos casamos y tuvimos una semana de luna de miel, y luego volví al Ejército. Cuando nos casamos en el 42 era “Bill Susman”; cuando Helene me conoció era “Bill Ellis”. ¡Ganó dos por uno!

JB: Con el debido respeto, creo que uno es suficiente. ¿Pero cuándo te cambiaste el nombre?

BS: Cuando me embarqué en la marina mercante en el 34, hasta después de España.

JB: ¿Por qué?

BS: Bueno, por un par de razones. El antisemitismo fue un factor importante, nadie te hacía caso si te identificaban como judío. El odio era tan fuerte que la gente cambiaba su nombre, anglicanizaba su nombre, para que pudieran ser más eficaces políticamente. Fue parte de la gran tradición rusa también, que los revolucionarios cambiaran su nombre para que le fuera más difícil a la policía rastrearlos. No sé hasta qué punto esa práctica rusa entró en la conciencia de la izquierda en Estados Unidos, pero sin duda la cuestión del antisemitismo era muy seria. No podías aspirar a tener éxito en las industrias básicas si eras identificable como judío; tenías que pasar las dos terceras partes del tiempo desenredando esa madeja antes de poder hilar la de la revolución.

JB: George Watt mantuvo su nombre del Partido. Los dos os criasteis saturados del yiddish, de la lengua, la cultura y las tradiciones políticas que se generaban en ese idioma. Cuando habla de eso ahora, parece lamentarlo, como si fuera una traición. Cuando hablamos de este proyecto, usó la expresión “salir del armario”, es decir, como judío. Entendí lo que quería decir, el remordimiento, pero también me podía imaginar que el cambio de nombre, como cualquier tipo de máscara, podría ser una liberación, una euforia.

BS: No sentí ni euforia ni vergüenza. Simplemente me pareció necesario. Me pareció que ya no me gritarían “oye, judío”, ni “hebreo de mierda”, ni otras de esas palabrotas. La mayoría de la gente de este país ha olvidado lo frecuente que era en esa época. Los judíos podíamos cambiarnos el nombre y desaparecer entre la población general sin preocuparnos por serlo.

JB: ¿Y dentro del Partido? ¿Importaba? Y me imagino que no engañabas a otros judíos.

BS: Nunca intenté engañar a otros judíos. Siempre hablaba yiddish y siempre me identificaba claramente como judío entre judíos, fue solo entre la población no-judía y antisemita.

JB: ¿Y qué hay de la premisa de Browder en los años 30 de que “el comunismo es el americanismo del siglo XX”? Aparte de la sensación de que los comunistas norteamericanos estaban bajo el control de una potencia extranjera —Moscú—, también existía la impresión de que el comunismo era una ideología extranjera y que los comunistas eran extranjeros y mayormente judíos. La respuesta comunista fue cultivar un acento distintamente norteamericano: Woodie Guthrie, Peter Seeger, baladas de cowboys como quejas proletarias. “América, América”. Y luego está el culto a Abraham Lincoln —y, sinceramente, a la Brigada Lincoln—. Lincoln, el gran Libertador Washington y *Citizen* Tom Paine. ¿Formaba parte de eso la anglicanización de los nombres judíos?

BS: Hasta cierto punto, sí.

[La actividad política de Bill disminuyó después de la Segunda Guerra Mundial —tuvo que trabajar para mantener a su joven familia— y se reanimó cuando se jubiló en 1974. Lo que entiendo por “actividad política” lo llevaría —a él y a nuestra conversación— de vuelta a España, primero en una visita acompañado de otros excombatientes de la Lincoln en vida de Franco y luego a Washington para el debate sobre las bases americanas en España. Esta participación le llevó de vuelta a la organización de Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln (*VALB*) y su revitalización en los años 80, relacionada con la ayuda médica a los sandinistas en Nicaragua. Al mismo tiempo, la participación de Bill Susman fue fundamental en la formación de los Archivos de la Brigada Abraham Lincoln (*ALBA*)].

BS: Al principio de los 70 me afilié al *Front for New Priorities in America* [Frente para Nuevas Prioridades en América] que era una organización principalmente de empresarios que querían cambiar las prioridades políticas. Organizaban encuentros en Washington y me invitaron a organizar uno sobre el tema de las bases militares norteamericanas en España. Yo no había elegido el tema, pero sabían que me interesaría. En ese momento no teníamos un tratado con España, todo dependía de un “Acuerdo Ejecutivo” promulgado por Eisenhower al principio de los años 50. Nunca fue ratificado por el Senado;

Estados Unidos ya había invertido miles de millones de dólares en España, en armamento, fortaleciendo la dictadura de Franco. Queríamos llamar la atención. El encuentro fue un éxito y después el Senador Clark [Richard Clark, Demócrata de Iowa, 1973-1979], director de un subcomité del Comité de Relaciones Exteriores, dijo que organizaría una sesión del Senado sobre el tratado de las bases en España, “yo la organizo si tú reúnes al panel”. Así que tuve que encontrar a los que iban a declarar y tuve que redactar las intervenciones de los tres.

JB: Los que acudieron a ti como autoridad sobre las bases norteamericanas en España sabrían que estuviste allí en 1937.

BS: Sí, sí, existía esa afinidad. Y también sabían que hablaba español.

JB: Me imagino que en cualquier momento antes de 1975 —en los 50 o 60— esa afinidad te habría descalificado para participar en actividades del Senado de Estados Unidos. ¿Experimentaste algún problema personal —es decir, político— en los años 50?

BS: Sí, tuve problemas personales en el sentido de que me visitaba gente que me decía que sabían quién era y lo que hacía. Cuando me salió el trabajo en *MPO Television Films*, le dije a Marv Roethenberg que de político no tenía nada, que era probable que recibiera una visita del *FBI* preguntando si luché en el Ejército Republicano en España, en las Brigadas Internacionales. Marv dijo: “Les diré que se vayan a tomar por el culo”.

JB: ¿Habías mantenido tus relaciones con los excombatientes en esa época, antes de las audiencias del Senado en los 70?

BS: La verdad es que no. Lo que me llevó de vuelta a *VALB* fue otra cosa. Steve Nelson y Lenny Lamb viajaron a Washington para asistir a las audiencias sobre el tratado de las bases en España. Pidieron involucrarse como patrocinadores en representación de *VALB*, es decir, como excombatientes de la Brigada Abraham Lincoln. “Claro que sí”, dije. *VALB* se estaba muriendo en ese momento, no era más que una minúscula oficina, como la que viste, con unos tipos reunidos allí emitiendo resoluciones que imitaban a cada una de las emitidas por el Partido Comunista. Hizo locuras, como expulsar a un excombatiente porque lo había hecho el PC. Por tanto, se había enajenado no solo de la cultura dominante de Estados Unidos, sino incluso de la izquierda del país. Esta larga ausencia se terminó con el patrocinio del evento que organicé en Washington. Con eso, Steve dijo que tenía que volver a *VALB*, y así lo hice. Me presenté a un puesto en el patronato contra la lista del PC. Gané por un pequeño margen y desde entonces he continuado como miembro del patronato nacional. En una reunión, un par de años más tarde, se planteó el tema de qué se haría cuando ya no estuviéramos, que

será pronto. ¡Mira nuestra edad! Se decidió que deberíamos crear un archivo que en su patronato hubiera gente un par de generaciones más jóvenes que nosotros y que pudiera continuar después de nosotros. Y es así como nació la idea de *ALBA*.

[Todo esto parece bastante sencillo y directo, pero naturalmente no lo fue. Bill explicó las complicaciones que resultaron de la escisión con el PC seguida de una división entre los directores de *ALBA*. Algunos excombatientes se reunieron en los primeros años 80 en una campaña nacional para mandar ambulancias a Nicaragua, donde el gobierno sandinista sufría el asalto de los Contra, apoyados y armados por el gobierno de Estados Unidos. La analogía con las carencias de la República Española en 1936 ayudó a reanimar a los excombatientes de otra guerra anterior como fuente de un nuevo compromiso político. A fin de cuentas, la campaña de las ambulancias recaudó casi medio millón de dólares, pero el Archivo —*ALBA*— no tenía un duro].

BS: ¿Cómo cojones mantienes una organización sin fondos? La primera oportunidad que se nos presentó para recaudar fondos fue con ocasión del 50 aniversario, en 1986. En una reunión del patronato de *VALB*, se llegó al acuerdo de que había que hacer algo diferente para el cincuentenario. No se me había ocurrido antes, pero me levanté y les dije que pensaba en una actividad que no fuera la consabida cena, sin discursos, sino una actividad que consistiera en traer a Pete Seeger y lo que quedaba de los Weavers y conseguir que nos escribieran un programa que contara la historia de la Guerra Civil española e invitar a destacadas personalidades de Hollywood a leerlo. Esa combinación resultaría en un evento memorable y generaría dinero para *ALBA*. Estuvieron de acuerdo. Los de *VALB* se creían que *ALBA* tenía un equipo grande, pero no era así. ¡El equipo era yo! Primero acudí a Harold Leventhal. Quiso disuadirme. Le dije que quería contactar con Pete Seeger y los Weavers. Me preguntó qué más tenía y le respondí que conseguiría que Ring Lardner escribiera el guion, así que me acerqué a él y le dejé los libros que iba a necesitar. Le dije que tenía tres semanas y produjo un buen guion. Reservamos el *Avery Fisher Hall*, participaron Tony Randall y Lee Grant y Ossie Davis y Jack Gilford, gente de ese calibre. Unos días antes del evento, el *New York Times* publicó una entrevista conmigo. Fue un gran acontecimiento. Las butacas cercanas al escenario costaban 100\$, el resto 50\$ cada una. Ganamos 70.000\$ netos. Por primera vez *ALBA* tenía fondos.

[JB: *Y yo tenía un proyecto...*]

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

- Carroll, Peter N. *La odisea de la Brigada Abraham Lincoln: Los norteamericanos en la Guerra Civil Española*. Traducción de Mary Kay McCoy, Ignacio Pinedo López. Sevilla: Editorial Renacimiento, Ediciones Espuela de Plata, 2018.
- Diamont, David. *Combattants juifs dans l'armée républicaine espagnole, 1936-1939*. Paris: Editions Renouveau, 1979.
- Graham, Helen. *Breve historia de la Guerra Civil*. Traducción de Carmen Martínez Gimeno. Madrid: Austral, 2006.
- Hochschild, Adam. *España en el corazón: La historia de los brigadistas americanos en la Guerra Civil Española*. Traducción de Mariano López. Coyoacán, México: Malpaso Ediciones, 2018.
- Ibáñez Sperber, Raquel. "Judíos en las brigadas internacionales. Algunas cuestiones generales". *Historia Actual Online (HAOL) Núm. 9*, Invierno, 2016, 101-115.
- Kirschenbaum, Lisa A. *El comunismo internacional y la Guerra Civil Española*. Madrid: Editorial Alianza, 2021.
- Tremlett, Giles. *Las Brigadas Internacionales: Fascismo, libertad y la Guerra Civil Española*. Traducción de Jordi Ainaud i Escudero. Madrid: Debate, 2020.
- En el siguiente enlace se pueden escuchar grabaciones de algunas de las entrevistas: <https://jewishstudies.washington.edu/american-jews-spanish-civil-war/>
- Se pueden consultar breves biografías de todos los excombatientes de la Brigada Abraham Lincoln en el siguiente enlace: <https://alba-valb.org/volunteer-database/>

RETRATOS FOTOGRÁFICOS



Imagen 1. Bill Susman de niño (primero por la derecha) con su madre, su padre, su hermano y Morris Winchevsky (segundo por la derecha), 1922.
Archivo personal de J. Butwin



Imagen 2. George Watt, Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA),
The Tamiment Library at New York University.
<https://alba-valb.org/education/tamiment-nyu/>



Imagen 3. Retrato de Celia Seborer.
Archivo personal de J. Butwin



Imagen 4. Celia Seborer junto a su ambulancia (segunda por la derecha).
Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA), The Tamiment Library at New York
University. <https://alba-valb.org/education/tamiment-nyu/>



Imagen 5. Ed Bender. Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA), The Tamiment Library at New York University. <https://alba-valb.org/education/tamiment-nyu/>



Imagen 6. Sana Goldblatt. Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA), The Tamiment Library at New York University. <https://alba-valb.org/education/tamiment-nyu/>



Imagen 7. Bill Susman, 1938. Abraham Lincoln Brigade Archives (ALBA),
The Tamiment Library at New York University.
<https://alba-valb.org/education/tamiment-nyu/>

